

RICARDO I LUCIA

O

LA DESTRUCCION

DE LA IMPERIAL.

POR

Salvador Sanfuentes.

TOMO II.

SANTIAGO.
IMPRESA DEL FERROCARRIL,
Calle de los Teatinos, núm. 34.

1857.

RECAPITULATION OF THE

PROCEEDINGS OF THE
COMMISSIONERS OF THE

LAND OFFICE

IN THE YEAR 1861

AND

1862

IN

1863

AND

1864

IN THE YEAR 1865

AND

1866

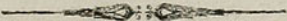
AND

1867


RICARDO I LUCIA

O LA

DESTRUCCION DE LA IMPERIAL.



CANTO UNDÉCIMO.



I

Gracias te doi, dulcísima poesía,
Por el bien que tu númen me dispensa,
Acudiendo a endulzar con su armonía
Mis horas de amargor i sombra densa.
Si desde la niñez primera mia
Te dí sincero culto, recompensa
Tan jenerosa siempre me otorgaste,
Que en mi alma a fuego impresa la dejaste.

II.

No porque infiel, de gozo i de ventura
Mecido te olvidé por raro ensueño,
Al invocarte en tétrica amargura,
Sentida me mostraste esquivo el ceño.
Mas viendo de honda mar a la bravura
Apénas resistir mi frágil leño,
I a tí tender los brazos anhelante,
Como a entrevisto puerto el navegante;

III.

Risueña tú, cual hada salvadora,
En tu fragante velo de ilusiones
A envolverme bajas: una aurora
Barria al derredor los nubarrones;
I burlando la furia bramadora,
Alzado por tu influjo a otras rejiones,
Donde reina una dicha inalterable,
Me reposaba en tu regazo amable.

IV.

De cantos mil el misterioso arrullo,
Ecos que deja en el sublime espacio
De los pasados tiempos el murmullo,
Halagaba mi oído no rehacio.
Con qué delicia i ufano orgullo,
Cual potente monarca en su palacio,
Al mundo desde allí compadecia,
Que vagando mui léjos descubria!

V.

Mirándolo talvez me figuraba
Trasunto ser del triste prisionero
Que de romper su calabozo acaba,
I el encorvado cuerpo yergue fiero.
Mientras celebra en un festin sin traba
Su dulce libertad, cuán altanero
Salva de maldicion desde su encanto
Manda a la torre que albergó su llanto!

VI.

Mezquindad i miseria los afanes
Terrestres solo me eran: de desprecio
Objetos dignos los traidores planes
Que trama la ambicion i admira el necio.
Entre floridos lechos de arrayanes,
Inaccesible a su tumulto recio,
Mui luego cuanto a mi bullia en torno
Ostentaba de otro orbe el rico adorno.

VII.

En cuadro de placer cada memoria
Se convertia: el férvido entusiasmo
Mi pecho rebosaba de la gloria,
I me extasiaba venturoso pasmo.
Tesoro de poesía era la historia,
Sin lanzar cada pájina un sarcasmo
Contra la humanidad: mi alma entonaba
Un canto a cada brisa que pasaba.

VIII.

I recordando al fin de mis delirios,
Al descender de nuevo a aqueste globo,
Para sufrir cuán fuerte sus martirios
Habíame dejado el dulce arrobó!
Aun hoi que de la paz los tiernos lirios
I frescas rosas, en funesto robo,
Arranca a mi pais feroz vecordia,
I huye encubriendo el rostro la concordia;

IX.

Hoi que no mas parecen los chilenos
Hermanos, i terribles amenazan
Con hierro impio destrozár sus senos
I para el campo de la lid se emplazan;
Cuando mira la lei rotos sus frenos,
Se huella la justicia i despedazan
La oliva entrambos bandos con que al puerto
Llamarlos ella quiere del concierto (1),

(1) Escribiase esto a fines de 1850.

X.

Yo, que mi nulidad completa lloro
Para un coto oponer a furia tanta;
Yo, que el remedio vanamente esploro,
I a quien la ruina que nos insta espanta,
Secretamente mi pesar devoro,
I opresa por un nudo la garganta,
Despues que invoco por la patria al cielo,
Acudo, o musa, a tí tras mi consuelo.

XI.

I entónces vienes tú del torbellino
A eximirme un instante, i disipando
El cuadro de los males que adivino,
I el sonoro rujir del trueno infando,
Me muestras las grandezas que el destino
Está a mi jóven patria preparando;
De los tiempos el largo curso acortas,
I a consolarme i esperar me exhortas.

XII.

Me dices que los duelos que hoi sufrimos
Son la fermentacion, solo, afligente,
Que frutos debe producir opimos
En una lejania ya esplendente:
Que es necesario, en rudimentos primos,
Que la esperiencia triste del presente
Enseñe a los futuros que al reinado
De la violencia su hora ya ha sonado:

XIII.

Que el destino de América es mui grande,
I miéntras que la Europa en vano lucha
Por atraer la aurora que se expande,
A un suelo donde la obsta traba mucha,
Ella amorosa se convierte al Ande,
I de sus cumbres sonriendo escucha
El fatídico acento que la llama
Al campo destinado al nuevo drama.

XIV.

I en tanto esa era venturosa aguardo,
En que la libertad no sea un nombre
Sin fruto embellecido por el bardo
Para acordar su fin grandioso al hombre,
En que el árbol de amor crezca gallardo
I a la justicia la opresion no asombre,
Como en confirmacion del vaticinio,
Me lanzas de otros tiempos al dominio:

XV.

Cuando este Chile, envuelto aun en pañales,
El torpe paso de la edad primera
Apénas ensayando, a los umbrales
De abierta fosa tanta vez jimiera.
Veo cómo triunfó de inmensos males,
I el prematuro sufrimiento fuera
Predileccion no mas del cielo justo
Por hacerle un gigante mas robusto.

XVI.

Ha tiempo que él sus pérdidas recobra
I el bárbaro erial convierte a vida.
Que siga lento, pues, su ilustre obra,
Sabio con la esperiencia recojida,
Lleno de fé i exento de zozobra;
E inspira tú a sus bardos, o querida
Hija del cielo, a fin que dignamente
Ya el porvenir celebren refuljente,

XVII.

Ya, como yo, la inmarcesible gloria
De los heroicos tiempos que han volado:
Grande empresa tambien! pues que la historia
Del futuro cobijala el pasado.
Guíame, pues, i digna de memoria
Haga mi voz tu aliento perfumado:
Mis débiles ficciones enriquece
De ese encanto que nunca desfallece,

XVIII.

Sino que de los siglos en el curso
Cobrando siempre vá belleza nueva,
Para que así a esperar en el concurso
De nuestros bardos el honor me atreva
De ser de oscuridad ménos imburso,
I mi tumba de gozo se conmueva
Si entre los brazos de su cruz se pone
El único laurel que yo ambicione!

XIX.

Dime lo que ha seguido a la sorpresa
De encontrar a Mendoza mal herido;
I qué fué de Lucia, a quien su presa
En vano el duende hacer ha pretendido.
Aun el profundo aturdimiento pesa
Sobre el osado jefe, i un jemido
Doloroso no mas en él denota
Que escasa vida por sus miembros flota.

XX.

Cuando empezó a volver de aquel letargo,
De gran dolor quejándose en la frente,
La causa oculta de su trance amargo
De él mismo indaga su irritada jente.
Mas léjos él de hacer a nadie un cargo,
O dejar traslucir lo que la mente
Comienza a recordar, su accion indica
Que tal curiosidad le mortifica.

XXI.

I como al verle tal se permitiera
Culpar a la mestiza algun intruso,
Una mirada del caudillo austera
Al zafio adulador dejó confuso.
Órden dió que a Lucia se atendiera:
Sobre lo visto aquella noche impuso
A todos que el mordaz labio reporten,
Manda al fin que a su estancia le trasporten.

XXII.

I no bien se ve en ella desechando ,
 Cualquier socorro, ordena se retire
 Todo asistente, a lo exterior quedando
 Leve guardia no mas que cerca jire.
 Luego estendido sobre el lecho blando,
 Absorto en reflexiones mil, perquire
 El reciente prodijio, tal lo nombra,
 Que cada vez su mente mas asombra.

XXIII.

Aunque apénas habia un raudo viso
 Podido columbrar del feroz duende,
 Al mismo tiempo que le hirió impreviso
 Con el furor que un roble se desprende,
 Recuerda bien su espíritu indeciso
 El manto que envolviéndolo descende
 Desde el cuello a los pies, i un tinte rojo
 De fresca sangre representa al ojo.

XXIV.

Hirsuta del cabello la guedeja,
 Flotando al derredor hasta su codo,
 Le encubre el rostro tanto, que no deja
 Sino los ojos percibir del todo:
 Los cuales al traves de aquella reja
 Belámpagos fulminan de tal modo,
 Que, cual infernas brazas, su braveza
 Dijérase incendiar toda la pieza.

XXV.

Mas su velocidad nada de humano
 Ha mostrado tener, ni igual injuria
 Jamas él recibiera de otra mano.
 Ya se le antoja gigantesca furia,
 Aborto del abismo nada vano,
 Que para escarmentar su atroz lujuria
 El cielo le lanzó: ya le parece
 Que indubitable semejanza ofrece

XXVI.

Con esta u otra víctima inmolada
Por su férrea aversion, i que en acecho
Siempre está a su memoria.—Exajerada
Así la aparicion, turba su pecho,
I de la mente loca i descarriada
En medio la zozobra, a corto trecho
Juzga pasos sentir que se aproximan,
I un nuevo asalto a su flaqueza intiman.

XXVII.

Aun del capuz cree oír el lento roce,
I a la pavora retemblando frío,
Salta del lecho, i lánzase veloce
A la entornada puerta su estravio;
Ciérrala i teme que talvez destroce
De la fantasma el misterioso brio
Aun los cerrojos, llave i fuerte barra
Con que sus hojas de por dentro amarra.

XXVIII.

Luego volviendo pálido i confuso
Ante un Crucificado, a la testera
Del lecho suspendido, mas por uso
De época tal, que devocion sincera,
Postrado i rostro a tierra a orar se puso
Al Dios que en sus conflictos siempre oyera
Fervorosos propósitos, a olvido
Dados tan pronto como el riesgo era ido.

XXIX.

Allí imploró el perdon de agravio tanto
De la divina Madre al busto egréjio,
Prometiendo a los pies de Preste Santo
Mui pronto ir a espiar su sacrilejio.
Juró tambien (i el relijioso espanto
Procuró a esta promesa el privilejio
De ser cumplida) el freno mas seguro
Poner a su pasion en lo futuro.

XXX.

Ni un momento dudó de que podria
La aparicion i su violenta zorra
No provenir de misteriosa via.
I aunque despues sospecha tal le ocurra,
Cuando ya el alma recobrado habia
Mayor serenidad, como concurra
La incertidumbre siempre, ella inmutable
Le tuvo en su propósito laudable.

XXXI.

Creendo que el pudor de la cautiva
Patente ampara soberano influjo,
No solo a reiterar su tentativa,
Otro violento ardor ya no le indujo;
Mas su pasion, por grados ménos viva,
A un respetuoso afecto se redujo,
I si temió Lucia a su tirano
Ver nuevamente, su temor fué vano.

XXXII.

Así miró cumplida la promesa
Que en sublime vision consoladora
Poco despues de su fatal sorpresa,
La vino a hacer su augusta protectora.
Pues luego que cesó de hallarse opresa
Por el desmayo, i cerca de la aurora
Toda asistencia se alejó a su instancia,
Cerrando bien la puerta de la estancia,

XXXIII.

Ante la efijie que de riesgo tanto
De eximirla acababa, la rodilla
Dobló humildosa, i se deshizo en llanto
Al espresar su gratitud sencilla.
I poco a poco del coloquio santo,
Donde todo el fervor de su alma brilla,
Por él mecida, cual del viento un lirio,
Fué pasando a dulcísimo delirio.

XXXIV.

Olvidada del mundo i de sus males,
Comenzó a divagar la mente absorta
Por puras perspectivas celestiales,
Dó el corazon revive i se conforta.
Los ecos de los coros eternals
En lejanía percibir no corta
Le pareció primero, a semejanza
De un mar de melodías que se avanza.

XXXV.

Luego encantó sus ojos, de alba rosa
Súbita claridad, a que seguía
Por grados una luz mas fulgorosa,
I el concierto acercándose venía.
Así el Empíreo a la vision dichosa
Que la iba a conceder, la disponía,
Preludiando al mejor de sus tesoros
Vasto hervidero de sus almos coros.

XXXVI.

¡Quién no ha asistido en el templado octubre
Al triunfo de la hermosa primavera,
Cuando en una mañana ella descubre
De sus encantos la abundancia entera;
I de ámbar, flores i esmeraldas cubre
El campo todo i de fulgor la esfera,
I en mil raudales de celeste llama
Vivificante aliento desparrama?

XXXVII.

Cada sonido entonces es un conciento,
Ya rueda el rio, ya la mar se mezca,
Ya haga a la selva estremecerse el viento,
Ya el prado a sus arrullos se embebezca.
Cada átomo, accesible al sentimiento,
Se afana por gozar, sin que parezca
Ensoberdecirse ni aun la dura roca
Al jeneral dulzor que la provoca.

XXXVIII.

¿Adónde irá la vista que no flote
En ondas de delicias? ¿qué sentido
Tienen las almas que un poder no broto
Hasta aquella sazon desconocido?
Al parecer la vista adquiere el dote
De oír, i el de mirar el ciego oído,
Cual si no el hombre, según es, bastara
Al raudal venturoso que le encara.

XXXIX.

O bien, en los delirios de un ensueño
De vuestra juventud, ¿no haceis memoria
De haber visto otro mundo mas risueño,
En donde cada objeto era una gloria?
I en ese amabilísimo diseño,
Lampo talvez de una olvidada historia,
No concebisteis un placer sin nombre,
Que acaso tras la muerte aguarda al hombre?

XL.

Pues bien: aun estos símiles appena
Idea ofrecerán que se aproxime
Al gozo celestial que aquella escena
Al corazón de la mestiza imprime.
A sus ojos densísima cadena
De alados seres, de lo mas sublime
Desciende i como un gran torrente pasa,
Creciente en brillo i en beldad sin tasa.

XLI.

Súbito se figura que del cielo
La inmensa mole, en rayos convertida,
Entre el leve rumor de blando vuelo,
Al dueño de su alcázar dá salida.
Quedó la corte anjélica entre el velo
De aquella claridad nueva perdida,
I arrobador aroma se difunde,
Que cuanta esencia conoceis confunde.

XLII.

No puede concebir la humana mente
Qué dulzura la música alcanzaba,
Cuando entre nimbos de oro de repente,
La madre de Jesus se presentaba!
Cuanto hai en cielo i tierra de eminente
Por la hermosura o dignidad, flotaba
En torno de ella, i de contento hervia
Cuanto el contacto de su pié sentia.

XLIII.

A su devota estático embeleso
Ocupa, al contemplar grandeza tanta,
I yo al quererla bosquejar, confieso
Que tambien a mi voz su arrojo espanta.
¡Cómo poder decir qué encanto impreso
Llevas, Señora, i excelencia cuánta
Nuestra natura mísera recibe
Si un Dios, como en tu rostro, en ella vive?

XLIV.

Sobre ese rostro, emblema de esperanza
Al triste pecador, Lucia ha visto
Unirse la sublime venturanza
De aquella cuyo seno llevó al Cristo,
Con la blanda espresion de la que alcanza
Lo que es nuestro dolor, i el brazo listo
Tiene por siempre a mitigar los males,
Patrimonio cruel de los mortales.

XLV.

Que así como tu gozo el mas profundo
Sobre la tierra fué, tambien tu duelo,
I siendo su motivo sin segundo,
Lo engrandeciste todo en nuestro suelo.
Por eso tu cariño es tan fecundo,
Tanto, o María, en nuestro bien tu anhelo,
I si de hermana i madre te da nombre,
Tambien de eterna salvadora, el hombre.

XLVI.

Tan suave claridad tus ojos brotan,
Que el alma de sagrado amor derriten:
Todas las fuentes del dolor se agotan
Dó quiera que sus luces se trasmiten.
Con inefable ondulacion denotan
Tus labios, foco del pudor, que emiten
Siempre los ruegos de perdon i olvido
Mas agradables al excelso oido.

XLVII.

Mas del aéreo cuerpo i de tu manto,
De estrellas tachonado refulgentes,
En continuo bullir se ven en tanto
Las virtudes brotar cual de sus fuentes.
A par con ellas el alado encanto
De las divinas gracias, a torrentes
Surte tambien, i va su tropel denso
Por el espacio a repartirse inmenso.

XLVIII.

¿Qué deberé decir, señora, en suma,
De ese pié descubierto bajo el vivo
De rubis de tu veste? No a la pluma
Del cisne o nieve tal blancura adscribo.
Ah! cuán gozoso el serafin se arruma
Para darle escabel, i cuál concibo
Que haya roto ese pié la frente insana
Del monstruo peste de la estirpe humana!

XLIX.

¡I ha de seguir, o madre, hija i esposa
Del Supremo Hacedor, mi torpe lengua
Deslustrando tu gracia fulgorosa,
Que en cualquiera alabanza sufre mengua?
No: cese ya mi empresa infructuosa:
En vano eco terrestre se deslengua
Por describir lo que la propia mente
Solo alcanza a entrever confusamente.

L.

Se quiebra el instrumento entre mis manos:
No hallo espresion que trace tal bosquejo,
I el harpa de los ánjeles ufanos
Diera apénas de tí flaco reflejo.
Postrarse i adorar, a los humanos
Posible es solo ante el sublime espejo
Por donde a nuestros raptos perceptible
Quiere algun tanto hacerse, el invisible.

LI.

Tú sola eres un cielo; sí, tú sola
Mil mundos produjeras de virtudes.
¿Cuál astro igualaria tu aureola,
Qué encanto tus divinas actitudes?
Dios mismo en tu pureza se acrisola,
I cada vez que a su presencia acudes,
Al verse de tal obra autor se engrie,
I a su placer la inmensidad sonrie.

LII.

Solo una mente divinal, por cierto,
Era capaz de haberte concebido,
Manantial de consuelos siempre abierto
A aquel que del paraiso fué expelido.
¿Qué corazon a tu beldad tan yerto,
El saber culpará que ha permitido
Sobre la tierra el mal, cuando tuviste
Tú la mision de redimir al triste?

LIII.

Preciso fué que la tiniebla oscura
Por la mansion de Adan se difundiera,
Para que tú trajeses la alba pura,
Como el hielo hace amar la primavera.
Salud, salud, o lazo que a la altura
De un Dios ligaste nuestra humilde esfera,
Arcano misterioso e inexplicable,
Cual tu mision augusta e imponderable!

LIV.

Tal era, pues, María apareciendo
Delante su devota, i con sonrisa
Que el temporal calmara mas horrendo,
I mil brillantes soles improvisa,
Afable hasta ella descendió, i poniendo
Con suavidad no hallada por la brisa,
La mano de alclis sobre su frente,
Dijo; i al eco se extasió el ambiente.

LV.

“O mi nueva conquista! tú mi amparo
Imploraste con fé que donde moro
Nunca dejó de hallar ingreso claro.
Cese ya, cese de temer tu lloro.
En mí, tendrá por siempre su reparo
Mas infalible el virjinal decoro,
I harán a tu pudor inútil guerra
La maldad del infierno i de la tierra.”

LVI.

Aquesta voz torrente de consuelos
A la mestiza fué, cual nunca al justo
Inundó, si su mente de los cielos
Oyó en trasportes el concierto agosto.
Huyeron para siempre sus recelos
I el alma hinchóse de vigor robusto.
Mas como ella en sí sola no vivia,
Así, trémulo el labio, respondia:

LVII.

“¿Qué podré ya temer bajo tu escudo,
O Madre en cielo i tierra poderosa?
A su inefable abrigo yo no dudo
Que tu hija voi a ser mas venturosa.
Pero tambien, si a tu excelencia pudo
Ser una ofrenda en méritos preciosa
Mi oscuro jentilismo haber bañado
En la luz de la fé de tu hijo amado;

LVIII.

“Tú sabes a quién debo tal victoria,
 I en cuántos riesgos bárbaro asesino
 Aun le tiene talvez, si de tu gloria
 Ya no emprendió su espíritu el camino!
 Así, si no te ofende la memoria
 Que ahora yo te hago de él, i su destino
 Mas tiempo han de ignorar mis ansias tristes,
 ¿Podré al ménos saber si tú le asistes?”

LIX.

A esta pregunta el fúljido semblante
 De la Reina del cielo, entristecerse
 Levemente mostró por un instante,
 Cuanto en rostro inmortal puede esto verse;
 Pero benigno siempre oyó la amante,
 Así aquel labio místico verterse:
 “ Rueda por él, Lucia, pues acaso
 “ Conviénele ese auxilio nada escaso.

LX.

“I mas no intente penetrar tu vista
 Los celestes designios. Un consuelo
 Siempre no obstante a tu zozobra asista,
 Pues por amargo que le aceche el duelo,
 Jamas olvidarán que tu conquista
 A él han debido, madre i Rei del cielo.”
 Dijo, i cual dulce ensueño, por el aire
 Despareció su célico donaire.

LXI.

Largo rato despues que ella se ausenta,
 Su rastro inunda en luz, gloria i fragancia,
 I en harmonía que cesó mui lenta,
 Cual el recuerdo de un gran bien, la estancia;
 I entretanto Lucia, como atenta
 Aun de la blanda voz a la asonancia,
 De intensa gratitud siente su seno,
 I de una calma indefinible lleno.

LXII.

Tierna resignacion a otros pesares
I desusada fortitud la anima;
Ni volverá a temer nuevos azares,
Sabiendo qué favor la guarda encima.
Puro como la lámpara en altares
De templo sacro ardiente, se sublima
Su mismo amor, que de terrestre alveolo
Guarda un recuerdo en lontananza solo.

LXIII.

Acaso, como suele un limpio espejo
Húmedo aire empañar, cuando imagina
La suerte de Ricardo, amargo dejo
Brevísimos instantes la domina.
No era un anuncio plácido el consejo
Dado sobre él por la vision divina;
Mas ¿no prueba eso mismo que aun existe
Sobre estos valles de amargura el triste?

LXIV.

¿I no es tambien de alivios un tesoro
La promesa agregada por Maria
De no olvidar sus méritos? ¿Qué lloro
Ella sola a endulzar no bastaria?
Dejemos, pues, que cumpla su decoro
El sacro aviso, orando noche i dia,
I ya que otro socorro se le niegue
Dar a su amor, al ménos por él ruego.

CANTO DUODÉCIMO.



I.

¿Qué poder hai al tuyo comparable,
O sublime oracion, sobre la tierra?
¿Qué prodijio a la mente indescifrable
Su eterna esplicacion en tí no encierra?
¿Dónde un consuelo halló mas inefable
La especie humana a cuanto mal la aterra,
O mejor panacea a todo daño,
Que el blando influjo de tu fresco baño?

II.

Por tí en un ángel se convierte el niño;
El hombre pecador por tí recobra
El albor i pureza del armiño,
I ve la muerte el viejo sin zozobra.
No hai un placer completo sin tu aliño,
I si en nosotros mil encantos obra
La pompa i majestad de la natura,
Es porque un himno al Ser Supremo augura.

III.

Fuera de tí no creo en otra majia:
Ante tu oríjen célico me inclino:
Tu vuelo esplendoroso nos presajia
El triunfo sobre el áspero destino.
Me inunda de placer porque te plajia
De las aves el canto matutino,
I halago tanto, porque juzgo que ora,
El sol me inspira, si el poniente dora.

IV.

Tú pueblas la mansion del solitario;
Llenas de vida el árido desierto:
No osa el furioso abismo refractario
Permanecer al son de tu concierto.
Eres la eterna lumbre del santuario,
El faro inestinguible que ácia el puerto
Guia la nave al parecer perdida,
I la abre otra mansion desde esta vida.

V.

Tú acercas la distancia mas remota
I vences los obstáculos supremos:
Por tí al amigo ausente en tierra ignota
Auxilio damos i presente vemos.
Aun de la tumba en apariencia inmota
Los deudos caros resurjir no hacemos
Cuando anhelosa, o súplica, te inflamas
I en torno nuestro a revolver los llamas?

VI.

El divino Hacedor, que todo quiso
Referirlo ácia sí, cual comun fuente,
Hizo tu medio el eslabon preciso,
I por eso tu influjo es tan potente.
Adan, perdido que hubo el paraiso,
Por tí volvió a encontrarlo nuevamente:
Del mismo averno embotas el empuje,
Que, oyendo tu rumor, vencido ruje.

VII.

Siempre en el duelo o gozo se te ha visto
Instinto ser del corazón primario.
¿Qué mas podré decir si el mismo Cristo
Halló refugio en tí sobre el Calvario;
I su divino espíritu, ya listo
A acabar el suplicio voluntario,
De su ternura por suprema norma
Quiso dejarnos del orar la forma?

VIII.

Por medio, pues, de tí, ya que no puede
Lucia el daño que al esposo abruma
Correr por sí a calmar, se le concedo
Enviarle suavísimo perfume.
Ai! lo que en tanto al infeliz sucede
No sin razón su inquieto amor presume,
Ni en vano el alto aviso la excitara
A que constante por su alivio orara!

IX.

Sufriente le dejamos de honda herida
Del cenobita en la callada gruta,
Cuando la turba indiana reunida
De la odiada Imperial tomó la ruta.
En él por largo tiempo con la vida
La muerte sustentó fiera disputa,
Alimentando su febril delirio,
Con riesgo siempre, el corporal martirio.

X.

La vida, al fin, merced al fino celo
De Millalauco, que a atender constante
Quedó al que era su otra alma, i al desvelo
Del siervo del Señor, salió triunfante.
Mientras duró el peligro i su recelo,
El indio en especial veló incesante,
Sin sueño o alimento haber probado,
I como absorto, del enfermo al lado.

XI.

Dulcísimo placer a ambos halaga
Cuando esperanza cierta les consigna,
Ya comenzando a disminuir, la llaga,
I a acometer la fiebre mas maligna.
Pero el riesgo imprevisto de otra plaga
Entónces sobrevino, tan benigna,
Porque el fisico alivio hizo al momento
Del alma acrecentarse el sufrimiento.

XII.

La mente, por los físicos dolores
En maquinal delirio hasta allí envuelta,
Aunque rumió del hado los rigores,
Su punta no sentia herir resuelta.
Mas des que la razon a sus fulgores
Acostumbrados empezó a ser vuelta,
Al roce de agudísimo taladro,
Vió de su mal desenvolverse el cuadro.

XIII.

Cautiva está su amada, i él ignora
Qué destino a la triste habrá cabido;
Si por premiar su defeccion traidora,
Al robador Mendoza la ha cedido;
O él mismo, de su gracia seductora
Fascinado talvez, la ha retenido,
I triunfa, haciendo su rencor nefario
En ella un nuevo ultraje a su adversario.

XIV.

Él en tanto, tendido en ese lecho,
De ir a cobrarla anhela en vano el dia,
I cuando al fin reluzca, ¿qué provecho
Reportará su empresa asaz tardia?
Con tales pensamientos, el despecho
A tal extremo, i la impaciencia, hervia,
Que a ratos un volcan vuelta su mente,
Del lecho le arrancaba de repente.

XV.

Miradas fulminando en torno atroces
I espuma despidiendo árido el labio,
Pedia delirante en altas voces
Le condujesen a vengar su agravio
I salvar a su dulce amor.—Veloces
El tierno amigo i el ministro sabio
Acudian entónces en su ayuda
Hasta calmar ajitacion tan ruda;

XVI.

Éste con blandos ecos de esperanza
E infundiéndole fé en el divo auxilio,
Aquel rogandolé que a la cobranza
De su vigor, con vano pervijilio
No quisiese imponer mayor tardanza,
I sufriendo paciente el corto exilio,
Pensase que una hueste inmensa en tanto
Lidiando estaba por su dulce encanto.

XVII.

Así, no sin trabajo, algun sosiego
Tornarle conseguian; mas de lenta
Siempre acusando su salud, tan luego
Como el dudoso paso le sustenta,
Por buscar nutricion su ardiente fuego,
De la honda gruta a respirar se ausenta
El aire libre, i va a pedir al campo
Le torne su vigor de un breve lampo.

XVIII.

Por dicha, de los sitios la belleza,
Donde empieza a ensayar su marcha tarda,
Si disipar no logra su tristeza,
Siquiera distraccion fugaz le guarda.
Del araucano amigo la terneza
En tales escursiones le resguarda,
I las ideas tristes de él retira,
I cuanto juzga complacerle, admira.

XIX.

Bien auxiliada del activo esmero
 Del ilustre hermitaño, la natura
 Habia aquel contorno en un vivero
 Convertido, de plácida ventura.
 La gruta abria ácia el albor primero,
 Bajo apiñados riscos de una altura
 De pinos araucanos coronada,
 Entre verde feston su angosta entrada.

XX.

Cueva talvez i albergue misterioso
 De algun chileno mago fué en lo antiguo,
 Donde invocaba ensalmo tenebroso.
 De aviesos entes el influjo ambiguo;
 Pero hoi no mas el indio receloso
 Tiembla de hallarse a aquel lugar contiguo,
 Que alharidos no son de inferna lucha
 Los dulces cantos que en la noche escucha.

XXI.

A la derecha mano un huertecillo
 En berzas abundante i fruto vario,
 El postre preparábale sencillo
 I su único banquete al solitario.
 Allí tambien el útil romerillo,
 La viravira, el *diuca* vulnerario
 I cuantas yerbas la salud retornan,
 Esperando al enfermo, el surco adornan.

XXII.

Al otro lado hermosa sementera
 Ricas espigas a los vientos mece,
 I del maiz la rubia cabellera
 Entre panojas resonantes crece.
 Enfrente se dilata la pradera
 Que vasta alfombra a la colina ofrece
 Donde Lucia, del bautismo santo,
 Nació a otra vida por el dulce encanto.

XXIII.

Salpican a intervalos su verdura
De una grei los blanquísimos vellones,
Que el indio en tiempos de abundosa holgura
De reponer no cesa con sus dones,
Sabiendo bien que en ello no procura
Sino tener de propias provisiones
Un seguro repuesto a su laceria,
De peste o hambre en la comun miseria.

XXIV.

De la siembra al producto igual destino
Daba el siervo de Dios, i un dispensero,
Únicamente para sí mezquino,
Era del desvalido el año entero.
Por tal conducta a conquistarse vino
Amor de la comarca tan sincero,
Que todos adoraban su presencia
A modo de segunda Providencia.

XXV.

I apéna el tiempo de esparcirse el grano
Por el fecundo suelo se acercaba,
O de cojer el fruto que el verano
En la dorada espiga sazónaba,
El niño, el jóven, el inerte anciano,
La mujer, cuya suerte él procuraba
Mas ardiente eximir de indigno insulto,
Alegres acudían en tumulto.

XXVI.

Cual convocados de espontánea cita,
Ninguno principiaba su faena
Sino por la del caro cenobita,
I celo tan activo allí se estrena,
Que cuando el sol al mar se precipita
Del occidente, el canto ya resuena
Final de la tarea que el concurso
A la par comenzara de su carso.

XXVII.

Como padre comun, pues, adorado,
Jamás a su doctrina faltó fruto;
I oyéndole el indijena extasiado
A su Dios ponderar, cada atributo
De la excelsa bondad, representado
En él mismo admiraba, i substituto
De ese Dios le decia aquí en la tierra,
Cual breve espejo al sol inmenso encierra.

XXVIII.

La predicada lei por tanto acoje
Lleno de amor, i número no escaso
Quiere que él la agua salvadora arroje
Sobre sus tiernos hijos, i aun acaso
Sobre sus propias frentes: se le escoje
Por juez inapelable a cada paso,
I los consejos que su voz difunde,
Semilla son que el tiempo no confunde.

XXIX.

A estender a todo hombre sus afectos
I perdonar benignos los agravios,
La adversidad sufrir, ser siempre rectos,
De su ejemplo aprendian i sus labios.
Si los dominadores los efectos
De esta enseñanza dulce hubiesen sabios
Prestádose a auxiliar, él pronto hubiera
Talvez domado la araucana fiera.

XXX.

Mas en vez de ofrecerle tal socorro,
La opresion conspiraba harto a menudo
Solo a oponerle insuperable engorro,
De pedernal tornando el pecho rudo.
Tal suele verse en combatido morro
Violento quebrantar el mar sañado
I derribar por tierra hermoso faro,
Nuncio al marino de seguro amparo.

XXXI.

No siempre limitóse el digno siervo
De Dios a lamentar consigo mismo
Tan funestos contrastes; su eco acervo
Corrió a hacerse escuchar del despotismo.
Fué a las ciudades, reprendió al protervo,
Pidió justicia i aun mostró el abismo
Que dando a su ambicion rienda sin traba,
El ciego encomendero se cavaba.

XXXII.

Inútil batallar! Cuando el profeta,
Por fruto de sus altas predicciones,
Solo no recojió burla secreta,
A lo mas en algunos corazones
Su voz, como una célica trompeta,
Mientras vertia sus tremendos sonos,
Logró que el denso velo se rasgara
I enmienda i desagravio alguien jurara.

XXXIII.

Pero no bien cesaba el santo dardo
De flechar los oidos, por el viento
Volaban los propósitos, i un fardo
Parecia, insufrible, el cumplimiento.
El olvido seguía al retardo,
Luego el furor tronaba mas violento,
Como despues del recio terremoto,
Presto se infrinje el mas ardiente voto.

XXXIV.

Por único consuelo al siervo aflicto,
Quedaba despues de esto la esperanza
De que por fin trajese algun conflicto,
No irremediable al ménos, la mudanza.
A su tarea en tanto siempre adicto,
I puesta en el Señor su confianza,
Mas de una vez llegó a amansar la furia
Promovida por cada nueva injuria.

XXXV.

La vida patriarcal, pues, admirando,
 Que de ese santo asilo forma un cielo,
 I el amor de su dueño venerando
 Para todo el que busca su consuelo,
 Ricardo alguna vez alivio blando
 Encuentra a su inquietud, que al fin el duelo,
 Para hacer mas punzante su martirio,
 Es fuerza otorgue treguas al delirio.

XXXVI.

Nada tan dulce le es, como a la aurora
 I al fin del dia ver cuanto doliente
 Allí, salud buscando, se demora,
 Ante la cruz postrarse reverente;
 La voz del solitario alzar sonora
 El himno al Redentor, i tiernamente
 El indio coro repetir su canto,
 Lleno de gratitud i fervor santo.

XXXVII.

Bien léjos va a esparcirse ese murmurio, .
 I elevándolo el viento a cada vuelta,
 Parece en repetir su eco no espurio
 Del pino hallar placer la copa esbelta.
 Enternecido al venturoso augurio,
 Ricardo da a su llanto rienda suelta,
 Con ellos canta i al Criador bendice,
 I en su propio interior así se dice:

XXXVIII.

“Ah! si todo cristiano que titula
 Indomable esta raza, i de tu templo,
 O gran Dios, enemiga la regula,
 Meditara i siguiese aqueste ejemplo,
 Cuán pronta fuera aquesa union, aun nula,
 Que retardarse mas i mas contemplo;
 Cuánto odio, sangre i llanto se evitara,
 Cuan rauda esta rejion tu lei llenara!”

XXXIX.

Tales eran las hondas reflexiones
Que absorbían su mente tiempo largo,
I despues de cesar aquellos sonos,
Llegábanle a ofrecer un dejo amargo.
Rumiándolas al par de sus pasiones,
Desde que no le opuso grave embargo
Su gran debilidad, a la colina
Iba a ascender, dó renació su Alpina;

XL.

I tan próxima estuvo de consorte
A darle el nombre eterno: allí el trascurso
Del tiempo no sentia, que en transporte
Tornarse parecia su discurso.
Como si fuese su esclusivo norte,
La vista sin cesar seguia el curso .
De la fuente, cuya agua de Lucia
Bañó la frente pudorosa un dia;

XLI.

I descendiendo por la verde loma
El prado a recorrer, sierpe de plata,
Le habla en sus ecos misterioso idioma,
Que atento de esplicarse él mismo trata.
Yendo tras ella siempre, acaso toma
Radio mayor su vista, i se dilata
Por el jardin que aquel fecundo riego
Corre a alegrar, como la siembra luego.

XLII.

Con un penoso encanto hasta la espalda
De las remotas sierras de la costa,
Recorre la ancha alfombra de esmeralda
Dó serpentea su alba cinta angosta.
Ai! de esos montes próximo a la falda
El tierno objeto de su amor se agosta
I el vil Mendoza triunfa: ante esta idea
Cuanto su vista abarca renegrea.

XLIII.

En vano el sol sobre ese prado estenso
Sus mas brillantes rayos desmenuza,
Llegando a convertirle en mar inmenso
De vivísimos íris, que encapuzo
A trechos solo bosquecillo denso
De airosos pinos, o con fajas cruza
De safir vario arroyo, al aire dando
Frescor, reflejos i contento blando!

XLIV.

Todo este mismo encanto mas le enoja,
Cual si esa ostentacion del sol partiente
Fuera burla cruel de su congoja,
No adios que le haga ansiar mas vivamente.
De su inaccion forzada se sonroja,
Se cree culpable el corazon jemente,
I contesta a mil voces que le llaman
En su furor, i el horizonte inflaman.

XLV.

A coronar esta impaciencia vino
Pronto indiscreta voz del mensajero
Por Brancol enviado de contino
El estado a indagar del novio ibero.
Este le reveló que ya el destino
De Lucia cristiano prisionero
Al campo sitiador mostrado habia,
I en su poder Mendoza la tenia.

XLVI.

Apénas confirmados sus temores
Por este anuncio contempló Ricardo,
Resuelto declaró que a sus ardores
Nada impondria ya el menor retardo.
“Yo hago sus riesgos cada vez mayores,”
A Millalauco dijo, “i si aun aguardo,
Solo oprobio i horror será mi vida.
Mañana he de emprender, si, mi partida.”

XLVII.

Asi juzgaba el triste en su insufrible
Dolor, que estando cerca de su amada,
Su suerte iria a hacer ménos terrible
I siente ya su fuerza redoblada.
Viendo la resistencia no servible,
El indio amigo empieza la jornada
Activo a disponer.—Ricardo entanto
Va a despedirse de su huésped santo.

XLVIII.

Al hermitaño desde luego aflije
Oyéndole tristísima sorpresa,
I por razones de salud, colije,
Quererle aun demorar ser vana empresa.
El solo rumbo que le resta elije
Entónces, porque mira tanta priesa
Hacer la esplicacion ya harto precisa,
En su labio hasta allí siempre indecisa.

XLIX.

Del jóven español por tanto toma
La diestra entre sus manos, i le lleva
Sobre la cumbre de la esbelta loma
Que recuerdos en él tantos subleva
Dia por dia. Al cielo allí aun asoma
Con majestad constante i gracia nueva
La cruz su frente, dándola esta tarde
Tributo el sol de adoracion i alarde.

L.

Del hermitaño ante ella el amor vivo
Postróse i se mantuvo largo rato
Su inspiracion pidiendo reflexivo.
Ricardo, sorprendido a este aparato,
Le oyó despues, con eco persuasivo,
Rogarle que se siente a él inmediato,
I el inmenso espectáculo presente
Mostrando al derredor, decir doliente:

LI.

“Aun no ha corrido un siglo, o mi hijo amado,
Desde que este pais, al hondo sueño
Del vicio i la ignorancia abandonado,
El emblema ignoraba de ese leño.
De terribles rigores se ha acusado,
I a veces con justicia, al que el empeño
Trajo de reducirlo al suave yugo
De Cristo, por las artes del verdugo.

LII.

“Yo mismo, en los doce años cuyo jiro
He completado en estas soledades,
No acierto a enumerar cuánto suspiro
Me han arrancado excesos i crueldades,
Para cuyo remedio inútil miro
Su grito alzar las célicas verdades!
Mas un gran bien es raro se conquiste
Sin que su caro precio nos entriste.

LIII.

“Precisa condicion de los progresos
De la raza de Adan por siempre fuera
Precedidos venir de contrapesos,
Cual si de duelos i de sangre hubiera
Un piélago de abrirnos los ingresos
A cada nuevo Eden que nos espera
Sobre este mundo, i sin crisol de llanto
No fuera producible algun encanto.

LIV.

“Esto es lo que nos muestra cada historia
De humana sociedad: sin tal bautismo
¿Cuál ha alcanzado al colmo de su gloria?
Humillémonos, pues, ante el abismo
De la alta Providencia: la victoria
Nunca ganó constante el fatalismo.
Pasará la opresion que ahora te indigna,
I lucirá otra aurora mas benigna.

LV.

“Sí: despues que los indios su tributo
Al destino comun de los humanos
Hubieren satisfecho, el rico fruto
De los dolores cojerán sus manos.
Este leño, dulcísimo atributo
De justicia i de amor, que en estos llanos
Del oprimido le promete al duelo
Alivios hoi tan solo de otro cielo,

LVI.

“Reinará sobre un pueblo dó Señores
I siervos ya no habrá, do quier brotando,
Bajo su auspicio, todo campo, flores
I de fraterno amor ambiente blando.
Como el árbol injerto los mejores
Frutos suele rendir, tal pululando
Una raza ya unida i poderosa
Sustentará esta tierra venturosa.

LVII.

“I de las penas del abuelo suyo
Entonce el parabien daráse el nieto.
¿No calmará esta idea el ardor tuyo,
Como consuelo a mí me da secreto?”
Ricardo aquí replica: “Aun no concluyo
Por descubrir, o padre, a cuál objeto
Va ese discurso vuestro encaminado.”
—“I no lo habeis aun, hijo, adivinado?

LVIII.

¿“Pensais que se me oculta cuál desinio
Os lleva a la Imperial?”—“Justa venganza
Me pide sin cesar el esterminio
De mi padre infeliz! En tribulanza
Su venerable sombra del dominio
Del otro mundo noche a noche avanza
Hasta mi lecho, a recordar la deuda
Que a mi filial cariño se le enfeuda.”

LIX.

—“Vana ilusion de mente acalorada
Por la propia pasion i por el brio
De la edad juvenil! ¿Crees que impregnada
De terrestres rencores, hijo mio,
El alma de los muertos la morada
Penetra del Señor; i tal avío
Ante las mismas plantas no abandona
De aquel que dice al perdonar, *perdona?*”

LX.

“I aun cuando por lejítimo debiera
Tenido ser tu vengador conato,
¿Antorizarte esa razon pudiera
Para tomar las armas insensato
En contra del pais que el ser te diera,
Su Monarca i tu lei; i en el rebato
Que tantos bienes para Chile inmola,
Tú mismo derramar sangre española?”

LXI.

—“Ah! nunca, nunca receleis cubierto
De aquesa mancha ver a vuestro amigo.
Al campo sitiador yo marchó, es cierto,
Mas caiga sobre mí el mayor castigo,
Si contra la Imperial misma encubierto
Algun designio pernicioso abrigo!
No: si ella ha de morir, mi propio brazo
No será quien abrevie el fatal plazo.

LXII.

“Un simple espectador de la contienda
Seré que entrambas razas allí traben,
Sin que mi acero a algun cristiano ofenda
Ni mis consejos su conflicto agraven.
Pero que en medio de la lid tremenda
Alguna vez mis ojos no se claven
Sobre Mendoza! Desde entonces un mundo
No contuviera mi odio furibundo.

LXIII.

“Entre las haces persiguiendo a él solo
Para beber su sangre i mi ira inmensa
Como su crimen resaciar, o inmolo
Esa pérfida vida, o tanta ofensa
El mismo colmará, por triunfo o dolo
Otra víctima haciendo! Tal mi intensa
Resolucion i voto inalterable
Es, padre mio, o mi hado irremediable.”

LXIV.

—“Vuestra resolucion, ya lo concibo:
Pero vuestro hado, no! porque del boa
Mui semejante al hálito percibo
Del destino el influjo. Él nos atoa
A perdicion segura, si inactivo,
Des que el efluvio fascinante incoa,
No corta su corriente el brazo nuestro;
Mas el lazo fatal evita el diestro.

LXV.

“Hágase, pues, tu voluntad, Dios santo,”
Siguió el anciano triste, “si has resuelto
En tus profundos juicios que al espanto
De yerma asolacion sea devuelto,
¿Quién sabrá predecir por siglo cuánto?
El sitio donde en suave aroma envuelto,
Aunque de labio pecador partido,
Sube el himno en tu obsequio concebido:

LXVI.

“Que la Imperial perezca i los aduares
Dó vil supersticion te insulte, acaso
Se eleyen donde hoi brillan tus altares,
I sirva a la embriaguez tu santo vaso!”
—Oyendo predecir tales azares,
Ricardo prorrumpió: “Señor, no escaso
Asombro me infundis, tal influencia
Afectando atribuir a mi presencia.

LXVII.

¡“Cómo alterar podría yo el destino
Que a la Imperial reserve el cielo justo,
Con solo no emprender ese camino?
¿Qué talisman, pues, rije tan Augusto
El brazo con que yo no determino
Sino a un contrario combatir, que el susto
Causado al estridor de este debate,
De un pueblo entero el brio desbarate?”

LXVIII.

“Ah! Confesad que presuncion risible
En mí atribuirme esa importancia fuera;
I si amenaza ruina irremisible
A los sitiados, mi presencia hubiera
De serles mas bien útil que temible,
Del vencedor calmando la ira fiera,
Cuando al recuerdo exasperante, inmoto,
De su opresion, derribe todo coto!”

LXIX.

“Pero es que a mí,” repuso el hermitaño,
“ Aunque de Dios el mas indigno siervo,
Me ha parecido de misterio extraño
Clara revelacion deber al Verbo!
He visto que a ese pueblo de gran daño,
Si de él logro alejarte, yo preservo,
I que es de su ruina abierto indicio
Reusarme tú a mí este sacrificio.”

LXX.

“Qué digo? Desde ahora al contemplarme
Próximo a aquel que a la Imperial somete
A perdicion, si un *no* resuelve darme,
Temblor involuntario me acomete!
¿Qué leve indicio oiré que no me alarme
Cuando el bien de la fé se compromete,
Ni cómo callaré cuando a mi celo
Aquesta tentativa impone el cielo?”

LXXI.

“Si aun a los ruegos mios se resiste
Tu corazon, Ricardo, reflexiona,
Ántes que emprendas esta marcha, el triste
Resultado que mi eco te pregona.
Ve si tu padre en demandarte insiste
Venganza tan atroz, i si él te abona
Que a su nombre tu lei i patria ofendas
I aras de Dios le arrojes por ofrendas.

LXXII.

“Pide al Señor te otorgue alguna calma
A fin de conocer si hai un agravio
Que merezca tu ardor por esa palma,
I mañana respóndame tu labio!”
Dijo; i alzóse brusco, i llena el alma
De amarga conmocion, marchóse el sabio,
Dejando al hijo de Álvaro aturdido
I en reflexion tristísima perdido.

LXXIII.

Retirado a su gruta todo el resto
De ese dia, i la noche subsiguiente,
Estuvo inmóvil, de rodillas puesto,
Alzando su oracion a Dios ferviente.
Durante el propio espacio, mal repuesto
De su estupor, cual sombra padeciente,
Ricardo, fuera del albergue umbroso,
Vaga sin un momento de reposo.

LXXIV.

En su pecho combate porfiado
Traba el amor i la ira i el deseo
De vindicar su honor amancillado
Por tanto ultraje de Mendoza, feo,
Con el patrio cariño, aun no apagado,
I los temores de mirarse reo
De maldicion celeste, a su lei santa
Mal su grado infiriendo herida tanta.

LXXV.

Arrédrale tambien con su conducta
 Motivo dar al mundo harto plausible
 Para creer a abrigo de disputa
 Cuanta calumnia pérfida i horrible
 A él i su padre el odio artero imputa
 De su adversario. Truénale terrible
 I sin cesar su mente descalabra
 Del siervo del Señor cada palabra.

LXXVI.

De aqueste batallar el recio impulso
 Le enflaquecia a tal extremo a ratos,
 Que a ir a abjurar sentíase compulsio,
 Del profeta a los pies, sus arrebatos.
 Pero mui pronto el corazon convulso
 Por doble reaccion, tales conatos
 Sufocaba, volviendo a ser su pecho
 Fragua aun mayor de saña i de despecho.

LXXVII.

Así un hirviente mar destroza el dique,
 Freno por breve espacio del olaje;
 Así toma un incendio gran despique
 Del obstáculo opuesto a su coraje.
 ¡Impune dejará se glorifique
 Mendoza, i de vengar su vario ultraje
 Le repute incapaz, i ante Lucia
 Se plazca en zaherir su cobardia?

LXXVIII.

Por un simple temor del solitario,
 Que todo de ilusion fútil acusa,
 Podrá él ceder tal triunfo a su adversario?
 ¡Quién hallará aceptable aquesa excusa?
 El pueblo que le acoje hospitalario,
 Cuando su patria le abomina ilusa,
 Digno le juzgará de igual aprecio,
 Viéndole inmoble al sacudon mas recio?

LXXIX.

Aquesa patria misma por quien fuera
 Él a hacer ese inmenso sacrificio,
 Sabríalo estimar? ¡No lo volviera
 Del propio bienhechor en perjuicio?
 Sin duda! I aun su fé que mereciera
 Sola tanto abnegar por su servicio,
 Efectivo interes tendria acaso
 En seguir propagada al mismo paso?

LXXX.

Supuesto que influencia tan estraña
 Cual la del siervo del Señor predicha,
 Hubiese de ejercer su sola saña,
 Será tal resultado una desdicha?
 I la espulsion de Arauco de la España
 Armada de rigor, ¡no hará, por dicha,
 Se acerque mas veloz el Evangelio,
 Por el bien difundido, al perihelio?

LXXXI.

Que no sufriendo ya tanto contraste
 La voz de los ministros de su culto,
 Con su odio a la opresion tambien no engaste
 El de la lei cristiana el indio inculto?
 Así, Ricardo, fué como trataste
 De acallar el fatídico tumulto
 Que siempre su respeto relijioso
 Causábale a tu pecho pavoroso.

LXXXII.

Pero nada tu arrojó decidia
 Ni en persuasion mayor bañaba el alma,
 Como pensar qué ultrajes tu Lucia
 Sufriendo al propio tiempo acaso estaba!
 Cuando tu honor en ella se sentia
 Humillado atrozmente, i resonaba
 Un clamor doloroso por tu oído,
 A tí de gran distancia dirijido,

LXXXIII.

Pidiéndote socorro, ai! ai! entonces,
Como ola de corriente imponderable,
Capaz de destruir muros de bronce,
Su efecto producian indomable
Los celos mas rabiosos: en desgonce
Hundiáse el temor mas formidable,
I huíase el escrúpulo jimiendo
Su voz perdida entre el sonoro estruendo.

LXXXIV.

Entónces envolvía aun a tu raza
Tu furor, i probabas crudo gozo
Al recordar que el cielo la amenaza
Por medio tuyo de tan gran destrozo.
Ciñe ese corazon recia coraza
De salvajes pasiones sin rebozo,
I vuélvete impaciente ácia la aurora
I acusas rebramando su demora!

LXXXV.

Consumida la noche en tal desvelo,
Vagando por el campo, a exasperarle
La fiebre ya empezaba, cuando un velo
Por oriente de luz, vino a aliviarle.
Al punto a Millalauco, cuyo celo
Insomne no cesó de vijilarle
Tambien toda la noche a espacio corto,
Cual fiel mastin sobre su dueño absorto,

LXXXVI.

Pidió que los caballos dispusiese,
I él mismo, bien resuelto, al solitario
A dar la infausta despedida fuese.
Mas cual de un pecador que va el santuario
A profanar impio, desfallece
De súbito el arrojo temerario,
Su alma, al tocar la puerta de la gruta,
Casi ha tornado a hallarse irresoluta.

LXXXVII.

Así, por mas que anhele apurar luego
Aquesta final prueba, entrar vacila,
Sin que al primer claror haya el sosiego
Interno escudriñado su pupila.
Aun sumerjido en fervoroso ruego,
Ante una imájen de Jesus vijila
El hermitaño inmóvil en el fondo,
I Ricardo le ve con pesar hondo.

LXXXVIII.

Espera un corto rato allí confuso,
Por si en él reparando le llamase;
Mas como siempre el éxtasis abstruso
En la penumbra ciega le ocupase,
Él avanzó tres pasos: repercuso,
El ruido de sus piés hizo tornase
Al fin el rostro venerable el santo,
Doblando hasta el temblor su frio espanto.

LXXXIX.

Largo suspiro, del devoto pecho
La concentrada angustia desencierra,
Cuando a Ricardo en lágrimas deshecho
Ve ante sus pies precipitarse a tierra,
Lo ineficaz mostrando del provecho
Que esperó él reportar de la honda guerra
Entre sus sentimientos promovida,
Pues con voz de sollozos comprimida,

XC.

“Padre mio,” le dice, “no os enoje
Que para daros nueva pesadumbre,
A interrumpir vuestro éxtasis me arroje.
Despues de bien penosa incertidumbre,
Al fin este partido el alma escoje,
Porque en retorno a tanta dulcedumbre
I fiel solicitud de vuestro trato,
Yo no podia demostrarme ingrato.

“Conozco cuán molesta debe seros
 La vista, con razon, de este culpable;
 Pero cómo partir sin esponeros
 Mi gratitud profunda, interminable?
 Ya, pues, que no a mí triste mereceros
 La bendicion del inocente es dable,
 Al ménos logre, a vuestros piés rendido,
 La orla, o padre, besar de este vestido:

XCII.

“Una vez i otra vez aseguraros
 Que en cualquier clima o suerte do los cielos
 Me arrojen, nunca a vos podré olvidaros,
 Ni vuestros beneficios i consuelos.
 Permitidme, por último, rogaros
 No convirtais en muerte mis desvelos,
 Lanzando airado maldicion vehemente,
 Al deciros yo adios, sobre esta frente.”

XCIII.

Dijo; i llegando aquí, su voz ahogaba
 Tal golpe de sollozos i de llanto,
 Que bien el corazon manifestaba
 Querer romperse a impulso del quebranto.
 Al punto mismo el viejo se esforzaba,
 Cubriéndose la vista con su manto,
 A ocultar la emocion tierna i profunda
 Que en tan crítico instante su alma inunda.

XCIV.

Mas recobrado al fin, i vano empeño
 Haciendo a levantar al jóven triste,
 Que como una alma ante el celeste dueño,
 En aguardar por tierra el fallo insiste,
 Con mas que airado, doloroso ceño,
 I voz a cuyo acento tú creiste
 Un mundo de ternura i de tristeza
 Ver, o Ricardo, a responderte empieza:

XCV.

“Toda la noche he orado, ai, hijo mio!
Porque en favor de la Imperial sufriente
Mi intercesion oyese el cielo pío,
I su única respuesta es la presente!
¿Cómo dudarle ya? Si; su desvio
Sobrado inexorable ya se siente,
I anuncia en clara voz que te ha aguardado,
O ciudad imprudente, demasiado!

XCVI.

“Llora, infeliz, ai! llora que al influjo
Potente que hasta aquí te resguardara,
Para tu ruego a ensordecerse indujo
De tus ruidosas culpas la algazara.
Jenio de destrucción con todo el flujo
De oprobios i agonías se te encara,
I a los postreros ecos de tu orgullo
Se alza a tus puertas vengador murmullo.

XCVII.

“Si está resuelto que a su ocaso toque
Ya tu naciente sol, i al mudo abismo
Contigo el santo templo se derroque,
Qué mortal sanará tu parasismo?
Miro ya herirte el formidable choque
De la potente vara de Dios mismo;
Su carro sobre tí! I en tal fracaso
¿Cómo hacerse escuchar mi acento escaso?

XCVIII.

“¿Cómo pudiera aqúeste frágil hombro,
Cuando a tu alcázar fiebre de ruina
Inunda hasta el cimientó i yerto asombro,
Su mole sostener, que ya se inclina?
Ah no! Caerás, caerás! i horrndo escombros
El área cubrirá donde aun domina,
Disimulando su temblor, cual roble
Minado por el pié, tu muro doble!

“I como un delincuente a la picota,
 Quedará largo tiempo tu vestigio
 Publicando el baldon de tu derrota,
 I alimentando el bárbaro prestigio;
 Hasta que llegue al fin la edad remota,
 (Ai! no verán mis ojos tal prodijio!)
 En que torne, espiados tus excesos,
 Barniz de vida a revestir tus huesos;

C.

“I a los esfuerzos de otros españoles
 Sobrado diferentes restaurada,
 De mas dulces encantos te arreboles,
 Que gloria te prometan prolongada;
 I bajo auspicio mas feliz tremoles
 La enseña de Jesus perfeccionada,
 Porque tambien entónces comprendida
 Será mucho mejor su lei de vida!

CI.

“Cumple, pues, hijo de Álvaro, el decreto
 Fatal que ahora te impele!—No acrimino
 Tanto tu obstinacion, como respeto
 El brazo que por tí se abre camino!
 Ni temas, hijo mio, que el aprieto
 De aquesse corazon (bien lo imajino!)
 Mi maldicion aumente airada i fiera.
 El alma tales ecos desmintiera!

CII.

“Harto a sentir en este adios me obliga
 Mi afecto no poder dicha anunciarte;
 Mas en cualquier catástrofe que siga
 La empresa donde vas ciego a empeñarte,
 No olvides que este albergue i gruta amiga
 Dispuesto se hallará siempre a brindarte
 Un corazon abierto a tu amargura,
 I, como has visto, a procurar su cura.

CIII.

“A Dios! El cielo esta última flaqueza
Perdone al siervo suyo!” levantando
A Ricardo, añadia, i su cabeza
Junto al devoto seno acariciando.
Bañábala su llanto con largueza,
En tanto que el del jóven, deslizando
Por el hábito burdo, se le unia,
I el sollozar recíproco cundía.

CIV.

Así a la luz primera de la aurora
Suele el rubio alelí, buscando amparo,
Unirse a la azucena: ella le llora
Con un amor, sus lágrimas, no avaro;
I al paso que este obsequio él atesora,
I el tallo la acaricia con su claro
Llanto en retorno, crece el mútuo fuego
De entrambas flores al conmixto riego.

CV.

No de otro modo dieron breve curso
Ellos a su emocion. Mas de repente,
Vuelto en sí el solitario, como incurso
En la divina cólera se siente.
Cúlpase su flaqueza, i al recurso
De la oracion tornándose jemente,
Del jóven criminal se aparta apriesa,
Quien por la última vez su mano besa;

CVI.

I de la gruta, desesperado como
Aquel que un hado sigue inevitable,
Fuera se precipita: ocupa el lomo
Del bruto cuya rienda le da afable
Su amigo Millalauco.—I sin aplomo,
Aunque a los vientos mismos comparable
En lijereza, de sí propio huyendo
Al parecer, de allí sale corriendo.

CVII.

Millalauco le sigue, i trecho largo
Le mira continuar su marcha lista
Mudo i hundido en estravío amargo,
Sin volver un instante atras la vista.
Diríase que aun teme sufra embargo
Lo que él mismo reputa árdua conquista,
I contra ese temor su anhelo fuera
Que el espacio mayor le defendiera.

CVIII.

Bien pronto a las ruinas se acercaron
De la morada de Brancol: sus ojos
Hieren tambien las tumbas que encerraron
Del suegro i del hermano los despojos.
No sin hacerles honra las dejaron,
Que consolar queriendo los enojos
De aquellas sombras con tributo amante,
Movido de un impulso semejante,

CIX.

El uno i otro su corcel detuvo
Para ascender al lúgubre collado,
En donde con Lihuen el indio tuvo
Tristísimo coloquio; i concentrado
En honda reflexion Ricardo estuvo,
De Maulican sintiendo el jenio airado
Soplarle al corazon su ferocía
No breve parte del primor del dia.

CX.

El sol, al alumbrarlos alli inmables,
Jenios de aquellas tumbas los creyera;
Mas cuando ya la sombra de los robles
Disminuia su fúljida carrera,
Poniendo punto a sus lamentos nobles,
El hijo de Brancol, por vez primera
Des que principio dieron a este viaje,
Dirije al mudo amigo este lenguaje:

CXI.

“Veloz, Ricardo, el tiempo nos invita,
Su fuga apresurando, a que marchemos.
¿Son por haber dejado al cenobita
De triste distraccion tales estremos?
¿Causa un presajio negro tu cuita,
O sus adioses resonar supremos
Escuchan tus oidos hasta ahora?
Te asusta ya una empresa que él deplora?”

CXII.

De esta voz a las suaves inflexiones,
El jóven español, vuelto en su acuerdo,
“Con razon, Millalauco, te propones
Recordarme que aquí ya el tiempo pierdo,”
Replica. “Mas no son mis reflexiones
Las que tú te imaginas. No hai recuerdo
Que yo no haya evocado ante esta tumba,
I siempre igual consejo me retumba:

CXIII.

“Que marche i siga la iniciada via,
Sin que ningun presajio me retenga!”
Tal pronunciando, su semblante ardia
De ruda conmocion, i en rauda i luenga
Carrera de la sangre el pecho hervía,
I los postreros ecos de la harenga
Del solitario, como un son mas fiero
En el recio huracan sorbe al primero,

CXIV.

Así de aviesa furia i de rencores
Perdiéronse en un piélago infinito.
Entrambos a ocupar sus corredores
Descendieron del triste circuito.
I en presto curso atravesando alcores,
Llanuras i montañas, el distrito
De la Imperial mostróse ante sus ojos
Del sol partiente a los matices rojos.

CXV.

No bien varios guerreros araucanos,
Que por las cercanías divagaban,
Conocieron los jóvenes lozanos,
Cuya venida pronta no ignoraban,
Corrieron a llevar la nueva ufanos
Al campo sitiador.—I no tardaban,
Seguidos de otros jefes, Llancareo
I Brancol, cabalgando en rico arreo,

CXVI.

I con la ceremonia que conviene
A su alta estimacion del huésped caro,
En avanzarse a recibirle.—Viene
Inmensa multitud a su reparo;
La cual hace que el cielo en vivas truene
De Álvaro al hijo i campeon preclaro,
Al fuerte abrazo i beso en el carrillo,
Con que le saludó cadà caudillo.

CXVII.

Entónces conocer cuán verdadero
I cordial interes a su adoptivo
Pueblo inspiraba, pudo el noble ibero.
Aun los picuntos jefes que cautivo
Le fueran tan contrarios, i el severo
Huirumangue, a quien siempre dolor vivo
Causa la torpe defeccion del deudo,
Hoi de reparacion en justo feudo,

CXVIII.

Toda aversion depuesta i desfianza,
A darle el parabien de verle sano
Vienen, i a asegurarle su privanza.
En la próxima noche cada indiano
Testimonios de afecto i confianza
No cesó de ofrecer al bello hispano,
I en su obsequio tambien a la alegría
Fué destinado el subsiguiente dia.

CXIX.

A todas las lecciones abundoso
Banquete servir hizo Llancareo,
Donde Ricardo el héroe venturoso
Fué del aplauso i del comun festeo.
Sin intervalo el brindis bullicioso
Su valor ponderaba i el deseo,
Aun a las lanzas mas heróicas grato,
De que él las dirijiese en el rebato.

CXX.

“De su presencia al poderoso imperio,
Vendria a la Imperial su último apuro:
A Lucia del triste cautiverio
Le volveria el derribado muro;
I la paterna sombra refrijerio
Bien dulce sentiria cuando al duro
Brazo del hijo que su agravio entierra,
Viese a Mendoza moribundo en tierra!”

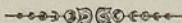
CXXI.

A tanta heróica prediccion se exalta
Mas i mas el mancebo; i de tal modo
El entusiasmo público resalta,
Mui léjos asordando el aire todo,
Que entre sus propios muros sobresalta
Al sitiado el estrépito beodo,
I trémulas refléjanlo sus torres,
I absorto tú, o Cauten, mas lento corres!

CXXII.

Por mas que el Imperial su mente apura,
No atina a descubrir de qué provenga
Ese contrario gozo sin mesura,
Ni cuál nuevo contraste le prevenga.
Mas ai! que nada próspero él augura
Para sus males i agonía luenga;
I aquesa orjía, cual feroz fantasma,
Su sangre hiela i de terror le pasma!

CANTO DÉCIMOTERCIO.



I.

Ai! todo es variacion en este mundo!
En vano esta verdad el hombre aspira
A hundir en el olvido mas profundo,
Pues todo a recordársela conspira!
Cuando creo que en bronce eterno fundo
Mi dicha, es cuando ostenta su mentira,
I quizá pronto estoi a alzarme a un trono,
Si juzgo ya de muerte mi abandono!

II.

Dios ha criado un ángel cuyo empleo
Es el ir derribando eternamente
Cuanto alcázar se erije el devaneo
I necia presuncion del prepotente!
A otro ha encargado, con perpetuo ojeo,
De escudriñar no ménos diligente
Todo oscuro rincon donde alguien llora,
Para alumbrarlo de imprevista aurora!

III.

Como es fuerza que siga a noche oscura
 Vivificante dia, como eterno
 No puede reemplazar a la hermosura
 De dulce primavera el triste invierno,
 Como el sol mas ardiente acaso augura
 De la tormenta el azaroso infierno,
 Asi quien a las nubes se ve alzado,
 Tema ir a ser mas pronto derribado;

IV.

I así el que ya zozobra en hondo abismo,
 Es justo que esperanza mayor tenga.
 Sin vuelta ha decretado el cielo mismo
 Que cada hombre en el mundo un dia obtenga,
 Un siglo todo imperio; i que el luismo
 Luego a pagar ese hombre i siglo venga
 A la lei de fatídica mudanza,
 Que en este orbe de paso a todo alcanza.

V.

¿De dónde hemos venido? ¿A dónde vamos?
 Acaso de otra vida: allá volvemos!
 Aquí espiondo algun delito estamos;
 Algo que recobrar despues tenemos.
 Por eso en todo insubsistencia hallamos,
 Mas la leccion sublime aun no aprendemos
 Que nos está advirtiendlo cada dia
 Ser necio aquel que solo en Dios no fia!

VI.

El solo es inmutable! Venturoso
 Sin cesar solo aquel que por su norte
 Le ha sabido tomar, pues su reposo
 No turba de mil males el deporte.
 Viendo léjos de aquí su cielo hermoso,
 El mundano placer de igual importe
 Reputa que el dolor: ecos estraños,
 Que en vano le repiten sus amaños!

VII.

I por eso tambien a aquel que necio
En la tierra cifró su venturanza,
El sacudon abate ménos recio,
Tornándole en vestiglo su esperanza,
Hasta que aprende a bien costoso precio
No es nuestro lote la terrestre holganza,
Sino sombra del bien que hemos dejado,
I solo por Dios puede ser cobrado.

VIII.

Ved al pueblo Imperial que tan erguido
Con su prosperidad se solazaba,
A cuánto abatimiento ha descendido!
¿En dónde está el imperio que él soñaba?
¿Qué es hoi aquel esclavo que rendido
A sus soberbias plantas él hollaba?
Ah! miéntras éste desafia al cielo,
El amo jime i sufre sin consuelo!

IX.

I en tanto que frenético pregona
Su gozo el sitiador, temblando inerte,
Cree ese clamor la intrépida amazona
Próximo signo de la propia muerte!
Ai! que ya la constancia la abandona!
Pues a rendir bastaran la mas fuerte
Los males con que el cerco mas estricto
Probó dos lunas su valor invicto!

X.

Por hambre hostilizada desfallece
La mísera ciudad, i un cruel contagio
El sufrimiento exasperante acrece,
Rebelde a humana ciencia i al sufragio.
Por precaver que acaso a ser viniese
La falta de alimentos su naufragio,
Uniera en vano en un comun acopio
Cada vecino el bastimento propio.

XI.

En vano dia a dia mas escasa
 Fuera cada racion distribuida:
 Agótase el repuesto, i ya la tasa
 No basta a sostener la exhausta vida.
 Ante el alerta sitiador fracasa
 Su arrojo, toda vez que una salida,
 Para buscar su nutrimento afuera,
 Emprende, atravesando la barrera.

XII.

Cordon insuperable es el contrario,
 I si alguna ocasion cede disperso,
 Es solo para hacerles necesario
 Un éxito, al retorno, mas adverso.
 El batidor, de un triunfo bien precario,
 Doblemente cruel sufre el reverso,
 Pues rara vez consigue su seguro
 Alguno recobrar dentro del muro.

XIII.

La nave despachada por el rio
 Aun tarda en parecer; i aunque haber roto
 De su tripulador el fuerte brio
 La enemiga celada les es noto,
 Su suerte posterior misterio umbrío
 Encubre, i siempre en vano del remoto
 Espejo del Cauten la vista anhela
 Ver blanca erguirse salvadora vela.

XIV.

Dentro de cada albergue, por las calles,
 Los rostros atestiguan macilentos
 De la comun angustia los detalles.
 Aquí pide a sus padres alimentos
 El moribundo niño; i aunque acalles,
 Su lloro, o patrio amor, breves momentos,
 Cediéndole la escasa racion propia,
 Apena entretener logras su inopia!

XV.

Ni mitigar la sed les permitia
Sin riesgo el sitiador, porque él el brazo
Del rio de las *Damas* que venia
El pueblo a abastecer por un ramblazo, (1)
Ácia otra parte desviado habia,
I dispuesto a oponerles embarazo
Le hallaban siempre que ellos su remedio,
O gran Cauten, buscaban por tu medio!

XVI.

Ora acopiar tus ondas ensayasen
Saliendo de su muro, ora de arriba
En baldes a subirlas se esforzasen,
De flechas, dia i noche, nube activa
Era forzoso siempre que afrontasen,
Que aun al traves de las tinieblas iba,
Dejando a aqueste muerto, a ese otro manco,
Derecho siempre el tiro ácia su blanco.

XVII.

Bien era de admirar rigor tan crudo;
Mas cualquiera accidente del terreno
A una turba de espías daba escudo,
I de ellos el Cauten estaba lleno.
Víase a todas horas correr mudo
Vario dardoso esquite por su seno,
Al menor movimiento o ruido sordo,
Lanzando ácia los muros el bohordo.

XVIII.

Venia a redoblar tales conflictos
La severa i continúa vijilancia
A que debian mantenerse adictos,
Por prevenir que la enemiga instancia,
Si del corpóreo abatimiento astrictos,
Minoraban un punto su constancia,
Se anticipase a devorar su presa,
Salvando los bastiones por sorpresa.

(1) Separándose desde alguna distancia al N. de su rama principal.

XIX.

Por último, despues que el bastimento
De carnes i legumbres agotaron,
I despues que a los brutos su alimento
De yerbas i raices disputaron,
No mas los ricos próceres a evento
Futuro sus corceles reservaron,
I para abastecer la mejor mesa,
Hambriento brazo los heria a priesa.

XX.

Cocia el pueblo en tanto los cuadriles
De impuros animales, o errabundo,
Ibase procurando cueros viles
Por sostener su aliento moribundo.
Mas no tardó en rendir aun varoniles
Resistencias el réjimen inmundo;
I si el sufrir, de pronto, i el despecho
Solo el rostro anunció lacio i deshecho,

XXI.

I el vacilante movimiento vago
Del cuerpo que se arrastra sin aliño,
Luego la muerte principió su estrago
Por la mujer, anciano i débil niño.
Vióse al hijo inocente, o trance aciago!
Junto a la yerta madre su cariño
Reclamar, i con la ansia última enteco,
Pedir la postrer gota al seno seco.

XXII.

Vióse a la tierna jóven que agarrota
Yá el brazo de la muerte, i que de vida
Juzga que un soplo por el labio aun flota
Del viejo a quien la suya le es debida,
Probarla a reanimar con una gota
Del agua a duras penas obtenida,
I en lugar para sí de aprovecharla,
Viendo su esfuerzo inútil, derramarla.

XXIII.

De los ricos vecinos igualmente
Los ménos vigorosos sucumbieron:
Los despojos, en número creciente,
Tantos a ser por conclusion vinieron,
Que no abriéndose huesa suficiente,
Los hálitos mefíticos debieron
Contaminar el aire que prepara
Un sol de fuego i sequedad bien rara.

XXIV.

Lenguas enrojecidas por lo alto
De vapores densísimos se forman,
I del sufriente pueblo al sobresalto
Del arribo de un monstruo horrible informan:
La inexorable peste! cuyo asalto
Para tornar mas fiero se uniformau
Su silenciosa súbita perfidia,
I el raro salvamento de la lidia.

XXV.

Lenta al principio, fué en espacio corto
Inmensa su agresion, i al decaimiento
Corporal, de la mente al desconhorto,
Seguiase la fiebre en un momento :
Luego el triste delirio, el feo aborto
De pustulosos granos, el aumento
Del calofrío i sudoroso espasmo,
I amagos de mortífero marasmo.

XXVI.

Un sanguinoso esmalte el cuerpo toma,
La seca fauce horrible ardor aflije:
Llama de espanto por la vista asoma
I la respiracion apénas rije.
Basca incesante al pobre enfermo abroma,
I tras largos dolores se colije
Al tercer dia, en rijidez de muerte,
El último desmayo del mas fuerte.

XXVII.

Desde entónces los templos que llenaron
Sin tregua de oracion mil ecos ántes,
En vano silenciosos aguardaron
A sus mas fervorosos suplicantes;
Pues por recelo de infeccion no osaron
Sus mansiones dejar breves instantes,
I la ciudad entera parecia
De casas un desierto noche i dia.

XXVIII.

Desierto dó el silencio mas terrible
Se hacia, porque en él la mente enferma
Al monstruo figurábase invisible
Herir, corriendo aquí i allí, sin merma.
Mui luego ni aun el canto inapacible
Se oyó a intervalos, por la calle yerma,
De fúnebre cortejo que traslada
Rico vecino a la última morada.

XXIX.

Difunde tal terror este enemigo,
Que ya aquella mansion donde perpetra
Su estrago, deja sola el fiel amigo,
Ni el deudo, hecho insensible, a ella penetra.
Mas a cubrir entonce el desabrigo
Del moribundo, que talvez no impetra
Favor del miedo de sus mas cercanos,
Acude un coro de ánjles humanos.

XXX.

De pocos, sí, la caridad sublime,
A cuya frente Doña Ines se admira
I el santo Obispo, al riesgo no se exime,
I en torno de él, socorros dando, jira.
Buscando infatigables dónde jime
La mayor pena van, i la cruel ira
De la peste, por justa recompensa,
No osa inferirles la menor ofensa.

XXXI.

En esta situacion desesperante,
En este sucumbir del pueblo todo,
No era dado guardar un solo instante
De disciplina o vijilancia modo.
I si advertido el sitiador pujante,
Hubiese aprovechado tal período
Para nueva embestida, un esqueleto
Habria sometido al primer reto.

XXXII.

Mas en el campo adverso, por fortuna
De la Imperial, su extremo se ignoraba,
Ni habia de entenderlo via alguna,
Porque Mendoza a precaucion guardaba
Las llaves de las puertas, i ninguna
Correspondencia esterna toleraba,
Habiendo hasta con muerte amenazado
Al que intentarla solo fuera osado.

XXXIII.

Dolióse al fin su corazon de acero
Del cúmulo de males, cuyo insulto
Consumia veloz su pueblo entero,
I aun a temer llegó recio tumulto;
Pues no ignoraba que murmullo austero
Reprueba, cada vez ménos oculto,
Que proponer resista a los contrarios
Partidos ya en verdad bien necesarios.

XXXIV.

Por tanto, al tercer dia des que vino
De Álvaro el hijo al indio campamento,
A su palacio en convocar convino
De los notables nuevo Ayuntamiento.
A la cita acudió cuanto vecino
Para mover la planta tuvo aliento.
I fué no obstante la reunion pequeña,
I cada rostro el desaliento enseña.

XXXV.

Así, cuando Mendoza hubo pedido
La comun opinion, solo algun raro
Sátrapa suyo aconsejó el partido
De abandonar resueltos su reparo;
I de que en peloton armado, unido,
Cuantos marchar pudiesen, al amparo
De su valor, se franqueasen via
Por medio de la adversa ferocia.

XXXVI.

La mayor parte de la Junta opuso
Varia objecion, empero, a tal aviso.
¿Podia prometerse el mas iluso
De salvacion por él ni un leve viso?
Aun cuando al primer ímpetu contuso
El sitiador cediese de improviso,
¿Podria un grupo macilento, escaso,
Salvo seguir su marcha a campo raso?

XXXVII.

I a mas, ¿quién osaria tanta prenda,
Sufriente de la peste rigorosa,
Abandonar impio como ofrenda
Del enemigo a la ira sanguinosa?
Cuánto mejor consejo, pues de enmienda
Carece ya su suerte dolorosa,
Es someter al indio sus guaridas,
Si respetar promételes las vidas!

XXXVIII.

Tuvo tan ámplio asenso este dictámen,
Que aun la firmeza de Mendoza en tierra
Estaba pronta a dar, tanto el vejámen
Comun él solo prolongar le aterra!
Iba, pues, a quedar, sin mas exámen,
El término resuelto de esta guerra
Con triste rendicion, cuando impaciente
Doña Ines se levanta de repente.

XXXIX.

Fuego de indignacion sus ojos brotan
I todas sus facciones se demudan;
Raudos temblores por sus labios flotan,
Grana es su rostro i aun sus miembros sudan.
De la Imperial los jenios se alborotan
A su ademan sublime i la saludan,
I al solo fulgurar de su pupila,
Quien mas clamaba *rendicion!* vacila.

XL.

“O débiles, o indignos descendientes,”
Esclama con desden su voz sonora,
“De aquellos invencibles combatientes
Que aquí la Cruz plantaron triunfadora!
¿Dónde hallaré sus ánimos ardientes,
Que ningun riesgo o sufrimiento azora?
¿Dónde ese orgullo que a la par conmigo
Domine, aun pereciendo, al enemigo?”

XLI.

“De ellos, sí, de ellos ampararme en torno
Ahora necesitaba, pues no puedo
Ya tolerar, o España, tu bochorno
Al ver tan degradado tu desnudo!
Piensa con someterse que el trastorno
Mas formidable evita vuestro miedo,
I los presentes males evitando,
Todo el que venga en pos pareceos blando!”

XLII.

“Apénas comenzó la Providencia,
En justa espiacion de vuestra culpa,
Su mano a hacer sentir, vuestra impaciencia
Con su rigor cobarde se disculpa!
¿Sabeis si ya inmediata su clemencia,
Vuestra falta de fé quizás no inculpa,
I os vuelve las espaldas, porque mira
Que patria relijion ya no os inspira?”

XLIII.

“¿Ha vuelto ya la nave que ácia el Norte
En busca de socorros enviamos,
Con triste negativa? Su transporte
Vencedor de asechanzas no ignoramos.
¿I quién aquí asegura que no corte,
Al tiempo que nosotros desperamos,
Las ondas del Cauten, de otras seguida,
Con el auxilio i fuerza apetecida?

XLIV.

“Ah! si hubiese de ser cual yo presumo!
Si casi ya estos muros saludase,
I solo para ver tornada en humo
La mas bella esperanza, los tocase!
Cuál no seria vuestro duelo sumo,
Mientras su vela de salud flotase,
Al no poder alzarla vuestras manos,
Cargadas ya de hierros inhumanos!

XLV.

“I por no haber sufrido algunas horas
Un mal tan próximo a mirarse estinto,
Los pocos que a sus lanzas vengadoras
No hubiese hecho espirar pérfido instinto,
Jemir destruido el templo donde moras,
O Dios, i profanada en su recinto
Tu santa cruz; los muros allanados
Por tan prolijo esfuerzo levantados!

XLVI.

“Las hijas, las esposas, a los lechos
Destinadas de bárbaros maridos;
Vosotros mismos, pálidos, deshechos,
A humillantes faenas compelidos!
Cuán preferible entónces vuestros pechos
No hallarian, bien tarde arrepentidos,
Haber rendido solo al indio imperio,
En vez de la Imperial, un cementerio!

XLVII.

“Ah! no ultrajeis con vil desconfianza
 Al Dios en quien jamas vuestros mayores
 Dejaron de poner firme esperanza,
 Por él de un mundo haciéndose señores!
 El pueblo que rebelde a su alianza
 Olvidó tantas veces sus favores,
 ¿No le halló siempre el dia de su duelo
 Pronto a lloverle su maná del cielo?

XLVIII.

“El no habrá de querer que en este clima
 La luz se eclipse de su libro santo.
 Esperad i rogad que él se aproxima!
 I si oportuno la prudencia en tanto
 Las intenciones sondear estima
 Del enemigo, sin mostrar quebranto,
 Practíquese en buen hora: así sabrémos
 Lo que haya de esperarse a los extremos.

XLIX.

“Si, contra mis presajios, se nos cierra
 De salud otra via, i condiciones
 Por término él ofrece de esta guerra,
 Que acepten sin baldon dignos varones,
 Tiempo habrá de admitirlas, i esta tierra
 Dejarán, o Castilla, tus pendones,
 Mas libres i sin mancha tremolando,
 I a los dueños de un mundo cobijando!

L.

“Pero si ignominioso es el partido,
 O un rendimiento a discrecion desea,
 Entónces en mal hora sometido
 Algun infame ante sus pies él vea!
 Mi ejemplo hará entender al engreido,
 Aunque perezca sola en la pelea,
 Que cuando en pechos varoniles mueres,
 O patrio honor, te albergan las mujeres!”

LI.

Dijo; i de exaltacion sublime hermosa,
Tendió la vista en torno por la sala,
Como para gozar de la dichosa
Animacion que su eco allí propala.
Alégrate, heroina jenerosa,
Pues el efecto a tu grandeza iguala,
I tu espíritu inunda, como un rio
Irresistible, el corazon mas frio!

LII.

¿I quién no ha de rendirse a tu almo acento,
No habiendo en esa Junta uno que ignore
No haberte tú eximido a algun tormento
O privacion que la Imperial deplore?
Que has cedido cien veces tu sustento
Porque el mas falleciente lo devore,
I el jenio infatigable en torno fuiste
Del lecho abandonado del mas triste?

LIII.

I que si algun momento tú cesabas
De verter tus tesoros de consuelo,
Era talvez porque en el muro estabas
Supliendo de su guardia el débil celo?
Ah! de tanto heroismo reportabas
El dulce premio ahora, pues del cielo
Tu voz llegó a juzgarse, i a tu abrigo
Juraron todos perecer contigo!

LIV.

Mendoza, a quien poco ántes dominando
Iba ya el desaliento, casi envidia
Sintió ácia Ines, i enrojeciósse cuando
Creyó que ella increpaba su desidia.
Vuelto a su exaltacion i deseando
Entrar con ella en jenerosa lidia,
Alzóse para dar puerta aun mas ancha
Al nuevo aliento que a la Junta ensancha.

LV.

“No hai que dudarlo, o dignos compañeros,”
Dijo, “un partido sabio se os propone,
Pues del honor trazando los senderos,
En el de la salud siempre nos pone.
Talvez en los apuros postrimeros
La celestial clemencia se interpone:
Ganar mas i mas tiempo nos importa,
Pues la excesiva lijereza aborta.

LVI.

“Al indio consultemos, i aun, si es dable,
Partido ventajoso de él saquemos,
Que aun sin esterno auxilio haga probable
De nuestro actual conflicto respiremos.
El cielo este consejo favorable
Me ha inspirado talvez: aquí tenemos
Un ajente en Venegas bien ladino,
Que a su realizacion abra camino.

LVII.

“Mucho lleigo a esperar de su destreza,
I mis poderes ámplios le confio.
Vaya al adverso campo con presteza
I hable a su hueste en nombre vuestro i mio.
Indague qué pretende su braveza;
Persuádales tambien que nuestro brío
Aun puede resistir por largo tiempo
Su mas recio furor sin contratiempo:

LVIII.

“Que esperamos socorros: que venganza
En el último caso nos daría
De nuestro Rei terrible la pujanza;
I en fin, no deje por probarse vía,
A ver si restaurar la paz se alcanza
Sin mengua de la hispana valentia.
I si reparacion ninguna honrosa
Pudiere contentar su ira orgullosa.

LIX.

“Proponga entónces singular combate,
Donde rencores tantos se terminen.
A sos'ener conmigo este debate
Su mas fuerte guerrero ellos destinen,
A fin que si le venzo, tal rescate
Nos sea suficiente, i no se obstinen
En investirnos con teson tan terco,
I alcen sin nueva pretension el cerco.

LX.

“Pero si a nuestra causa no concede
Victoria el cielo por mi mano propia,
I quiere que en la lid tendido quede,
La imperial rendicion ya no es impropia.
Cumplir su pacto nuestro honor bien puede,
I al punto cederá la rica copia
De sus tesoros, i el infiel sin guerra
Allanará estos muros con la tierra!”

LXI.

Tal fué del jefe el conferido encargo
A un hábil capitan allí presente,
A quien del indio jenio trato largo
Constituia en verdad bien aparente.
Venegas admitió gustoso el cargo,
I en medio de alto aplauso, reverente
El celo prometió poner por obra,
Que reclamaba la comun zozobra.

LXII.

Disuelta, pues, la Junta bajo auspicio
A aquel con que se abriera tan contrario,
Víase en cada rostro claro indicio
De esperanza i placer poco ordinario.
El cielo se juzgaba ya propicio
I su inmediato alivio necesario,
I del presente mal la gravedumbre
Llegaba leve a hacer tal certidumbre.

LXIII.

Alzada así la mente i vario voto
Por el éxito al cielo dirijiendo,
Como halagara un náufrago al piloto,
Su último abrigo en temporal tremendo,
El pueblo, con grandísimo alboroto,
Hasta las mismas puertas fué siguiendo
A Venegas, brillante de ufanía,
Al ver patente cuánto en él se fia.

CANTO DÉCIMO CUARTO.



I.

El sol en su zenit radiante luce,
Cuando de la Imperial se desempeña
I al campo sitiador su marcha induce
Venegas, con escolta bien pequeña;
La cual, de armas en vez, solo conduce
El ramo del canelo por enseña,
De que penden i flotan con donaire
Nevados gallardetes por el aire.

II.

Así que a trecho corto se encontraron
De las indianas tiendas, su venida
Al eco del clarin les anunciaron,
I la embajada pronto fué admitida.
En vasto movimiento el campo hallaron,
Porque no bien de léjos percibida
Por los que estaban en acecho fuera,
Grande curiosidad se difundiera.

III.

Al toldo principal de Llancareo,
Solo adornado de guerrero lujo,
En donde ya cercaba al corifeo
La jente principal, se la introdujo.
Tal gravedad i aun imponente arreo
Todo allí respiraba, que produjo
En la embajada sensacion profunda,
I su rejente mismo de ella abunda.

IV.

No obstante, en su exterior manifestando
Impasibilidad bien provechosa,
Luego que el sordo ruido fué calmando
De la gran muchedumbre bulliciosa
Que la tienda cercaba, de su bando
Espuso la mision con voz pomposa,
Despues de dirijir grave saludo
Al auditorio circunspecto i mudo.

V.

“Caudillos venerables de esta empresa!
El jefe cuya voz la Imperial rije,
En saber de vosotros se interesa
Porqué tan duro cerco nos atlije.
“Anda,” me ha dicho, “i a esa furia aviesa
Pregunta a nombre nuestro lo que exige,
A fin que no mas sangre el suelo inunde,
Como en justicia sus reclamos funde.

VI.

“Saben que nuestro anhelo preferido
Fué hacerles todo el bien imajinable:
Formar con ellos un estado unido
En comercio a ambas razas favorable:
Las artes trasmitirles con que ha sido
Toda nacion feliz i respetable;
Por fin, bañarlos en la luz sublime
Que del yugo del mal al hombre exime;

VII.

“I no tan solo esta existencia encanta,
Estableciendo el bien sobre la tierra,
Mas aun despues en la morada santa
De los eternos goces nos encierra.
Si, pues, para cumplir empresa tanta
I entre ambos pueblos extinguir la guerra,
Nada hemos omitido diligentes,
¡Porqué cuando debieran mas prudentes

VIII.

“La ventaja apreciar del nuevo estado,
Abren a nuevos odios el camino,
El ramo de la paz es destrozado
I esgrimen el puñal del asesino?
¡Porqué nuestros contornos ha inundado
De sangre i fuego su furor dañino,
Porqué pretende, en fin, que al mundo asombre
La total estincion de nuestro nombre?

IX.

“Si de un jenio cruel, segun me temo,
La inspiracion fatal no los demuda,
Si aun oyen de razon eco supremo,
Con el signo de paz tú los saluda.
Mas no sospechen que por trance extremo
A aqueste llamamiento yo hoi acuda;
Que aun se levanta al cielo bien inmoble
I guarecido nuestro muro doble:

X.

“Aun está nuestra fuerza casi intacta,
I bien mostróles la reciente prueba
Si esta heroica ciudad ménos infracta
Sabria resistir agresion nueva!
¡I qué no harémos cuando mas compacta
La ofensa ser de nuestras haces deba
Con los socorros nuevos i pujantes
Que estamos atendiendo por instantes?

XI.

“Mas porque justo soi i la paz amo,
Sin la cual es un sueño la ventura,
Entiendan ellos que a razon los llamo,
I les satisfaré con grande usura,
Conocido que fuere, su reclamo,
Como el honor lo apruebe i la cordura.”
Tal me encargó os dijese el que me envia.
Ahora dictadme la respuesta mia!”

XII.

Oyó esta harenga allí cada caudillo
Con atencion profunda e inalterable,
I apénas si mas rojo algun carrillo
Diera de sensacion prueba notable.
Pero no bien desvaneciósse el brillo
De la voz de Venegas, indomable
Volvióse todo rostro a Llancareo,
Porque esplicase el jeneral deseo.

XIII.

Suspensa no dejó por largo rato
Aquesta expectativa del concurso
El noble jefe, i el comun conato
Halló en su labio así bien digno curso:
“O nuncio de Mendoza, el mismo ornato
De desplegar acaba tu discurso,
Que siempre a vuestro bando hemos oido,
Cuando se ha hallado su poder rendido.

XIV.

“No estrañes, pues, que mi respuesta sea
Igual a las que Arauco os dió constante
Desde que hubo formado justa idea
De vuestra pretension perseverante.
Si con sumisa voz i sin pelea
Aquella primer hueste fulgurante
Que vino a esta rejion de vuestra Europa,
Al paso destruyendo cuanto topa,

XV.

“Nos hubiera por término amistoso
Pedido algun rincon que fecundara
Con sus propios sudores, jeneroso
Nuestro favor talvez se lo otorgara,
Movido a compasion del que reposo
I asilo en tanto mundo no encontrara,
I llegaba buscando a aqueste estremo
De su esperanza el resplandor postremo.

XVI.

“I miéntras vuestra raza el beneficio
Reconocido hubiese como es justo,
Sin pretender doblar a su servicio
Del siempre libre Arauco el jenio augustó,
Fieles nosotros al cedido hospicio,
En cualquier trance del destino adusto
Hubiéramos corrido sin demora
A daros una mano auxiliadora.

XVII.

“O si hubieseis querido, a vuestra tierra
Volviendo en feliz dia, apoderaros
De cuanto oro la nuestra rica encierra,
Aun ménos opusiéramos reparos,
Que orijinasen sanguinosa guerra,
Pues ni su brillo nos deslumbra avaros,
Ni creemos que a hombres libres corresponda
Sepultarse tras él en cueva honda.

XVIII.

“Mas orgullosos del fatal desmayo
Que infundió a nuestros padres desde luego
Veros de un tubo despedir el rayo
Sobre esos brutos respirando fuego,
Imajinasteis al primer ensayo
Que bajo el yugo del prestijio ciego,
Se llegaria a hacer la servidumbre
En araucanos pechos vil costumbre.

XIX.

“Fué nos preciso ya, por complaceros,
A guisa de campesinos animales,
Sumirnos en la tierra: a sus veneros
Con lágrimas pedir siempre metales;
Los campos cultivaros donde fieros
Vagábamos cual dueños naturales
Libres un tiempo, i elevar sudosos
Albergues dó moraseis suntuosos;

XX.

“I dó tambien la esposa, el tierno hijo
Sirviesen bajamente al amo estraño,
Mientras en ocio muelle o regocijo
Él se mecía la estension del año.
;Era, pues, éste vuestro afan prolijo
Por eximirnos del pretense daño,
Ésta vuestra hermandad, las artes éstas
Que engrandecer debian nuestras testas?

XXI.

“Jamás nos trasmitió lengua memoria
Vislumbre de que peste semejante
Aqueste suelo de pujanza i gloria
Hubiese combatido devorante.
Solo una heroica muerte o la victoria
Nos pudo ya eximir en adelante
De su cruel dominio: armas tomamos
I libres ser o sucumbir juramos.

XXII.

“Mucha sangre inundó cada campiña,
Su riego fecundó montes de abrojos;
Las aves devoraron de rapiña
De infinitos valientes los despojos.
I entre las sombras de esta larga riña,
Si recrear pudieron nuestros ojos
Algunos días de sereno escampo,
Solo al triunfo debimos ese lampo.

XXIII.

“Mas siempre en el propósito insististeis
De esclavizar nuestra nacion entera,
No bien el vigor laso repusisteis,
I por los densos montes como a fiera
A aquel que os evitaba perseguisteis,
Tornando a todo Arauco una ancha hoguera.
¿I qué escondido campo aun hoi no asola
La escursion bien reciente de Loyola?

XXIV.

“Ah! i de tanto sufrir el solo premio
Debia ser al cabo una doctrina
Jamás solicitada, i que el apremio
De rigurosa espada nos destina!
Que léjos de esparcir por nuestro gremio
La ventura menor, cruda asesina
La que ántes disfrutamos, pues con ella
Toda justicia humana se atropella!

XXV.

“No la aceptamos, no; ni aquesas artes
Que tanto ponderais. Nuestros mayores
Se hicieron respetar por todas partes
Sin ellas: tal harán sus sucesores!
Al pié de sus gloriosos estandartes
Sabe el indio morir; ¿qué artes mejores?
La augusta libertad qué bien no implica?
La nuestra afianza la aguzada pica!

XXVI.

“Puesto que ningun bien de vuestra raza
Puede Arauco esperar, como promesa
Tampoco hacer el leon, que una amenaza
No revele al que ha sido ya su presa;
Toda satisfaccion él hoi rechaza
I cualquiera tratado, si no espresa
Por primer condicion que de vosotros
No quede un leve rastro entre nosotros.

XXVII.

“Tal es la única paz que os aceptamos.
Vuelve a decir bien pronto al que te envia
Que al asir nuestras lanzas, nos juramos
Ninguna a su descanso volveria
Sin tal reparacion. Si la logramos
Ántes que de otro asalto esta porfia
Entre el estruendo decidida quede,
I aquese muro el Imperial nos cede;

XXVIII.

“Ántes de nivelarlo con la tierra,
Sacar de su recinto os dejaremos
Cuanto tesoro mal habido encierra,
I aun para el viaje ausilios os daremos.
Pero entónces tambien de aquesta guerra
Otros motivos reparar postremos
Debeis cuanto es posible. La morada
De un cacique no ha mucho fué incendiada.

XXIX.

“El hecho consumó con vil perfidia
Un armado escuadron del pueblo tuyo:
Al mismo de haber muerto en esa insidia
A un hijo de Brancol yo redarguyo.
Allí tambien, tras desesperada lidia,
Vió Arauco a un venerable jefe suyo,
Entre víctimas varias, darse muerte,
Por eximirse a mas horrible suerte.

XXX.

“Cautiva arrebatasteis para ofrenda
A aquel que os enviaba, la hija hermosa
De ese caudillo; que él en grata prenda
Daba de Álvaro al hijo por esposa.
Tan grandes desafueros una enmienda
Pedian, en verdad, bien rigorosa.
Mas preferimos, a la faz del orbe,
Nada exijir que la avenencia estorbe.

XXXI.

“De Brancol a la ira mansuefacta,
Como de los demas que alli han tenido
Pérdidas que llorar, daréis exacta.
Cuanta reparacion lleve a un olvido.
Por fin, la jóven volvereis intacta
Al seno del esposo prometido.
No tarde ya en saber tu pueblo, o nuncio,
Las condiciones que a la paz pronuncio.”

XXXII.

Miéntras así su harenga concluia
El indio Vicetoqui, de su brazo
La vista de Venegas ya seguia
La postrer direccion sin embarazo;
I con no leve asombro descubria
Por la ocasion primera que ese trazo
Le señalaba al jóven de Álvaro hijo,
Inmóvil a un extremo del cortijo.

XXXIII.

Él no esperaba allí, por cierto, hallarle,
Tan persuadido estaba de su muerte!
I con signos empieza a provocarle
De ofensivo desden, que el otro advierte.
Volvióse al jeneral, por replicarle,
Al fin el nuncio; mas clamor tan fuerte
Estaba confirmando dentro i fuera
Del Vicetoqui la respuesta fiera,

XXXIV.

Que por no breve espacio fué imposible
Distinguirse una voz en la algazara.
Así Venegas aguardó impasible
Que aquel furioso estruendo se calmara.
I luego que a manera de un terrible
Mar, que, si el cielo tempestuoso aclara,
Concentra su rujido aun aterrante,
Se fué estinguendo en un rumor distante;

XXXV.

Sin dejar traslucirse de desmayo
Sobre su rostro la menor vislumbre,
A esforzar procedió su último ensayo,
I dijo así con grave dulcedumbre:
“Eres sin duda, ilustre Toqui, el rayo
De que recibe Arauco mayor lumbre,
I tu sabiduria poderosa
Cual de ese rio la corriente undosa.

XXXVI.

“Solo en esta ocasion (i mi franqueza
Motivo no te sea de disgusto)
No te ha inspirado con igual certeza
El jenio del Consejo lo que es justo.
¡Tan grande supondrias mi rudeza,
Que aun en el hecho por tu labio augusto
Mas reciente citado, demostrarte
No pueda la razon de nuestra parte?

XXXVII.

“¡ que! ¿Será posible que tú ignores
Que esa propia mansion donde arrimaba
El fuego nuestro brazo, de furores
Un foco en contra nuestra cobijaba?
Que allí sus mas terríficas labores
La rebelion presente aglomeraba,
I de armamento una excesiva copia
Esperaba a su empleo la hora propia?

XXXVIII.

“¿Tú mismo no has ahora confesado
Se hallaba a la sazón en ella oculto,
Habiendo su destierro quebrantado,
Retaliacion del mas horrendo insulto,
El enemigo de odio mas preñado
Contra el nombre español, i que su culto
Renegaba un traidor que a oprobio eterno
Condenó nuestra lei, por ser su yerno?

XXXIX.

“¿I quién nos afianzaba que él, unido
A vosotros por réproba alianza,
No hubiese, acorde con su suegro, sido
Vuestro eterno aguijon de enemistanza;
I a favor del influjo así adquirido,
Toda la aviesa sed de atroz venganza
Que él cobijase, su dañino aliento
No os inspirase, haciéndoos su instrumento?

XL.

“Mas aunque nuestro asalto justifiquen
Motivos tan plausibles como estos,
Queremos que hechos claros os indiquen
A cuánto estamos por la paz dispuestos!
Bien pues: sus quejas al momento espliquen
Cuantos allí desastres manifiestos
Hubieron de sufrir: nuestra largueza
Rica reparacion les adereza.

XLI.

“Intacta, cual pedis, restituirémos
La jóven que en rehenes os trajimos:
Que los halagos de un traidor blasfemos
Recojan de su amor frutos opimos!
Mas cuando proponéis que abandonemos
Nuestra ciudad por siempre, presumimos
Que o de esta condicion lo ignominioso
No habeis reflexionado con reposo;

XLII.

“O bien, que²a la avenencia toda vía
Cerrar habeis resuelto enteramente,
Pues no nos conoceis de solo un dia
Para esperar la admita nuestra jente,
En tanto que de patria bizarria
Un leve soplo su nobleza aliente,
I ménos cuando aun vive la esperanza,
I un gran socorro a nuestro muro avanza.

XLIII.

“Débote mas decir: i es que aun en caso
Que por necesidad dura movido,
Hasta ese extremo nuestro brio laso
El deber i el honor diese al olvido,
¿Puede hombre cuerdo prometerse acaso
Que el Rei de España, luego que inferido
Sepa tan hondo agravio a su potencia,
Se ciña a devorarlo en la indolencia?”

XLIV.

“Sabeis que el cetro suyo se dilata
Sobre millones tantos de vasallos,
Que si cada uno de vosotros trata
De repartirselos para contallos,
Verá que en muchos dias no remata
La difícil empresa? ¿I de caballos
I de peones muchedumbre inmensa
Pensais no envie a castigar su ofensa?”

XLV.

“La cual lave el efimero sonrojo
En sangre, i vuelva Arauco a su corona,
I el muro que allanó bien necio arrojo
Mas alto eleve i por mas ancha zona.”
Llegando aquí Venegas, tal enojo
A cuantos su voz oyen inficiona,
Que como al comenzarse atroz batalla,
En alharido furibundo estalla.

XLVI.

“Vengan sus huestes, pues!” compacto grito,
“Ellas i muchas mas!” recio exclamaba:
“Que tambien venga vuestro Rei precito,
Con cuantos pueblos su violencia grava!
Cubra de esta rejion cada distrito;
Tres veces, veinte mas que lo que estaba
Alze ese muro, i con su mole horrenda
Desde los Andes a la mar comprenda!”

XLVII.

“Mostrarle mas de cerca quiénes somos
Dado asi nos será, i asolarémos
Cuanto defiendan sus voraces plomos,
I un segundo Loyola de él harémos!”
De rauda frenesi tales asomos
Desde la tienda misma a los extremos
Del campo propagáronse veloces,
Entre un infierno de atronantes voces.

XLVIII.

I aquella multitud en un tumulto
Tan amenazador hirvió encendida,
Que el Toqui a concebir temor oculto
Llegó del mensajero por la vida.
Para eximirle, pues, de grave insulto,
Así que su esperanza vió perdida
De que la recia tempestad calmase,
Haciale señal de que marchase.

XLIX.

Pero Venegas, de su voz sonora
Con desesperado esfuerzo dominando
El son del huracan que aun no le azora,
Así interpela al enemigo bando:
“Caudillos del Arauco! Oidme ahora
Por la postrera vez. Reflexionando
Cuán imposible el aceptaros fuera
La condicion prescrita cual primera,

L.

“Puesto que para la honra de Castilla,
Que aun con la última sangre nos importa
Ilesa mantener, letal mancilla,
Quedando sin venganza, ella reporta;
De dar término pronto a esta rencilla
Os voi a proponer via bien corta,
Que consulta el honor de ambos rivales
I les evita un cúmulo de males.

LI.

“A un singular combate se confie
Su decision.—Al campeon mas fuerte
Que entre estas haces vuestro aplauso engríe,
Sostener vuestra causa quepa en suerte.
Si el hado favorable le sonrie
I al campeon de la Imperial da muerte
En el espacio que del muro nuestro
Franco divide el campamento vuestro;

LII.

“Fieles, como el deber nos lo demarca,
Al convenido pacto, volverémos
La jóven retenida: esta comarca,
Partiendo para siempre, dejarémos;
I sin la indignacion del gran Monarca,
Puesto que a la honra satisfecho habrémos,
Aquese muro a vuestra hueste altiva
Se humillará, cayendo desde arriba.

LIII.

“Mas si a vuestro adalid favor reusa
I al nuestro otorga el triunfo marcial jenio,
No ménos relijiosos, sin escusa,
Nos cumpliréis vosotros el convenio.
Daréis esta querella por conclusa,
Ni guerra nos haréis por un trienio,
Cuyo intermedio bastará, esperamos,
Para que paz perpetua establezcamos.

LIV.

“Ya veis de este partido la importancia.
Aunque de nuestro honor conciliatorio,
Que él rinde a Arauco la mejor ganancia
Con cualquier resultado, es bien notorio.
No pierda, pues, tan bella circunstancia
Para cojer un lauro meritorio,
Tanto heroico adalid.—Al que nos rije
Por campeon el bando nuestro elije.

LV.

“Tránsfugas hai tambien que se pretenden
 Mui agraviados por el jefe nuestro,
 I al refugiarse a aqueste campo entienden
 Vengar sus odios por el brazo vuestro.
 Si no por miedo vil tal via emprenden,
 I juzgan su valor bastante diestro
 Para lavar en la ocasion su injuria,
 ¿Qué otra mejor podria hallar su furia?”

LVI.

Al terminar su harenga por tal arte,
 Irónicas miradas dirijia
 Venegas a Ricardo, que aun aparte
 En inmóvil mudez se mantenia.
 En tanto, a reventar por toda parte
 La algazara frenética volvia,
 I se llegó a perder toda medida
 Hasta en la tienda dó el Consejo aun dura.

LVII.

Los caudillos mas jóvenes se acete
 La condicion sin vacilar proponen,
 I al cebo del honor que les promete,
 Todos a pretenderlo se disponen.
 Cada uno ya sus hechos entromete,
 Mil méritos rivales se interponen,
 I una contienda súbita se anima
 Sin respeto encontrar que la reprima.

LVIII.

Leyántanse los jefes mas ancianos,
 Intentando oponer a la vecordia
 Su noble autoridad.—Esfuerzos vanos!
 Huye por dentro i fuera la concordia.
 I a punto tal los ánimos insanos
 Irritó en un momento la discordia,
 Que sin querer un bando al otro oirse,
 Ya la intencion traspira de embestirse.

LIX.

Tal un hirviente mar que repentinã
 Fuerza de vientos revolvió contrarios,
 Incierto en sus furores se encamina
 Con remolinos mil a rumbos varios.
 Apénas se alza i ruje una colina,
 Cuando surjiendo en pos mas tumultuarios
 Montes la entierran, i el estruendo cunde
 I al mas esperto nauta espanto infunde.

LX.

Viendo así traspasar la efervescencia
 Juvenil todo coto, i aun burlado
 Su propio poderío, a la insolencia
 Dar un castigo jura el Toqui airado;
 Pués mandará espeler de su presencia
 A cada escitador del altercado,
 I que se aleje el nuncio sin respuesta,
 Golpe el mas eficaz que les asesta.

LXI.

Calmó con este amago el son discorde,
 I haciendo retirar la turbamulta
 Que penetró en la tienda i al desborde
 De los Jefes unió su audacia inculta;
 Con los ancianos Llancareo acorde,
 A Venegas mandó de la consulta,
 Porque mas libre cada voz corriera,
 Ir a esperar el resultado afuera.

LXII.

Luego, como halagando un seno undoso,
 Que acaba de ajitar borrasca horrible,
 El postrimer resabio tempestuoso
 Procura adormecer viento apacible;
 Asi su acento resonó afectuoso,
 Diciendo: "Camaradas, cuán plau ible
 Es ese ardor que electrizar hoi veo
 El corazon' de cada corifeo!

LXIII.

“I cuántas glorias a la patria augura
Tan noble competencia! Mas preciso
Tambien es que la rija la cordura,
I evite todo vano compromiso:
Que si al Arauco el cielo le asegura
Un inmediato triunfo, él indeciso
No lo vaya à tornar, cediendo a un fuego
Que otro empleo mejor tendrá mui luego!

LXIV.

¡“No veis, cuando una fiera poderosa
Consiguió en cruda lid una ventaja
Sobre otra su rival tan va'erosa,
Cómo su asalto un punto no relaja;
Ántes de apresurar su muerte ansiosa,
Todo amaño a un respiro le baraja?
Un interes mui grande yo contemplo
En que hoi sigamos tan prudente ejemplo.

LXV.

“¿Pensais que este partido nos hubiera
Mendoza abierto nunca, si constricto
Su desolado pueblo no se viera
Por la presion del último conflicto?
Para mí, desde que él tanto se esmera
Por abreviar la decision, convicto
Está de que el causon final le ofusca;
I en la desesperacion refugio aun busca.

LXVI.

“Por tanto, si advertidos hoi sabemos
Partidos rechazar por cierto impares,
Sin que nuestra victoria encomendemos
De singular contienda a los azares,
Con poca mas espera los verémos
A discrecion rendirnos sus hogares;
I no se habrá infringido así el mandato
De aquel que ejerce el jeneral Toquiato.

LXVII.

“Sabeis cuánto al marcharse nos previno
Que miéntras no efectuase su retorno,
Debia ser nuestro único destino,
El cerco mantener del muro en torno.
¡I de su prescripcion, rica de tino,
Irémos hoi a hacer necio trastorno,
Poniendo el triunfo a la merced de un bote,
Sin que al ménos su asenso él nos denote?”

LXVIII.

Con el mayor disgusto, i reprimiendo
Apenas la esplosion de su impaciencia,
El bando juvenil estuvo oyendo
El consejo sagaz de la prudencia.
Por lo tanto, Ancamilla, mereciendo
Mas de un ceño alegrar, con gran vehemencia,
No bien hubo concluido el jefe sabio,
Así movió, por responderle, el labio.

LXIX.

“O noble anciano, siempre previsora,
Tu voz ácia el acierto se encamina;
Mas veo con dolor no ostenta ahora
La excelsa majestad de sierra andina;
Sino que tristemente la desdora
Tímida pequeñez de una colina;
Ni con la pompa del Cauten resuena,
Sino cual de un arroyo humilde vena.

LXX.

“El patrio honor acaso ella consulta
Cuando prudencia tanta manifiesta?
Dime pues, ¿cuál seria la resulta,
Una vez rechazada esa propuesta?
Acaso tu esperiencia dificulta
Que la soberbia hispana, a tal respuesta,
Se engria hasta los cielos, e indomable,
Para baldon perpetuo, así nos hable:

LXXI.

“Bien confirma, villanos, esta prueba
Que solo alguna vez, o la asechanza
O el número a obtener un triunfo os lleva,
Donde provecho efímero se alcanza.
Mas no teneis un brazo que se atreva
A lidiar con los nuestros lanza a lanza?”
¿I qué responderia nuestra noche
Contra este oportunísimo reproche?

LXXII.

“Perdido ya el honor, ¿qué serviria
Ese muro ganar? Bella victoria,
La que el rigor del hambre nos daria!
¿Cuánto iba ella a acrecer la patria gloria?
Si no queremos libertad de un dia,
Preciso es grabar bien en la memoria
Del enemigo, que sabrá el chileno
No tan solo a favor del hondo sueño,

LXXIII.

“I de las sombras de la noche, astuto
Su audacia castigar, si así conviene,
Mas tambien recoger el mismo fruto
Cuando la luz del dia el campo llene,
I ora en campal batalla o diminuto
Combate el brio nacional se estrene.
Cuanto a este resultado no conduzca,
Bien mezquino será lo que produzca!

LXXIV.

“Arauco lo conoce i, no lo dudes,
Todo él condenará tu negativa.
Al mismo jeneral, cuyas virtudes
Son nuestra fuente de esperanza viva,
I a cuyo excelso descontento aludes,
Tu timidez será bien aflictiva.
Él te encargó al bloqueo limitarte,
Si nadie se atreviese a provocarte.

LXXV.

“Mas para esta ocasion qué te previno?
Nada, sin duda, vas a responderme.
¿I crees que esta mision talvez provino
De que su prevision por tiempos duerme?
Ah! no: sabia bien que nuestro tino
No dejaria baldonarse inerme,
I que el chileno brio, nunca escaso,
Salvaria su honor, llegado el caso.

LXXVI.

“No aspiro a que mi lanza el alto premio
Gane de la eleccion, aunque lo admire.
Pero asunto será de tanto apremio
Una encontrar que confianza inspire?
No agravies tanto aqieste noble gremio,
I deja que cada uno el orbe aspire
A conquistar, cuando a Mendoza vea
Muerto al pié de un hermano en la pelea!

LXXVII.

“Vale solo esto mas que la conquista
De innumerables plazas!”—“¿Quién lo duda?”
Clama aquí la reunion, i nube lista
De aplausos al audaz jóven saluda.
No hai quien al fuego eléctrico resista,
Ni aun de los viejos la porcion sesuda:
Trueno de ardor marcial en torno cunde,
I toda reflexion voraz confunde.

LXXVIII.

Unísono clamor rujiente pide
El partido se acepte sin tardanza,
I a Llancareo conservar impide
De resistir con fruto una esperanza.
Forzado del torrente, pues, decide
Lo que aun no bien aprueba su templanza,
I a conferir al punto se procede
A quién tan alta gloria se concede.

LXXIX.

De nuevo a tal cuestion su frente asoma
La discordia feroz, i en un momento,
Rompiendo toda valla otra vez, toma
El anterior conflicto doble aliento.
Tal si un instante el trueno su ira doma,
Torna a estallar mas bravo al propio viento.
I ya ningun temor los refrenara,
Si el jóven español no se avanzara

LXXX.

En medio de la Junta, audiencia breve
Pidiendo por favor. Su vista sola
I dulce voz, cual por encanto, embebe
Al punto aquella vasta batahola.
Calma la agitacion: nadie se atreve
El labio ya a mover, i una aureola
De esplendorosa luz prestigio nuevo
Dá a los ojos de todos al mancebo.

LXXXI.

Él con semblante grato i un acento
Gradualmente mas firme, satisface
La gran curiosidad, siempre en aumento,
Que entorno difundida, le complace:
“Caudillos jenerosos, yo no intento
Un honor disputaros de que os hace
Únicos acreedores vuestro oríjen,
I que eminentes méritos exigen.

LXXXII.

“¿A quién corroborar la patria gloria
Hoi con un triunfo espléndido tocara,
Como a los de un linaje que la historia
A aquellos mas heróicos ya equipara;
Cuyo esfuerzo el laurel de la victoria
Innumerables veces arrancara
Sobre el mismo cañon que un mar de muerte
Contra sus pechos sin corazas vierte?

LXXXIII.

“Ninguno de estos títulos me anima
A mí, cuya niñez, por otra parte,
Fué alimentada en el remoto clima
Que tantos sufrimientos os imparte.
Pero mi suerte con la vuestra intima
Hoi un raro destino de tal arte,
I tanto a vuestro noble aprecio debo,
Que de él quizá abusando, a hablar me atrevo.

LXXXIV.

“En esta confianza, a recordaros
Voi la varia alusion que habeis oido
A mi persona.—¿En términos mas claros
Podia provocarme el atrevido?
Con qué satisfaccion él, al hablaros,
Cuanto agravio su jefe me ha inferido
I aun permanece por desgracia inulto,
Enumeraba, a mí tornando el vulto!

LXXXV.

“Se jactan, si, de haberme arrebatado
Una consorte que de afecto en gaje
El noble Maulican me habia dado,
I estinguido en él mismo un gran linaje!
De haber los caros dias abreviado
Del padre mio con injusto ultraje;
De haber tiznado, en fin, de oprobio eterno
Mi nombre, al propio tiempo que el paterno.

LXXXVI.

“A la jactancia, por mayor sonrojo,
De la ironía añaden el insulto.
¿No acaban de decir que, si me acojo
A vuestro campo, un miedo vil consulto?
Si hai en esta asamblea quien de enojo
Contra Mendoza algun motivo oculto,
Mayor que los que alego yo, tuviere,
Hable, i mi voz al mismo instante muere.

LXXXVII.

“Mas, si no le hai, a la justicia vuestra
Permitiréis, confio, que recurra
Quando vais a elejir la feliz diestra
Que en esta honrosa lid con él concurra.
Repito que al pedirós esta muestra
De confianza, no penseis me ocurra
De títulos no hallarme yo el mas falto
De cuanto héroe aquí aspira a honor tan alto.

LXXXVIII.

“Pero sabeis tambien cuánta eficacia
Tiene en el hombre la memoria triste
De una esposa jimiendo en la desgracia
I un padre que en pedir venganza insiste.
Por tales agujones a mi audacia
Seguridad completa casi asiste
De que sabrá con hechos señalarse
Que de ella no serian de esperarse!”

LXXXIX.

Dijo Ricardo; i un silencio mudo
A su harenga siguió.—Mas al aspecto
De cada rostro, discernirse pudo
Que de impresion contraria no era efecto.
Ningun caudillo indiano oyó ceñudo
Al favorito del comun afecto
La eleccion pretender que amenazantes
Se disputaban todos ellos ántes.

XC.

Fué ese silencio, pues, notorio indicio
De la satisfaccion que los encanta,
Viendo a un ilustre ibero en beneficio
Tomar de su querella parte tanta.
Aprovechando el favorable auspicio,
Alegre Llancareo se levanta
A contestarle: “O digno descendiente
Del jefe mas magnánimo i valiente,

XCI.

“Que vimos esgrimir en contra nuestra
Armas un tiempo, ese silencio mismo
Que a tu discurso sigue, bien te muestra
Ceder a tu razon el patriotismo.
¿Con quién, por cierto, la aversion siniestra
Del maligno Mendoza, rigorismo
Tan crudo e inexorable ha desplegado,
Como contigo i con tu padre amado?”

XCII.

“¿Ni quién con mas derecho estar podria.
Ansioso de beber la sangre suya?
No halla aquí un corazon la vista mia
Que a tu justo deseo el logro obstruya.
Arauco por mi voz gozoso fia
Su causa a la valiente diestra tuya,
Obtener no dudando por su medio
De sus desastres el final remedio!”

XCIII.

“Sí, sí” todos a un tiempo aquí exclamaron
Los jenerosos jefes; i a este asenso
Ni aun los Picuntos mismos se negaron,
Tornado el odio antiguo amor inmenso.
“De nuestras pretensiones,” agregaron,
“Desistimos por él con gozo intenso,
“Bien persuadidos que su brazo ilustre
“Dará al loor de Arauco mayor lustre.

XCIV.

“Él nuestro digno combatiente sea!”
—“¡Ya ves,” siguió diciendo el Toqui afable,
“Cuán acorde esta junta se recrea
En cederte el honor mas envidiable!
Pero por mas que su victoria crea,
Fiada a tu alto esfuerzo, inevitable,
Tendrá ese triunfo aun ménos embarazo,
Disfiriendo el combate un breve plazo.

XCV.

“Apénas estás hoi restablecido
De la riesgosa herida con que aleve,
De tu temor librarse ha pretendido
Quien a afrontar tus iras mal se atreve.”
—“No!” Ricardo exclamó.—“Reconocido
El corazon a una honra que no debe
Borrarse de él jamas, siento que cobra
Inmenso ensanche i el vigor le sobra.

XCVI.

“Con cualquier dilacion yo temería
La ventura perder que, ha tanto, anhelo,
De competir en singular porfia
Con ese aborrecido tiranuelo.
Basta el éspacio, sí, de un solo dia,
Para que corra envcnenada al duelo,
Furor sangrado habiendo en esta calma,
La herida que él ha abierto acá en el alma!”

XCVII.

De un vasto aplauso la esplosion sonora
Saludó este discurso; i Llancareo
Manda que se introduzca sin demora
Al nuncio del hispano corifeo.
“Vuelve a hacer a tu jente sabedora,”
Le dice, “de que accede a su deseo
El Consejo araucano, i cual propones,
Acepta con la lid, sus condiciones.

XCVIII.

“Persuadido él está que, si rechaza
Todo convenio, la potencia suya
Dominará infalible aquesa plaza;
Mas quiere que jamas le redarguya
De haberle reusado alguna traza
De obtener su salud, la raza tuya,
O bien, temido a prueba su justicia
Poner del hado i la marcial pericia.

XCIX.

“No es de chilena estirpe el elegido
A fin de sostener la causa nuestra,
Aunque de cada jefe ha pretendido
Gloria tan alta la ardorosa diestra.
Pero de Álvaro al hijo han accedido
A dar de confianza esta amplia muestra,
Por ser quien a Mendoza con mas fuerte
Derecho anhela dar la justa muerte.

C.

“En ese llano, pues, des que su brillo
El segundo sol próximo dilate,
Al vuestro aguardará nuestro caudillo.
Será con todas armas el combate.
I si a Ricardo muerte da el cuchillo
De su rival, nosotros, sin debate,
El sitio, al pacto fieles, alzarémos,
I tres años la lanza enterrarémos.

CI.

“Pero si a ofensas mil dando castigo,
Aquel se baña en sangre del segundo,
No ménos fieles, ese triste abrigo
Vosotros dejaréis, ya moribundo.
La saña del Supremo Ser, testigo
De aqueste pacto, i la opinion del mundo,
Persigan implacables, cual su presa,
Al que violar osase tal promesa.”

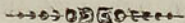
CII.

Dijo; i al rostro irónico del nuncio
Sonrisa de contento indefinible
Estalló, reputando a tal anuncio
La salud de su jente ya infalible.
Hondamente inclinándose, “Renuncio
“A todo bien,” esclama, “apetecible,
Si algun pueblo se ha visto mas exacto,
Que lo que el mio observará este pacto!”

CIII.

I luego a despedirse se apresura,
Para llevar, con la plausible nueva,
Alivio presto a la Imperial tristura.
Mas a Ricardo numerosa prueba
De confianza, no ménos segura,
En su valor, la Junta le renueva
De los caudillos; i su pecho abrasa
Del campo todo el parabien sin tasa.

CANTO DÉCIMOQUINTO.



I.

Suele en las desperadas situaciones,
Cualquier fugaz vislumbre de un alivio,
Ensanchar los humanos corazones
I alzar las esperanzas del mas tibio
A tanto mas lucíferas rejiones,
Cuanto ántes mayor fuera su declivio,
Tornándose el pasado sufrimiento
El agujon mas vivo del contento.

II.

Así los Imperiales lo sentian,
Des que al nuncio esperado con tal ansia,
De vuelta ácia sus muros descubrian,
Por señas indicando a la distancia
Que sus propuestas merecido habian
Aceptacion de la índica arrogancia.
Los próceres, por tanto, i pueblo inculto
A recibirle lánzanse en tumulto.

III.

I un momento despues, la ciudad triste,
En medio la sorpresa que ocasiona
Oir que el hijo de Álvaro aun existe
I su guerrero Arauco le pregona,
De fúljidos trasportes se reviste
I a ciega confianza se abandona,
Creyendo en el mancebo un desvario
El atreverse de Mendoza al brio.

IV.

Signo se les figura bien probable
Tambien, de que su enojo ablanda el cielo,
El haber sujerido al indomable
Indio tal eleccion para este duelo.
¡Cómo a un traidor que abjura abominable
Su patria i lei, i con punible celo
Se hace el sostenedor de causa impia,
Un justo Dios tal triunfo dar podria?

V.

Mas luego que tenido hubo su curso
De ese primer contento el arrebató,
De los mas reflexivos al discurso
Recelo se presenta ménos grato.
I agüero bien fatal para el concurso,
De Mendoza reputan el reato
Ácia el caudillo, cuya sombra espera
Quizá hoi del hijo una venganza fiera.

VI.

Deploran, pues, no poco, i los asusta
Que a la de la calumnia mas notoria
Unida esté su propia causa augusta,
I que comun ser deba la victoria.
¡Querrá aclamar el cielo como justa
La indigna mancha impresa a la memoria
Del campeón mas fiel a sus pendones
Que vieron sucumbir estas rejiones?

VII.

Mendoza, en tanto, con triunfante gozo,
 “Ya el Obispo verá si he ponderado,”
 Decia, “al afirmar que ese vil mozo,
 A no yacer ya en polvo sepultado,
 Mui luego a complacerse en el destrozo
 De la propia nacion que el ser le ha dado,
 I en los desastres de su lei vendria,
 Entre el aplauso de esa chusma impía!

VIII.

“Sobrado pronto él mismo aquel anuncio
 Vino a justificar i cuanta valla
 Yo oponerle intenté. Mas me denunció
 Tan vil como él, si salvamento aun halla.”
 Tal era su jactancia; i aunque nuncio,
 Al parecer, de confianza, estalla
 Al rostro la alegría, allá en secreto
 Su mas hondo interior no estaba quieto.

IX.

Como talvez, bajo la alegre calma
 De un rio ecuatorial, la bestia obesa,
 Siempre en acecho de sangrienta palma,
 Suele gozarse en devorar su presa;
 Así un remordimiento sordo, el alma
 Royéndole a Mendoza, contrapesa
 Su profundo desden del adversario,
 I aun le ocasiona susto involuntario.

X.

Por mas que ese recelo se reproche,
 Pensando cuán difícil es fulgure
 La propia causa el cielo en el derroche
 Con que su negra sinrazon censure,
 Él no consigue que una incierta noche
 Se aleje de su mente, i le asegure
 De no haber que temer por una vida,
 Aunque culpable, a tanto bien unida.

XI.

No queriendo omitir, por tanto, modo
 De propiciarse lo Alto, a rogativa
 Solemne manda que su pueblo todo,
 Al par que a acción de gracias, se aperciba.
 De su propia conciencia el acomodo
 Él la próxima noche hacer no esquivá,
 I en su oratorio, al pié de Preste santo,
 Lavar sus culpas procuró con llanto.

XII.

La obligacion de dar con esto ejemplo,
 Proporcionó pretesto a su pavora.
 Mas no bien brilla el alba, en cada templo,
 Anuncio de que el día se inaugura
 A santas preces, difundir contemplo
 Cien resonantes bronces con mesura.
 Todo se ajita en movimientos varios,
 E inundan luz e incienso los santuarios.

XIII.

Ni tardan en cubrir las anchras vias
 De ministros del culto procesiones,
 Que en andas dignas de mejores días,
 Conducen a sus célicos patronos:
 Salen tambien devotas cofradías;
 I al tierno son de lúgubres canciones,
 Todos a la Matriz, luto vistiendo,
 Van la pausada marcha dirijiendo.

XIV.

Reunidos allí, del sol las luces
 Mal vencerian el claror que esparce
 Tanta lámpara i cirio, que en las cruces
 De plata i oro viene a reflejarse;
 Ni con el brillo de aras i capuces
 De los ministros, deja de aumentarse,
 Trasladar pretendiendo al bajo suelo.
 Breves instantes el fulgor del cielo.

XV.

El venerable Obispo, con su veste
De mas solemnidad, el sacrificio
Augusto celebrando, el pan celeste
Da a su propio rival con fausto auspicio,
I al vecindario todo a quien la peste
Concurrir permitiera al sacro oficio,
Callando el templo prolongado rato
De compunzion en célico arretrato.

XVI.

Mas ved cuál ya se ajita! En doble hilera
Desfilan ya descalzos los seglares,
Tras la alta Cruz, que marcha la primera,
I luego en sucesion los Regulares (1).
Va a su Patron cada órden delantera,
I el arcánjel Miguel, que de estos lares
Titular, el mayor altar ocupa
De la Matriz, al clero en torno agrupa.

XVII.

El solo resplandor de su sublime
Rostro, mejor que el temeroso alfanje
Que en gallardo ademan su brazo esgrime,
Parece amedrentar la atroz falanje.
Su pié del rebelado el cuello oprime,
I su sonrisa augusta dar el canje
A los males promete, con que puebla
Su amada villa la infernal tiniebla.

XVIII.

Con su Cabildo de imponente aspecto,
Precede el Santo Obispo la última anda,
Donde el perfume ofrece mas selecto
De *Nieves* a la Virjen veneranda:
Efijie prodijiosa, a cuyo afecto
Socorro siempre la Imperial demanda
En su infortunio, i que le fué cedida
Por su primer Pastor, a la partida (2).

(1) En la Imperial los habia de Santo Domingo, de San Francisco i la Merced.

(2) Pertenezia al Señor de San Miguel, primer obispo de la Imperial, quien la cedió a ésta por sus instancias, cuando fué promovido a la Diócesis de Quito.

XIX.

Cierra Mendoza aquesta pompa augusta,
De jefes i guerreros escoltado,
I un pueblo suplicante los ajusta,
De sufrimientos i terror minado.
Mientras con lenta marcha i regla justa
Descienden a las calles, entonado
Por los Ministros, respondienddo el coro,
El salmo fué de penitencia i lloro.

XX.

“Señor; no me rechaces, ni en tu ira
Quieras anonadarme. Compadece
Los dolores de una alma que delira,
I de un cuerpo que cruje i se estremece.
Hasta cuándo, Señor? Vuélvete i mira
Al que en vano implorándote, fallece.
Vé cuál me aflije blasfemante turba,
I a su furor mi vista se conturba!

XXI.

“¿Puedes pensar que cuando yo fenezca,
Tu santo nombre ensalzará el impío,
O el que odio a tí respira, lo agradezca?
Ah, Señor! Ya te ablanda el ruego mio!
Que aquel que me hostiliza, palidezca
I huya el rayo del Dios que me oye pio.
Ah! no mas dejará mi humilde llanto
Que él torne a complacerse en mi quebranto!”

XXII.

Tales los cantos eran que aflijidos
Por calles i por plazas entonaban,
I a que del ronco bronce los plañidos
Desde las torres mas tristeza daban.
Trémulos solamente, enflaquecidos,
Los ecos de los labios se exhalaban
Del sacerdote, i suena, casi estinta,
Honda la voz que el mal del pueblo pinta.

XXIII.

Al ver a la ciudad, en un lamento
Unida, así lanzarse ácia lo alto,
I el enlutado cuerpo macilento
Tanto rostro arrastrar de color falto,
De almas por procesion el pensamiento
Tomáralos talvez con sobresalto,
Que de sus tumbas a llorar salia
Desierto lo que fué su albergue un día.

XXIV.

Mas a cualquiera rumbo que convierta
Su marcha la devota comitiva,
Mira al paso brotar de cada puerta
Multitud de esqueletos medio viva;
La cual hasta los pies se arrastra yerta
De aquella que jamas oyera esquivar
Sus súplicas un tiempo, i hoy reusa
Tierna acudir al mal que se le acusa.

XXV.

Ai! cuán ardientes lágrimas le llora
Ya el viejo, ya la madre que marchito
Le muestra el hijo que a su seno ahora
No halla cómo acallar su hambriento grito!
A veces esta turba jemidora
Detiene largo tiempo el sacro rito,
Jurando no apartarse de por medio
Sin haber merecido algun remedio!

XXVI.

O dulce religion! Por mas que insano
De tí el feliz mortal se burle a veces,
Apénas del dolor la férrea mano
Le comienza a oprimir, tú te le ofreces
Como el único puerto en su oceano,
I entre las ruinas que le cercan, creces
Sola propicia maga, en cuyo ceño
Halla el delirio siempre algo risueño!

XXVII.

Asi hoi en la Imperial no hubo alma fria
Para tí, i aun el triste moribundo,
Que ya vencer no aguarda su agonía,
Como el postrer consuelo mas fecundo,
Al ménos espirar quiere en la via
Ante la madre del Señor del mundo;
I cree que todo viso de esperanza
Va a borrarle el infierno, si ella avanza.

XXVIII.

¡I qué impresion en tu acerado pecho
Producen, o Mendoza, escenas tales?
Ah! cómo juzgas al presente estrecho
'Tu formado concepto de los males
Que aflijen tu Imperial! ¡Quién de despecho
Estrañará que opreso aliento exhales,
Contemplando esa pompa, dó creiste
Que el triunfo se uniría al ruego triste!

XXIX.

Con cuánto pesar tuyo se convierte
En solemne espresion i muestra sola
Del sufrimiento, présago de muerte,
Que envuelve a la ciudad en una ola!
Cual fujitiva calma en lo mas fuerte
Del invierno, sus brillos interpola,
Así ha desaparecido aquel contento
Que sonrió la víspera un momento.

XXX.

Ah! si cerrado el pacto no estuviera
I fijo el plazo de la lid, sin duda
El dia subsiguiente en pié no viera
El muro que aun tu brazo altivo escuda!
I flaca al fiero sitiador tendiera
Inermes brazos tu entereza ruda,
Juzgando no podría inexorable
Infortunio acrecer tan lamentable!

XXXI.

¿Mas qué hacías tú en tanto allá en tu cielo,
O Madre omnipotente del Dios Hijo,
Único fare dó el comun anhelo
Un signo aguarda aún de regocijo?
Le negarás mas tiempo tu consuelo?
I por primera vez afan prolijo
Que tu alta intercesion con fé reclama,
Encontrará que a sorda puerta llama?

XXXII.

Oh no! que a cuantos ojos embelesa
Del rostro de tu imájen el prestijio,
Su aspecto de divina paz ya cesa,
I un lloro maternal; feliz prodijio!
Por él en perlas descendiendo, espresa
Tu augusta simpatia, i es vestijio,
Patente a todos, del sublime llanto,
Que está el Empíreo enriqueciendo en tanto!

XXXIII.

Ni en vano a tal tributo los suspiros
En rapto se convierten inefable,
Pues ya de tu palacio de zafiros
Sales de un coro envuelta innumerable.
Tu ausencia deja mústios sus retiros,
I rutilando en tintes de admirable
Róseo fulgor las estasiadas nubes,
Ácia el alcázar de tu Hijo subes.

XXXIV.

Suspende el vasto Empíreo sus conciertos,
De tu presencia sola a la harmonia,
Porque los deja de rubor cubiertos,
Tanto los aventaja en melodia!
Desde ántes de llegar te son abiertos
Los sublimes santuarios donde el dia
I todo resplandor su oríjen tiene
I donde toda vista al suelo viene.

XXXV.

Solo la tuya el fulgurar suporta
Del fuego del Señor, i aunque prefieres
Tan humilde acercarte como aporta
Allí el menor de los alados seres;
Tu Hijo te lo impide, i siempre a corta
Distancia te hace recordar quién eres,
Pues baja de su trono a recibirte,
I te estorba su abrazo el abatirte.

XXXVI.

Tal, viéndote venir, hoi se adelanta
I orcando tu rostro con aliento
I sonrisa que al sol mas abrillanta,
Le oye decirte absorto el firmamento:
“ O de los hombres medianera santa
“ I joya la mas rica de este asiento,
“ ¿Por quién viene hoi a interponerse el labio,
“ Que borra ante mi Padre todo agravio?”

XXXVII.

Aquella que de Adan pudo a la prole
Volver un tiempo su perdida altura,
Con ternísimo acento contestóle:
“ Dulcísimo fanal de mi ventura,
“ ¿Cómo impasible miraré que asole
Un pueblo que, al confín del mundo, pura
Conserva, aunque culpable, tu lei sacra,
Toda la furia de la inferna lacra?

XXXVIII.

“Véle, Señor: cuán próximo a la muerte
Mi intercesion reclama, i de tus fines
Aun reusa creer que con su suerte
Allí tu Cruz a fulminar te inclines!
Así diciendo, de sus ojos vierte
Lágrimas que a recojer los serafines
Vuelan bajo sus piés como un tesoro,
I guardan con respeto en urnas de oro.

XXXIX.

Del mundo el Redentor, a tal discurso,
Convierte a la Imperial aquella vista
Con que a todos los astros en su curso,
Mas que el rayo veloz, pasa revista;
I al contemplarla, exhausta i sin recurso
De terrena esperanza que la asista,
Al cielo suplicar tan ardorosa,
Su faz revela sensacion piadosa.

XL.

Le han movido, en verdad, tales escenas,
I ácia el gran libro dirijiendo el brazo
Donde escritas están glorias i penas
De cada emporio, i de su vida el plazo;
Abre sus hojas de presajios llenas,
I mostrando a su augusta madre el trazo
Que a la ciudad refiérese infelice,
Con dolor cariñoso así le dice:

XLI.

“O del Hijo de Dios gloria perenne,
Sabeis que si a escribir la Providencia
Aquí una vez cualquiera fallo viene,
No lo basta a alterar su Omnipotencia.
Su dia la Imperial próximo tiene,
I solo tras de siglos la sentencia
Quiere renazca a ser de rico emporio
Un centro, a la verdad, mas meritorio.

XLII.

“No obstante, puesto que hoi arrepentida,
Pide perdon por tal intercesora,
De nuevo mostraréle que perdida
Nunca es la fé del que a mi Madre implora.”
Dice; i su vista, en torno dirijida,
Busca aquella cohorte bienhechora,
Que de los pueblos la salud resguarda,
I donde un jenio palpitante aguarda.

XLIII.

Entre ella se halla, sí, doblada i triste
 Del imperial custodio la faz bella,
 Porque el querer supremo le resiste
 Descienda a mitigar su cruda estrella.
 Una sonrisa al fin le concediste,
 Señor; i tu órden comprendiendo en ella,
 Postróse el ángel, i de gozo lleno
 Raudo el espacio atravesó en un trueno.

XLIV.

Dos naves a este tiempo, el mar dejando,
 Al seno del Cauten se introducian,
 I al lento empuje de un ambiente blando,
 El reluchar de la corriente hendian.
 A ellas su curso el jenio enderezando,
 De su anjélica boca recibian
 Tan recio soplo las tendidas velas,
 Que creyeron volar las carabelas.

XLV.

Mas raudas que la vista, el largo trecho
 Que aun la Imperial distaba, atravesaron,
 I sus murallas, con absorto pecho,
 A percibir los nautas comenzaron.
 A la sazón sobre ellas en acecho
 Hallábase un vecino, pues lo usaron
 No pocos diariamente, con el pio
 De ver si daba algun anuncio el rio.

XLVI.

Solo a los visos distinguir primeros
 Pudo este alerta espia, palpitante,
 Alzarse de los líquidos senderos
 Un par de nubecillas vacilante.
 Mas dulce realidad tales agüeros
 Tornándose a su vista en breve instante,
 A descender del muro dióse priesa
 Fuera de sí con la feliz sorpresa.

XLVII.

Ya por las tristes calles solitarias
Clamando va veloz: "Socorro viene!"
I un momento despues, por veces varias
Que repetirlo a mil preguntas tiene.
La procesion dá punto a las plegarias,
I su retorno a la Matriz detiene,
I en su hondo abatimiento aun duda ansiosa
Si dará asenso a nueva tan dichosa.

XLVIII.

Mas como uno a otro nuncio se suceda,
"Dos naves!" repitiendo a todo grito,
A la incredulidad via no queda,
I todo pecho anímase, marchito.
A tierra se hunde ya la frente leda,
I un torrente de lágrimas, contrito,
Es la sola espresion del gran contento
I gratitud, posible en tal momento.

XLIX.

Así postrarse suele el navegante
Que en una noche de borrasca oscura,
Vió su frájl navio zozobrante,
Pedazos hecho sobre roca dura,
Si al parecer la aurora rozagante,
Ganar logró la tierra: de ternura
Riéjala en llanto, i al benigno cielo
De agradecer no cesa su consuelo.

L.

Apénas les permite su trasporte
Volver a entrar al templo tras de larga
Adoracion a aquel divino Norte,
Que mano tan propicia les alarga.
Allí de los ministros la cohorte,
Luego, la voz del sufrimiento amarga,
Coro formando el pueblo, convertía
En solemne concento de alegría.

LI.

“A tí, Madre de Dios, benigna estrella,
 Que en el furor del mar el nauta invoca,
 I al punto convertida en playa bella
 Vé la amenaza de iracunda roca:
 A tí, arca de la alianza, donde sella
 Su paz el criminal que a Dios provoca;
 A tí, madre de tristes, bendecimos,
 Porque patente tu favor sentimos!

LII.

“Tú eres la torre donde albergue encuentra
 Perenne el peregrino fatigado;
 La casa de piedad, donde no entra,
 Para mústio salir, ningun penado.
 Toda fecundidad se reconcentra
 En tí: todo alimento nos es dado
 Por tu riego inmortal, despues, Señora,
 Que al orbe ciego iluminó tu aurora!”

LIII.

Asi que con este himno fervoroso
 La bóveda sonó del templo santo,
 Ácia los muros se avalanza ansioso
 Cada uno a ver por sí prodijio tanto;
 I la sorpresa dulce, el alborozo,
 Creciendo, tornan a verterse en llanto
 Al contemplar mui cerca ya las naves,
 Llegar con pompa de gallardas aves.

LIV.

Cómo el fluvial imperio se disputan,
 Rompiendo, alas tendidas, la corriente,
 I a la ciudad saludos mil tributan
 Cual en retorno de su aplauso hirviente!
 Salvos los habitantes se reputan,
 I en su enajenacion, abrazo ardiente,
 Fieros rencores olvidando antiguos,
 Aun aquellos se dan mas enemigos.

LV.

Conocen el bajel de Árias i estienden,
En ademan, los brazos, de estrecharle,
Pues los indicios plácidos comprenden,
Que miran proa i velas adornarle.
Muchos del muro rápidos descienden,
I un verdadero triunfo a prepararle
Corren al salvador, no bien abierta,
Por órden superior, es la gran puerta.

LVI.

I la ribera próxima un jentio
Reviviente ya inunda, cuando junto
A la muralla, da cada navio
Al luengo viaje venturoso punto.
Antes que el ancla ruede al hondo rio,
Dentro de su corriente, a contrapunto,
Para desembarcar al navegante
En hombros, se avalanza el habitante,

LVII.

¿Cómo espresar la competencia suma,
Con que a sus bienhechores de caricias
Colmando el pueblo, su paciencia abruma,
En confusion pidiéndoles noticias?
¿Cómo del nauta, pintará la pluma,
Que a sus deudos abraza, las delicias,
I el lamento de aquel que en la demora
La muerte cierta de los suyos llora?

LVIII.

Desde su campo el sitiador, absorto,
Contempla, sin amago a interrumpillo,
De alegre movimiento tal aborto,
Que provocar parece su cuchillo.
Es que por celos de un respiro corto,
Reputa indignidad todo caudillo
En duda revocar, con hostil acto,
Su fé sincera al convenido pacto.

LIX.

Por tanto, libremente el pueblo goza
Tan dulce suspension del sufrimiento,
I en redoblados vivas se alborozó,
Sacando el conducido bastimento.
Mas Árias, por volar ácia Mendoza,
No quiere disfrutar sino un momento
Su merecido triunfo, i a él llevado
En hombros es de un corro entusiasmado.

LX.

Puesto, pues, del Caudillo a la presencia,
I grato al parabien que de él recibe,
Satisfaciendo a muchos su impaciencia,
De su mision la suerte así describe:
“Luego que del Cauten, por resistencia
Que de estorbarlo a fin el indio active,
Logró salir al mar, propicio influjo
De olas i viento a Penco le condujo.

LXI.

“Con gran cordialidad le recibieron
Aquellos habitantes, i el apuro
En que jemía la Imperial, no oyeron
Con sereno semblante i pecho duro;
Aunque sus simpatias no pudieron
Mui provechosas ser, porque su muro
Por aquel propio tiempo amenazando
Un cuerpo estaba del adverso bando.

LXII.

“Mas si tal situacion les impedia
Disminuir su provision de guerra,
I dejar su ciudad propia vacia
De la menguada guarnicion que encierra;
Al ménos prometiéronle seria
Un buen refuerzo, de peruana tierra
Pedido, i por momentos esperado,
Todo al austral auxilio destinado.

LXIII.

“Por remediar en tanto la penuria
De bastimento en la Imperial sufrida,
I que pudiese contra indiana furia
Hasta ese tiempo mantenerse erguida,
Franca ofrecióle la penquista curia
Llenar su nave, i otra allí cedida,
De una porcion del alimento propio:
Lo que aceptado, se activó el acopio.

LXIV.

“Dispuesto todo, en fin, para el regreso,
Con lágrimas de Peuco despidióse,
Despues de despachar veloz espreso,
Que hasta Santiago misma no repose,
I las angustias de su pueblo opreso,
Ajitando el socorro, al Norte glose.
Luego, pidiendo al cielo raudo viaje,
Sus naos abandonan el anclaje.

LXV.

“Mas tan violento temporal de Norte,
No bien dejado el puerto, acometiólas,
Que ácia el Cauten cerrando todo aporte,
Mui al Sur las arrastran bravas olas;
I como su flaqueza mal soporte
El arreciante asalto, precisólas
El riesgo de un contraste en mar abierto,
A refugiarse al Valdiviano puerto.

LXVI.

“Apénas dentro de él, ven por su rio
Salir huyendo en pavoroso estado
Los restos de Valdivia, que al impio
Furor del indio habian escapado.
De ellos se supo que al abrigo umbrío,
I aprovechando el sitiador, osado,
De los vecinos el descuido ciego,
Penetró en la ciudad a sangre i fuego.

LXVII.

“Daba terror oírles cómo estiato
Por la lanza era aquel que de su sueño
Recordando al fragor del laberintō,
Encontraba ante sí bárbaro ceño.
Vasto i flameante báratro el recinto
De la ciudad fué en breve, i del despeño
Universal tan solo se salvaron
Los que en el rio embarcacion lograron.

LXVIII.

“A éstos cuanto bajel surto tenia
El puerto, albergue dió; mas temerosos
Aun allí de la adversa ferocía,
Al mar precipitáronse anhelosos.
Árias con ellos navegó hasta el dia
Que, quietos ya los senos procelosos,
El Cauten enfrentaron, cuyo ingreso
Vió él ofrecerle un espedito acceso.

LXIX.

“Separáronse entónces, i otro asilo,
Dó respirar de tanta desventura,
Ellos siguieron por el mar tranquilo,
A demandar en tierra mas segura.
Aquí, elevando el orador su estilo,
Refiere cómo vió con la presura
Que un meteoro brillante cruza el cielo.
Su arribo a la Imperial ser mas que un vuelo.

LXX.

“Milagro al fiel i al bárbaro notorio!
Pues si el Cauten algun retardo opuso
No lo ofrece talvez tan ilusorio
El aire a un dardo con violencia escuso.
Por tanto el sitiador, ni el irrisorio
Embargo que al salir, pudo confuso
En su acecho ensayar, cuando ambos leños
Raudos ante él pasaron como ensueños.”

LXXI.

Tal fué la relacion de Árias.—Profundo
 Duelo causó la valdiviana muerte,
 Pues desde luego auspicio tremebundo
 Dió al auditorio de su propia suerte.
 ¿Cómo aun dudar tenia el iracundo
 Araucano, poder su brazo fuerte
 Sobre toda colonia austral alzado?
 ¡I qué auxilio esperar dejaba el hado?

LXXII.

El del Perú era incierto; i a medida
 Que uno tras otro pueblo sucumbiese,
 Vendria a amenazar su propia vida
 Cuanta lanza rendídoslos hubiese!
 Mas poco a poco al ánima abatida
 Aliento fué inspirando el ver quisiese
 Alargar de sus dias el estambre
 Benigno el cielo, desterrando el hambre.

LXXIII.

De su mayor angustia en este alivio
 Halló la reflexion indicio fausto
 De que ya Dios, para ellos ménos tibio,
 Consumar no intentaba su holocausto.
 I del primer temor presto el declivio
 Llegó a tal punto, que al semblante eshausto
 A volver comenzaban sus colores,
 No mui remotos, entreviendo albores.

LXXIV.

Risueña la esperanza les lucia
 En la próxima lid; i a cada puerta
 Llamando iba el placer. Ya suspendia
 La misma peste, temerosa, incierta,
 La inflexible segur que prometia
 La gloria del Cauten dejar desierta.
 Como por un prodijio se alentaba
 Aun el que ya la muerte cobijaba.

LXXV.

Creció el contento, i salvas a millares
A Árias se hacian, cuando el labio ayuno
Gustó condimentados los manjares
Con que a tiempo él llegó bien oportuno.
No regaló jamas sus paladares,
En la elacion, tan suave desayuno,
I un celeste maná les parecia
Cedido a sus clamores por Maria.

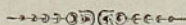
LXXVI.

El cielo mismo, que hasta allí su fresca
Lluvia al suelo negó sobrado avaro,
Improvizando nube gigantesca,
Lanzó un diluvio por su copia raro.
El aire abrasador ella refresca,
I larga provision del riego claro
En pozos hecha i vasos mil, mitiga
La sed, que el hambre satisfecho instiga.

LXXVII.

Con tantos bienes, del perdon supremo
Indicios indudables, tal pujanza
El pueblo cobra, que el mas duro extremo
No teme ya arrostrar su confianza.
Aun cuando el sitio, tras el fin postremo
De su campeon, la bárbara venganza
Intente prolongar, su fé violando,
¿Qué importa al que alto celo está escudando?

CANTO DÉCIMOSEXTO.



I.

O fé, divina fé, tu sacro influjo
Qué fuerza igualará? Con tu coraza
Qué obstáculos el hombre no redujo,
Qué poder, cuál espanto le dió caza?
En vano el mismo infierno con el flujo
De todos sus asombros le amenaza,
Porque, fija la vista en tu almo norte,
Impávido desprecia su deporte.

II.

Contigo él imposibles atropella,
Que el orbe no comprende en su alto asombro:
Hernan Cortes, seguro tras tu huella,
A la mas grande empresa puso el hombro.
Sin tí cualquier contraste hace su mella;
Mas si en baluarte reducido a escombros
Se refugia tu adepto, allí levanta
Muro tan fuerte, que a la tierra espanta.

III.

Él, si un mar de agonias le rodea,
De tu ala bienhechora socorrido,
Por floridos espacios se pasea,
Como el que salvo, desde un alto ejido,
En contemplar la furia se recrea
Del salado elemento. Aun sumerjido
Con su deshecha nave, se halla fuerte,
Vida siendo para él la misma muerte!

IV.

Así, nunca de tí recibe daño,
Que incapaz conociéndote de dolo,
Si en una perspectiva sufre engaño,
Tras ella mira alzarse un nuevo polo;
I a veces por el rumbo mas estraño,
Que pudo preparar el cielo solo,
Le llega la salud i justifica
La discrecion de su esperanza rica.

V.

Por tí seguro es ya que no sucumba
Tan presto la Imperial: libre de miedo,
Ya ella el sudario arroja de la tumba,
I la banda se ciñe del denuedo.
Toda la noche próxima retumba
El ámbito del templo con el ledo
Himno de gracias al excelso Padre
I de Jesus a la divina Madre.

VI.

De Álvaro al hijo allá en el campo indiano
Bien tumultuosa fué la misma noche,
I él ha querido con el sueño, en vano,
Del alma hacer callar sordo reproche.
No ofusca ya su mente el fuego insano,
Que cerrando a otra idea todo aprome,
Le hizo, ha dos dias, entre aplauso injente,
Saborear su venganza únicamente.

VII.

Un amargor cruel desentusiasma
Ahora su corazon, i mas activa
Su recio asalto aterrador fantasma,
Al acercarse la hora decisiva.
Es un remordimiento que le pasma,
Un recuerdo fatal, cuya opresiva
Mano quiere evitar, i le sufoca,
Tornando infierno atroz cuanto él evoca.

VIII.

O inevitable fuerza del destino,
Existes? o eres solo una quimera
Con que el mas delincuente, de contino,
Para atenuar su culpa, se atrinchera?
Sin duda tu furioso torbellino,
Por su interes, el hombre harto exajera.
No es él ciego instrumento de tal brazo!
Mas alta idea de su ser me trazo.

IX.

¿Con qué fin se le dió, pues, la conciencia,
Ese sublime privilejio suyo,
Si servir no debia su presencia
Sino para acusarle el rigor tuyo?
Si el bien i el mal tan solo a tu influencia
Se han de atribuir, por precision concluyo
Que destituido de albedrío el hombre,
De su Hacedor infamaria el nombre.

X.

Inconcebible monstruo, parto digno
Del jenio mas cruel yo le diria!
Verse capaz de concebir lo indigno
I la virtud mas alta en su valia;
Pero no obstante, de arbitrario signo
Tener que obedecer la tiranía!
No: el que dió al orbe tan sublimes leyes,
No nos envileció mas que las greyes!

XI.

Ni querer pudo nunca así en su obra,
De mayor excelencia desmentirse.
Al instinto del bien nada le sobra
De aquello que en la acción puede cumplirse,
I no obstante, o misterio! sin maniobra
Mia quizás, en torno a mí reunirse
Suelo mirar tal golpe de sucesos,
Que raudos me arrebatan sus progresos.

XII.

I corro a un cierto abismo con la pena
De un sentenciado a quien conducen mudo
I bajo la presión de una cadena,
A ofrecer su garganta al filo crudo!
Así piensa hoy Ricardo.—En él resuena,
Durante el pervijilio, ¡ai! harto agudo
El ruego con que quiso el hermitaño
De la vía apartarle de su daño.

XIII.

Le asombra el contemplar cómo su aviso,
Que él de temor quimérico acusara,
Se vá cumpliendo con rigor preciso!
Ya en toda su extensión fatal lo encara.
Al campo sitiador vino decisivo
A buscar solamente de la cara
Paterna sombra el desagravio, en guerra
Justa al calumniador postrando a tierra.

XIV.

Mas ya pendiente está de su victoria
De una ciudad cristiana la ruina!
Cuán desgraciada, pues, será su gloria
I de su propio padre cuán indigna!
En tanto que él pretende esa memoria
Lavar de toda mancha, ¿no combira
Causas por que a los dos el orbe todo
Confirme de traidores el apodo?

XV.

El, que a Mendoza tan terrible inculpa,
I con razon quizá ante muchos ojos,
¿No le corre a ofrecer plena disculpa,
Llevando a tal extremo sus enojos?
I si agoviado de espantosa culpa,
De patria i lei hollando los despojos,
De alzar su vista al cielo hace un ensayo,
Otra respuesta encontrará que el rayo?

XVI.

Así, cuando en la voz del santo siervo,
Que le anunció tendria tanta parte
De la Imperial en el castigo acerbo,
Ve que seguro el triunfo se le imparte,
Bien léjos de sentir gozo protervo,
El corazon, sangrando, se le parte,
I rechina los dientes como suele
El desesperado que ígneo aliento espele.

XVII.

“¿Es posible,” prorrumpe, “o Dios piadoso,
Que a ser el instrumento destinado
Me encuentre yo por tí, del rigoroso
Castigo que a ese pueblo has decretado?”
Mas si despues de proferir turioso
Aquesta exclamacion, mas reposado
Él se pregunta qué otra cosa haria
Si aun a elejir tuviese franca via?

XVIII.

Entónces de Lucia, en gran tumulto,
A la mente acudiéndole el recuerdo,
I su odio ácia Mendoza i el insulto
Con que le hirió Venegas poco cuerdo;
“No,” se responde; “No! quedar inulto
No puede tanto agravio, i si me pierdo,
Que mi suerte se cumpla! De este abismo
Salvarme ya no puede el cielo mismo!”

XIX.

Delirante con estas reflexiones,
I abrasada la sien, al aire blando
Sale a buscar respiro, sus vellones,
Cual potro de dolor, abandonando;
I por largo tendal de campeones,
Dormidos por el campo, circulando,
Medita entre el silencio cuál su sueño
Se asemeja al del último beleño!

XX.

Un lúgubre claror menguante luna
Sobre esa multitud confusa vierte,
Dó todo rango i condicion se aduna
Como en mansion perpetua de la muerte.
I él, sarcasmo feroz de la fortuna,
Vela el único allí, i el cambio advierte
Que está imprimiendo el sueño a mil semblantes
Llenos de animacion momentos ántes.

XXI.

Divisa a la Imperial allá a lo léjos
Cual muerta reposar: dormido todo
El horizonte, i solo los reflejos
Del Cauten titilar por un recodo.
Detiene al fin la vista en sus espejos,
I dícese a si mismo: "De este modo,
O muerte, todo en tu área se confunde,
I engaño es el reflejo que ella efunde!"

XXII.

"Engaño aun en la muerte!... ¡Algo inconcuso
Tuvo jamas la vida o tumba yerma?
¡I qué me importa lo que el vulgo iluso
Diga acaso de mí, ya aliente o duerma?
¡Cuántas veces eiñó, por torpe abuso,
De lauro una cerviz digna de merma,
I arrojó lodo infame al rostro augusto
Que alzaba al cielo rutilante el justo?"

XXIII.

Así era como el triste, del combate
Cruel ya fatigado, hacia empeño
A aturdirse a sí mismo, i, sin rescate
Posible, avalanzarse a su despeño.
No de otro modo, cuando el recio embate
De una riscosa mar, no mas ya dueño
De sus fuerzas, un náufrago ha sufrido,
Del uno al otro escollo sacudido

XXIV.

Por largo tiempo, al fin, en desahucio
De alcanzar la ribera suspirada,
Los ojos cierra, i libra todo ahucio
A la merced de la ola despiadada.
Mas aun en ese aturdimiento ilucio,
De sordo torcedor atormentada
Prosiguió el resto del nocturno jiro
El alma, sin benéfico respiro.

XXV.

Al fin con los primeros resplandores
Del alba, que los campos recordaron,
De la abrasada frente los sudores
Al aura matutina se enjugaron;
I huyendo de la mente los horrores
De negras pesadillas, le dejaron
Cobrar sus fuerzas, i el recuerdo activo
De amor i agravios le ocupó esclusivo.

XXVI.

No estuvo en este espacio mas serena
El alma de Mendoza en el recinto
De la Imperial, i con tesón le apena
De espectros ominoso laberinto.
De la memoria de Álvaro está llena
Su mente, i aunque juzga bien distinto
Haber ya el cielo su favor mostrado
Al pueblo a su valor encomendado;

Aunque a sí propio, con sutil sofisma
 Procura convencerse de que justa
 Fuera en su oríjen la vileza misma
 Con que en la fosa hundiera esa alma augusta;
 Con todo, oculto pánico le abisma,
 De cruel vaguedad, i nube adusta
 De agujeros le persigue, descollando
 El monstruo que a Lucia escudó infando.

XXVIII.

Siempre indeciso torna a preguntarse
 "Quién fué, quién fué el vestiglo que a su empresa
 De insano amor saliendo a atravesarse,
 Con aquel golpe le arrancó su presa?
 ¿Volverá otra ocasion a presentarse,
 Sin servirle de obstáculo la espresa
 Absolucion, por él ya recibida,
 De aquella enorme falta cometida?"

XXIX.

Ah! ¿porqué el cielo deja a aquesa ruda
 Raza de entes diabólicos la tierra
 Venir a perturbar? Si con su ayuda
 El rival le ofreciese una ardua guerra....
 Cuál no sería su baldon sin duda,
 Por todos ignorándose le aterra
 Un poder superior, sin que le valga
 Que a defender su Dios al campo él salga!

XXX.

Todo este discurrir de su recelo,
 A veces por él mismo despreciado
 Como ilusion ridícula, hasta el cielo
 Un momento despues exajerado,
 Hace la agitacion de ese desvelo
 A un mar asemejarse, que, alterado,
 Ya se deprime, descubriendo el fondo,
 Ya hasta las nubes se alza en fragor hondo.

XXXI.

Por último, anhelando la zozobra
Al todo sosegar de la conciencia,
I con el mismo cielo, por maniobra
Indigna procurar una avenencia,
Jura, en larga oracion, poner por obra,
Despues que el triunfo logre, su influencia
Para volver, sin mengua propia, el lustre
Que al recuerdo robó de Álvaro ilustre.

XXXII.

Juzga ya todo estorbo con astucia
Tan mísera allanado; i satisfecho
Mira ponerse con el alba lúcia
La claraboya que corona el tecl o.
Álzase entónces: harto de fiducia
Pide sus armas i se ciñe al pecho
De fino acero doble coselete
I cubre el casco su mejor almete.

XXXIII.

I miéntras que la espada toledana
I la filuda lanza requeria,
Como para burlarse de su vana
Supersticion en la tiniebla umbria,
Manda a decir a la cautiva indiana
Que si el castigo que él debe este dia
Dar a su novio, presenciar desea,
Él quiere que tal voto lleno sea.

XXXIV.

Mas a su ejemplo estando en tiempo breve
Armada la pequeña comitiva
De capitanes que seguirle debe
Al campo de la lid, su marcha activa.
I apénas los primeros rayos bebe
Del nuevo sol la torre mas altiva
De la Imperial, tornasolada en oro,
La seña parte de un clarin sonoro.

XXXV.

Al punto por las puertas del palacio,
 Cubiertos de brillantes armaduras,
 Con su caudillo al frente no rehacio,
 Se lanzan de Mendoza los hechuras.
 De calles i de plazas el espacio
 Inundando ellos van, sus aposturas
 Tan orgullosas se hinchen! tal estruendo
 Va de su paso en derredor cundiendo!

XXXVI.

Sobretudo, el semblante del caudillo
 Tanta seguridad, tan gran contento
 Va soberbio irradiando, que a su brillo
 El pueblo aplaude en raptos de ardimiento;
 I a él por Dios de la guerra, a su morcillo
 Por el bridon de borrascoso viento,
 I por ministro del excelso enojo
 Reputa de su espada el rayo rojo.

XXXVII.

I si hasta allí la duda se albergara
 En raro tibio pecho, cual la ola
 Arrebata una arista, la borrara
 La inundacion de su presencia sola;
 I aquella negra crin que dá a su cara
 Aterrorador aspecto, pues tremola,
 Del morrion descendiendo, por los hombros,
 Cual un cometa enjendrador de asombros.

XXXVIII.

Cuando de la ciudad por la gran puerta
 Allano se lanzaron a galope,
 De curioso jentío ya cubierta
 Estaba cada altura hasta su tope.
 No hai torre o mirador que vista abierta
 Dé al campo de la lid, dó no se atrope
 El jóven, la mujer, el niño, el viejo,
 Cual nunca viera popular festejo.

XXXIX.

I aun los mismos enfermos que podian
Solo arrastrar sus cuerpos con trabajo,
Con anticipacion cubierto habian
El muro, atentos a evitarse atajo.
Disputar las esferas parecian
Su poblacion al suelo; i desde abajo
Desvanecia aquel vasto hervidero,
En mil colores, del viviente otero.

XL.

Desierto lo inferior, ante el santuario
Apénas por el triunfo a Dios clamaba
Algún devoto monje solitario,
O viejo a quien la tumba ya agoviaba.
Mas en el campo sitiador contrario
Menor ajitacion no se notaba,
Pareciendo todo él un hormigueo,
Dó están ruido i tumulto en su apojeo.

XLI.

Batíanse a los vientos estandartes,
Rielaba de aceros infinito
Ondeante mar: se oía a todas partes
Relincho de bridon, guerrero grito.
Se ve que no hai un pecho en los baluartes
Ni fuera de ellos, que no aguarde ahito
De inquietud, el principio de un combate,
Donde tanto interes hoy se debate.

XLII.

Mas ¿quién es la mujer que al mismo punto
En que del pueblo el lidiador salia,
Sobre alto rebellin, al muro adjunto,
Con tristísimo rostro aparecia?
Ai! a ese aspecto, del dolor trasunto,
¿Quién en reconocer vacilaria
A la mestiza novia del cristiano
Jóven, hoy hecho combatiente indiano?

XLIII.

Desde el momento en que ella cierto supo
Que él en el campo sitiador, ya exento
De peligros estaba, i que aun le cupo
El honor de vengar el detrimento,
De su alta estirpe i del Arauco en grupo,
De indecible ventura i ardimiento
Sintió su pecho revivir al goce,
Marchito del tormento por el roce.

XLIV.

Segura a los primeros arrebatos
Del triunfo de su amor, saboreaba
Su libertad, i mil recuerdos gratos
Del probado valor de él evocaba;
Sobretudo, el laurel que sus conatos
Aquel glorioso dia coronaba,
En que dejó asombrada toda vista,
Haciendo en la gran fiesta su conquista.

XLV.

No, no es posible ofrezca el universo
Un brio al suyo igual, que la victoria
Torne dudosa un punto! Trance adverso
De él recelar, injuria cree notoria.
Mas cuándo, libre de temor diverso,
Amante corazon gozó la gloria
De la esperanza dulce tiempo largo,
I un fantasma no alzó su rostro amargo?

XLVI.

Pensó en la robustez i la experiencia
Luenga en las armas de Mendoza, i dijo:
“Ricardo aun estará de su dolencia
“Convaleciente, tras de afan prolijo!”
Temió tambien a la alta Providencia,
I que irritado el Cristo viese a un hijo
De su sagrada lei, contra un cristiano
Pueblo esgrimir impío acero insano.

XLVII.

Desde que aquesta idea, como un trueno,
Vino a aterrar su fé ya harto ardorosa,
Fué un continuo implorar con llanto i treno
El favor de la Vírjen poderosa,
Cuya sublime aparicion su seno
Un dia consoló tan amorosa.
Postrada ante su imájen, la decia:
“Yo no puedo creer, o Madre mia,

XLVIII.

“Que si agraviarte a tí o a tu hijo santo,
“Hubiese un solo instante presumido
“Él, que el juicio eternal respeta tanto,
“Cuyo fervor jamas se ha desmentido,
“No hubiese reusado con espanto
“Entrar en esta lid! Habrá creído
“Sin duda que un Señor tan justiciero
“Hoi no podria maldecir su acero.

XLIX.

“Él solo en realidad lo desenvaina
“Contra un calumniador cuyo odio injusto
“Ácia el retoño su agresion no amaina,
“Despues de aniquilado el padre augusto.
“El verá que su Dios toda accion zaina
“Odia i toda opresion fulmina adusto.
“No juzgo, pues, Señora, disgustarte
“De su triunfo en obsequio al invocarte.

L.

“I ménos cuando humilde cumplo en ello
“La órden que aquella noche tú me diste,
“En que ver merecí tu rostro bello!”
Tal era el ruego de la amante triste,
Segura que en la suerte de ese cuello
La de sus propios hálitos consiste;
I así entre la esperanza i miedo infando
Pasó toda la víspera luchando.

LI.

Tras una noche, en fin, de crudo insomnio,
Aunque ella a los principios no pensara
Ir por sí misma a darse testimonio
De los peligros de su prenda cara,
No bien el primer beso del favonio,
Halagando su frente, la anunciara
Venir la aurora del fatal certámen,
Cambió súbitamente de dictámen.

LII.

I dolorosa, indómita impaciencia
La estaba haciendo consultar consigo
Si de asistir al duelo la liceneia
Enviaria a pedir al enemigo,
Cuando llegó el mensaje que su anuencia
Se anticipó a anunciarla, atroz castigo
De sus desdenes presumiendo él darla,
A ver su cierto triunfo al invitarla.

LIII.

Como aceptase ansiosa ella la oferta
Diciendo: "Por lo ménos con mi voto
" Le iré a auxiliár, si el cielo en la reyerta
" Me condena a mirar su pecho roto,"
La condujeron temerosa, incierta,
Al alto rebellin, del cual sin coto
Todo el llano la vista recorria,
Dó la sangrienta lid se apercibia.

LIV.

Con ojos donde el sol de la esperanza
Ya ardiente luce, ya su hermoso disco
Envuelve en nube que medrosa avanza,
Cual de muerte fatídico obelisco,
Todo ella lo registra, i mientras alcanza
Al campo sitiador que surge arisco,
Cada objeto interpuesto en la llanura,
Cree va a mostrarle su astro de ventura.

LV.

Bajo su propia vista adelantaba
Entretanto Mendoza, semejante
A un jayan ominoso, que afectaba
Ir a triunfal paseo en su talante.
Del rayo armado acaso le juzgaba
Quien via flamear torva, incesante,
Su lanza reblandida, i son de muerte
De su morcillo el casco altivo vierte.

LVI.

Gran confianza ese bridon le inspira,
Por él cuidado con activo esmero,
I cual si el bruto lo entendiese, jira,
Justificarla deseando, fiero.
Con su escarceo a devorar aspira
El campo, cubre el freno ancho reguero
De humeante espuma, i vibra por el ojo
I en resoplidos el interno enojo.

LVII.

Tras breve rato de un asombro mudo,
Que en el muro causó el primer aspecto
Del jefe, el pueblo contener no pudo
Su ardor, i en vivas le mostró el efecto.
Él, respondiendo afable a aquel saludo,
Ordenó en fila a su escuadron selecto,
I como al contendor zahiriendo tardo,
Se avanzó un largo trecho sin resguardo.

LVIII.

Mas de nuevo el silencio restablece
Otra partida igual de campeones,
Que súbito los campos estremece
Saliendo de los indios pabellones.
Ni en lujo ni arrogancia desmerece
Ella de la contraria: sus bridones,
Hijos del vendaval i de la guerra,
Tan solo por el son tocan la tierra.

LIX.

Hispanas armaduras por adorno
 Revisten los apuestos adalides,
 Cuyo fulgor aglomerado, un horno
 Finje, anunciando fiestas mas que lides.
 Llenar a los contrarios de bochorno
 Diríase han querido sus ardides,
 Tanto rostros i trajes brotan gloria,
 Amagando infalible su victoria!

LX.

Al frente suyo hermoso va Ricardo,
 El ímpetu rijiendo de aquel mismo
 Rabicano corcel con que gallardo
 Señalara en las fiestas su heroismo.
 Ah! quién en conocerle ménos tardo,
 De la Imperial, no obstante el embolismo
 Que la distancia larga aun producía,
 Que su amadora, ya feliz, sería?

LXI.

Feliz desde ese punto, sí, porque ella
 En plácido arrebató figuróse
 Aun gozar de aquel día, i otra estrella
 Juzga imposible que alumbrarle hoy ose.
 ¿Qué extraño que palpíte, pues, la bella,
 I de nuevo su rostro se sonrose,
 Si cuanto él mas se acerca activo, ufano,
 Se torna su temor mas viento vano?

LXII.

Con su escolta corriendo entre el sonoro
 Aplauso que le envía cada altura
 Del campo, orlada ya por vasto coro
 De la caterva indiana, se aventura
 Ricardo, cual luciente meteoro,
 Hasta muy cerca del rival: con dura
 Mano allí su brido raudó refrena,
 I a todo espectador de encanto llena.

LXIII.

La fulgorosa espada de su cinto
Cesó de resonar: fieras se erguieron
Las plumas que en confuso laberinto
A su correr los vientos abatieron.
Alzó su lanza, i rayo bien distinto
El casco i la coraza despidieron:
Comparable él sería a Marte solo,
Si no igualara en jentileza a Apolo.

LXIV.

Tal era su apostura, i tan gracioso
Su rostro el entusiasmo i noble orgullo
Del seno reflejaba: tan undoso
Escapábase a ser del viento arrullo
El dorado cabello, harto espacioso
Para él no siendo el casco, que un murmullo
Se alzó de admiracion involuntaria
Aun al traves de la ciudad contraria.

LXV.

Mendoza, percibiendo cuál efecto
Causaba su rival, rujió de encono;
Mas éste, en cuyo pecho todo afecto,
Hacia rato ya, cediera el trono
Al vengativo ardor, ante el aspecto
De la heroica Imperial, cuyo abandono
Él iba a decidir, vencer no pudo
La réaccion de un sentimiento mudo.

LXVI.

Así, despues que dirijió al contrario,
Por único saludo una profunda
Mirada de desden, al vecindario
Los ojos convirtió, que el muro inunda.
I por cruel destino, su adversario
Tornándose a sentir, que se difunda
No le es dado impedir por su semblante,
De la amargura interna un eco errante.

LXVII.

Al cabo al rebellin llegó su vista,
Dó el palpitante objeto de su anhelo,
Ánsio por tener parte en tal revista,
Llamaba su atencion, batiendo un velo.
La sensacion entónces que le atrista,
Conviértese en dulcísimo consuelo.
¿Quién puede ser sino ella, que allí absorta
Le mira i le bendice i le conforta?

LXVIII.

Con certidumbre tal, cual por encanto
Quedábase su vista allí enclavada,
Cuando Mendoza, a quien ya pesa tanto
Inútil esperar, con voz airada:
“¿Qué es lo que miras con tan hondo espanto,”
Pregúntale, “o traidor? ¿Crucificada
“ Tienes acaso el alma en ese muro?
“ Te anonada un fatídico conjuro?

LXIX.

“Ves prepararte en él justo suplicio
El cielo vengador? ¿Hielo te imprime
Tu antigua lei, que llama a horrendo juicio
Al monstruo que en su contra acero esgrime?
Ah! no hagas de un momento desperdicio!
Rogando a un Dios tan ofendido, jime,
Ántes que hundida, en desigual pelea,
Por este brazo esa alma a lo hondo sea!”

LXX.

De su instantánea distraccion tan duro
Lenguaje saca al jóven enemigo,
I: “A lo ménos tu brazo, de seguro,
“Ministro no será de mi castigo,”
Sarcástico replica.—“En ese muro
“ Quiéres saber de qué era yo testigo?
“ Del gozo de Lucia, i cerca de ella,
“ Del rauda eclipse de tu propia estrella.

LXXI.

“De fango en negra mar se daban prisa
“ A arrojarla tus víctimas.”—“Notorio
“ Es,” repone Mendoza con sonrisa
Amarga, “que has perdido ya el sensorio.
“ Esa estrella que juzgas mi divisa,
“ Viene a alumbrar tu eterno desposorio
“ Con el infierno, a donde van, traidores,
“ Tu padre i suegro a ser tus conductores.”

LXXII.

Hasta ponerse de color de grana
Escandecióse el rostro de Ricardo,
Cuando ofensa escuchó tan inhumana,
I no hallando su voz de pronto un dardo
Harto cruel para volverla, “Vana
“ Ya es la palabra aquí,” dijo; i no tardo
Ordenó a su cuadrilla retirarse,
I a los padrinos de ambos avanzarse.

LXXIII.

Llancareu i Venegas, por quien lleno
Aqueste cargo era hoi, las condiciones
De la lid recordaron, i el terreno
Partieron i la luz a ambos campeones.
Mirándose con ojos donde el trueno
Estallar parecia, los bridones
Volvieron éstos, con opuesto rumbo,
Sus puestos a ocupar, i pendió el tumbo.

LXXIV.

Solemne fué este instante : ojos quisieran
Todo el muro i alturas imperiales
Poderse convertir: ojos la fiera
Multitud araucana en sus locales.
I la inmovilidad i muda espera
Del gran jentío se admiraban tales,
Que estatuas parecian i en el cielo
Pudiérase escuchar de una ave el vuelo.

LXXV.

No de otro modo espera el campesino,
Henchido el pecho de pavor profundo,
Estalle el huracan que ve vecino,
Vasto destrozo amenazando al mundo.
La triste incertitud de su destino
Le causa tal embargo, que errabundo
El ojo por sembrados, choza, altores,
Su vivir, solo, indica i sus temores.

LXXVI.

Mas la azarosa pausa no se alarga,
Que a los guerreros súbito provoca
La esperada señal; i no descarga
Con mas presteza del cañon la boca
La mortífera lluvia que le embarga,
No bien la ardiente mecha el cebo toca,
Que partieron, cual recios vendavales,
Con el fragor del trueno, ambos rivales.

LXXVII.

I brazos infinitos se estendieron
Por unánime impulso subitáneo,
Cuando ellos tierra i aire estremecieron
Con su choque en la liza momentáneo.
En aplausos frenéticos rompieron
Los indios, i hondo hielo simultáneo
Comprimió a la Imperial, cuando el suceso
Vió, contra toda su esperanza, avieso.

LXXVIII.

Tan seguro Mendoza se sintiera
De acabar todo a la primera suerte,
Que al rostro de Ricardo dirijiera
Su lanza, en busca de oprobiosa muerte.
Mas él se le esquivó de tal manera,
Que la acerada punta en golpe inerte
Tocando resbaló del casco un borde,
I chispas mil surtieron del aborde.

LXXIX.

I en la cabeza vacilar le hizo
 Mui débilmente. Mas su ardiente punta
 Ricardo al mismo pecho fronterizo,
 Hecho un amago ácia el semblante, apunta.
 Así el escudo interponer macizo
 No dejó al adversario la presunta
 Amenaza, i la pica, con tal traza,
 Halló espedito acceso a la coraza.

LXXX.

Cuyo empuje fué tal, bien ayudado
 Del brio del corcel, que no tan solo
 El peto le abolló, mas al costado
 El fino acero penetrando, abriólo.
 Leve herida causó; mas salpicado
 Al mirarse en su sangre, que vitriolo
 Al negror de la rabia pareciera,
 Mendoza de un rujido hirió la esfera.

LXXXI.

I miéntras uno i otro ácia su puesto
 Se restituyen, él fuego derrama,
 Desesperado por vengar cuán presto
 El dislocado orgullo de su fama.
 Mas el contrario, en desdeñoso arresto,
 Corresponde al aplauso que le aclama,
 I con sonrisa heroica va galano
 Rijiendo, cual de fiesta, el rabicano.

LXXXII.

Dóblase la atencion: todos parecen
 Temer aun respirar: todos los ojos
 De uno al otro campeon vagan i crecen,
 Tan ávidos atisban sus enojos.
 Ya éstos, ya aquellos rostros palidecen,
 Ya se les mira flamear mas rojos,
 Segun suspende o dobla su latido
 El corazon, de dudas combatido.

LXXXIII.

No bien resuena la señal segunda,
Sin precaucion Mendoza, i de ira ciego,
Se precipita, en tal certeza abunda
De arrasar todo estorbo en este juego.
Pero Ricardo, mas sereno, funda
En ese mismo inmoderado fuego
Su esperanza mayor: i su ojo listo
En el primer encuentro habiendo visto

LXXXIV.

Sobre las corvas vacilar un punto
De Mendoza el morcillo, en un momento
Comprendió, con certísimo barrunto,
Que si de su bridon todo el violento
Empuje recibia, al suelo, junto
Con el jinete iria, corpulento.
Resolvió, pues, hacer trago por trago
A éste apurar su ignominioso estrago.

LXXXV.

I en vez de procurar de nuevo herirle,
Cifró alto empeño en el segundo choque
Su lanza en desviar, i así impedirle
Que parte alguna de su cuerpo él toque.
I con el hasta propia, al embestirle,
Tal golpe a la otra dió, que su disloque
El dueño prevenir en vano quiso,
I el viento hirió mui léjos de su viso.

LXXXVI.

I pudo en salvo su corcel brioso
Ricardo avalanzar sobre el contrario
En medio la carrera. Tan furioso
Empuje su jinete temerario
Habia dado a aqueste i del fogoso
Rabicano invencible tan hadario
Le fué el encuentro, que rodó el morcillo
Seis pasos, hecho con Mendoza ovillo.

LXXXVII.

Cual si la hubiese herido vasta mole
 Lanzada de un volcan, tembló la tierra,
 I sobre el muro la cristiana prole
 Palideció, tal fin viendo a la guerra.
 Mas el campo indio aplauso tal alzóle
 A su adalid, que aun la remota sierra
 Pareció que al estrépito se hundia
 I que hondo abismo a la Imperial se abria.

LXXXVIII.

No bastó empero la índica algazara
 A que Mendoza, inmóvil, quebrantado
 Cual su corcel, del sueño recordara
 Letal, en que yacia sepultado;
 Porque del golpe la violencia rara
 Le habia las entrañas machucado,
 I sus sesos molido aun mas el hierro,
 Donde tenia la cabeza encierro.

LXXXIX.

Creyendo se iba a alzar de uno a otro instante,
 Saltó de su corcel Ricardo mismo,
 I desnudó la espada fulgurante,
 Arrojada la pica, su heroismo.
 Mas viendo al enemigo aun respirante
 Tardar en sacudir el parasismo,
 Por abreviar él propio la demora,
 Llegó a tenderle mano auxiliadora.

XC.

I en vez de aprovechar su gran conflicto,
 Le ayuda del morcillo a desprenderse,
 I con el arma corta, en duelo estricto,
 De nuevo le provoca a defenderse.
 Él, de un delirio pavoroso aflicto,
 En pié logrando apénas sostenerse,
 Con balbuciente voz, horripilado,
 “¿De cuántos soi,” pregúntale, “atacado?”

XCI.

“Ves junto a mí algun otro por ventura?”
Ricardo le replica. “Ser no puede
Sino la sombra de Álvaro, que apura
La venganza que el hijo le concede.
Ea, saca tu espada!”—Aun en pavora
Prueba él a hacerlo; mas no bien procede
A ponerse en defensa, i rebatido
El primer tajo del contrario ha sido,

XCII.

Creyendo siempre ver la atroz fantasma
De su imaginacion, pavor tan hondo
Su mente imperturbable hasta allí, pasma,
Que el corazon helósele hasta el fondo.
I respirando apénas, como el que asma
Sufre afligente, al enemigo orondo
No en retornar las embestidas piensa,
I aun malamente atiende a su defensa.

XCIII.

Retrocediendo siempre, su esclusivo
Intento parecia el evitarle,
Mientras Ricardo amenazaba activo
A abierta fuga ir pronto a precisarle.
De la imperial estrella decisivo
Era el eclipse ya, cuando salvarle
Crino resuelve, i con traicion villana
Tornar la gloria de Ricardo vana.

XCIV.

Con furiosa impaciencia, pues, dejando
La escolta de Mendoza, en la cual pudo
Enrolado salir, i dó atisbando
Hasta entónces el duelo, estuvo mudo,
Parte, cual rauda exhalacion, vibrando
Aguda pica, i con esfuerzo rudo,
Pasando al vencedor desprevenido,
Se la arroja de atras con un bramido.

XCIV.

Por bajo el espaldar, a la cadera
Apuntado iba el golpe, i parte a parte
De Álvaro al hijo atravesado hubiera,
Si su ángel bueno a desviarlo en parte,
O la paterna sombra no acudiera
En oportuno tiempo, i con tal arte,
Que el hierro a su lado hizo el detrimento
Solo bastante a proseguir sangriento.

XCVI.

Los pechos imperiales, que en el bordo
De un abismo jemian delirantes,
Vieron esta traicion, con placer sordo,
Dejarles respirar breves instantes.
Un desmayo de muerte el vil bohordo
En Lucia produjo, que poco ántes,
Los brazos debatiendo, se diría
Que loca al triunfador vuelo emprendia.

XCVII.

Mas horrendo furor, al hecho innoble,
Entre la escolta i en el campo todo
Indio estalló, que de alevosa i doble
A la Imperial rujieron el apodo.
E incapaz de tenerse aquella inmoble,
A la venganza preparado el codo,
Voló entera al traidor, que en raudo efujio,
Tras la española banda halló refujio.

XCVIII.

La cual con la ocasion no descontenta
De salvar a su jefe, a toda prisa
Al encuentro la sale, i lid sangrienta
Trábase entre ámbas haces improvisa.
Vanamente Ricardo freno intenta
Oponer a ese arrojo, en que divisa
Un retardo funesto a su victoria,
I clama que su herida es ilusoria.

XCIX.

Ya en infernal encono se embestian,
 Que a los feos apodos se aumentaba,
 Con que unos i otros sin cesar se herian,
 I ninguno sus voces escuchaba.
 Dos jefes, entretanto, que veian
 Cuán incapaz Mendoza se encontraba
 De proseguir, sin ser vencido, el duelo,
 Acuden a escudarle con su celo.

C.

Asen de él los caudillos imperiales,
 I arrástranle consigo medio oculto,
 Disfrazando a Ricardo i sus parciales
 Su movimiento, a abrigo del tumulto;
 Hasta que ellos, llegando a los umbrales
 De la gran puerta, del marcial insulto
 A los amigos retirarse ordenan
 Con los clarines que a su voz resuenan.

CI.

Como rebrama el tigre que se mira
 Arrebatat la presa de que alarde
 Estaba haciendo ya, bramó la ira
 Del jóven campeon, cuando, ya tarde,
 Advierte que el contrario se retira
 Salvo a favor de la traicion cobarde,
 I vuela, si es posible, aun dentro el muro
 A estorbarle que encuentre su seguro.

CII.

Inútil pretension! que verse envuelto
 Solo hubiera logrado por la curva
 De la escolta imperial, que ya ha revuelto,
 Mal resistiendo, a la contraria turba;
 Pues todo el indio campo, bien resuelto
 A penar la traicion, ya la perturba
 Acudiendo veloz, i hórrida guerra
 Amenazando, hasta allanar la tierra.

CIII.

Temiendo, pues, ser preso allí tenido,
Ricardo se detiene; i tras el doble
Muro todo imperial ya recojido,
Cerrado fué el porton de fuerte roble.
Llancáreu a su ejército encendido
Manda a distancia mantenerse inmoble,
I avanza ácia Venegas, cuya talla
En lo alto divisó de la muralla.

CIV.

“Ya veis que una perfidia solamente,”
Le dice, “casi exánime ha salvado
“ Vuestro representante. ¿Quién no siente
“ Que nuestro campeon de él ha triunfado?
“ Si lo negais, que salga prontamente
“ El combate a seguir! Es, pues, llegado
“ El tiempo de cumplirnos tu promesa,
“ Que de esta lid la condicion fué espresa.”

CV.

Con burlona sonrisa contestóle
Venegas: “Agradece que el combate
“ Uno ha turbado de tu propia prole,
“ Impidiéndonos hoi darle remate!
“ La Imperial puede, sin que el pacto viole,
“ Aplazar, por lo tanto, este debate,
“ I en circunstancia tal, pedir ya el premio,
“ Locura es solo propia de tu gremio.”

CVI.

Cuanto araucano oyera esta respuesta,
Sintió su pecho hervir de tanta saña,
Que en ojos i ademanes manifiesta
La hacian, i atronando la campaña.
Mas la ardiente Imperial, poco dispuesta
Ya al rendimiento que con ansia estraña
Solicítara su ánimo abatido
Poco ántes del auxilio recibido,

CVII.

Con frenético aplauso, sobre el muro,
 Las voces de Venegas saludaba;
 Que el recobrado espíritu mui duro,
 I aun vergonzoso, el pacto mismo hallaba.
 Así, mirando el tempestuoso apuro
 Con que el indio el asalto demandaba,
 Sus gritos le volvía de impaciencia,
 I le amagaba heroica resistencia

CVIII.

Con todo, inaccesible al clamoreo
 Universal, ordena al brio indiano
 Recojerse a sus tiendas Llancaqueo,
 A fin de discutir consejo sano.
 Con gran vacilacion a su deseo
 Ellos hubieron de ceder, i el llano
 Vió diversa ocasion volver sus olas
 A amagar las murallas españolas.

CIX.

Así, despues que Dios recoje el viento
 En recia tempestad descadenado,
 Por largo espacio el líquido elemento
 Tarda en perder la furia que ha ganado,
 I aun de la playa busca el detrimento,
 I al bridon remedando desbocado,
 En todo su poder a ratos bufa
 Mordiendo el freno, i con rencor se arrufa.

CX.

De los últimos fuera en retirarse
 Del campo de la lid de Álvaro el hijo;
 Quien luego que a Venegas escusarse
 Escuchó de cumplir el pacto fijo,
 Ácia el bastion en donde vió agitarse,
 Cual signo de esperanza i regocijo,
 El velo de Lucia ántes del duelo,
 Raudo acudió con amoroso anhelo.

CXI.

Entónces no mas ella del desmayo
 Comenzaba a volver al gran ruido,
 I de sus ojos el primer ensayo,
 Al volverlos a abrir, fué su querido.
 Él desde abajo hiriólos como un rayo
 De ventura, a los cielos merecido,
 I palpitante, loca de alegría,
 Ella, avanzando el cuerpo, le decia:

CXII.

“¿Estás salvo, mi bien, salvo aun de veras,
 “ I triunfador sin duda de traidores?
 “ Tú libertad me has dado; i bien ¿qué esperas?
 “ En volverme a tus brazos no demores!
 “ Ah, dueño de mi vida, si supieras
 “ Cuáles, tú ausente, han sido mis dolores!”
 Diciendo así, tendiale los brazos,
 Ánsia de asirle en ardorosos lazos.

CXIII.

Correspondiendo a aquel ademan suyo,
 Ricardo la replica: “Aun en refriega
 “ Te acaba de ganar, sí, el amor tuyo;
 “ Pero el vil contendor falaz lo niega.
 “ Ah! pues en vano yo le redarguyo,
 “ I pérfido resíteme tu entrega,
 “ Ten tú valor, i presto tus prisiones
 “ Destrozaré, a pesar de tus sayones.”

CXIV.

Dice; i comienza, en insensato aviso,
 A acometer irrealizable empresa,
 Pues del bastion al grueso muro liso,
 Para subir, resquicio busca apriesa.
 Como a animal felino le dá piso
 La grieta menor; donde ésta cesa,
 Abre su espada un escalon; su impulso
 Y a por ningun obstáculo es repulso.

CXV.

I en tanto que él al muro así se enclava
 Por llegar a su amor, no ménos loca,
 Por sobre el antepecho que la traba,
 Ella, doblando el cuerpo, le provoca.
 La dulce agitacion de ambos se agrava:
 La mano de Lucía casi toca
 Ya la del salvador; aun otro paso,
 I ella un auxilio le dará no escaso!

CXVI.

Mas súbito, o dolor! por la pujanza
 De dos furiosos brazos atras vuelta,
 Ve disiparse al viento su esperanza,
 I hondo jemido de los labios suelta.
 No mas Ricardo ver su faz alcanza,
 Que al astro de su bien mano resuelta
 Fuera del rebellin conduce en peso;
 Aunque él no cesa de subir por eso.

CXVII.

Ni su arrebató devorante afloja
 Porque vario sayon con recia lluvia
 De picas desde arriba ya le enoja,
 I mortal proyectil sobre él diluvia.
 Aquel mismo clamor que la congoja
 Espresó de Lucía, mas su rubia
 Cabeza le hace erguir, i al propio infierno
 Parece envia desafío interno.

CXVIII.

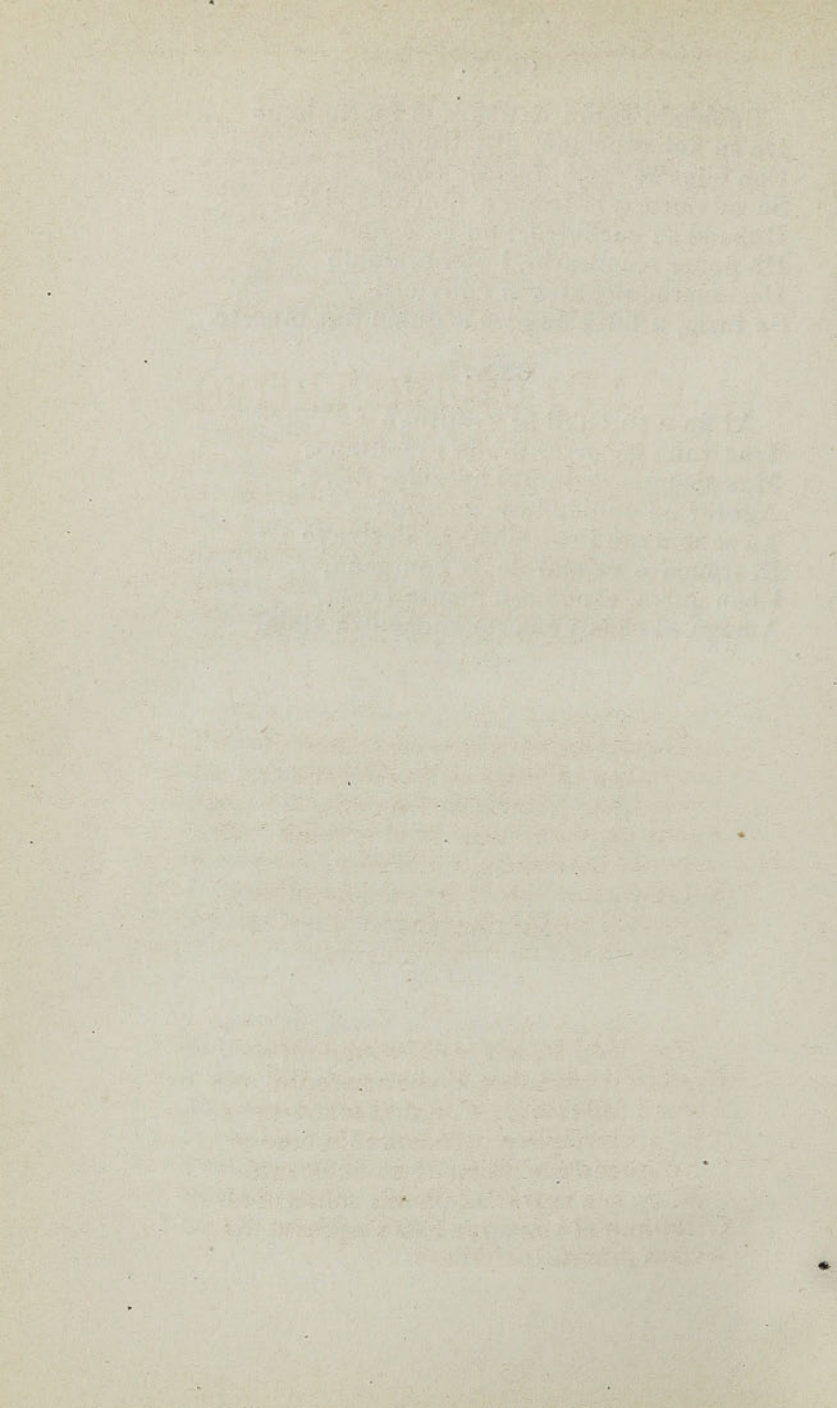
Que recibiese detrimento vario,
 Si bien leve, su cuerpo fué preciso,
 I que con numeroso partidario,
 Llegase Llancareu allí improviso
 A reprender su intento temerario,
 Para que al fin del vano compromiso
 Mal su grado él cediese, i de lo alto
 Se desprendiese de estupendo salto.

CXIX.

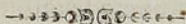
Subiendo entónces sobre el fuerte lomo
De su fiel rabicano, allí traido,
Con ellos se alejó, furioso como
Se advierte a la leona a quien ha sido
Robado su cachorro, i no ve asomo
De poder recobrarlo, i con bramido
Desesperado contra sí convierte
Su furia, a falta de otro a quien dar muerte.

CXX.

Al fin a su cubil se restituye
Tras vano recorrer prado i montaña;
Mas siempre en largos acezidos fluye,
Agotar no pudiéndose, su saña:
Ya se muerde i revuelca, ya destruye
El tronco o vegetal de la campaña,
I con garra, espumoso diente i cola,
Amaga al cielo i cuanto encuentra viola.



CANTO DÉCIMOSÉPTIMO.



I.

Apénas en su campo recojidos
Los indios estuvieron, en Consejo
Fueron por Llancareu reunidos
Todos los capitanes, dó el manejo
Imperial les espuso, i alaridos
Mil le clamaron que no mas perplejo
El jeneral asalto retardara,
Que burla tan notoria castigara.

II.

Horrendo frenesí cada semblante
Espresa llameando: a nadie arredra
Alguna reflexion: "Caiga al instante
" El pueblo que a perfidias solo medra;
" No quede a vida en él un habitante,
" Ni en sus murallas piedra sobre piedra,"
Grita aun el viejo que hasta aqueste dia
Avisos inmaturos rebatía.

III.

I en cruda indecision, de aquel torrente
El caudillo por fin fuera arrastrado,
Porque todo el ejército fremente
Su pabellon tenia rodeado,
Con fieras amenazas, insolente,
Vociferando hallarse preparado
A escarmentar cualquiera voz infame,
Que moderar quisiese su derrame.

IV.

Cuando a salvarle vino del conflicto,
En tiempo harto oportuno, un mensajero
De Paillamachu, que mandato estricto
Traia, al par de anuncio lisonjero.
Por él supieron que el gran Toqui invicto
Al rayo en fin rendido de su acero
Habia el noble pueblo Valdiviano,
Sobre él tendiendo arrasadora mano :

V.

Que el botin era rico, i componian
Su parte principal muchos cañones
I bélicos pertrechos, que venian
En hombros de robustos mozetones.
Ellos servir de la Imperial debian
Para allanar los válidos bastiones,
Por diestros artilleros gobernados,
Bajo esta condicion por él salvados.

VI.

Pues Paillamachu con el rayo mismo
Que la india libertad su fácil presa
Hiciera en otro tiempo, al despotismo
Quiere hoi hundir en perdurable huesa.
De refrenar, por tanto, su heroismo
Les torna a repetir órden espresa,
Preciosa sangre ahorrando hasta que él llegue,
I a fácil ruina la Imperial se entregue.

VII.

Con órden se calmó tan perentoria
El jeneral empuje, a la manera
Que despues que su furia repulsoria
De toda traba, ejercitó una fiera,
Si cuando anhela mas sangrienta gloria,
La voz escucha del que usada fuera
A obedecer, de súbito, aunque gruña,
Calma su impulso e inmóvil se enfurruña;

VIII.

I a mejor ocasion guardar resuelve
Su saña. Así a aplazar el gran destrozo
La hueste se resigna, oyendo vuelve
Tan fuerte el adalid, con alborozo.
Mas entretanto en la Imperial no envuelve
Al caudillo español un igual gozo,
Que, recobrado ya, siente su pecho
De rubor inundado i de despecho.

IX.

¿Cómo desconocer que el rival, cuya
Temprana edad e inesperienza habia
Despreciado orgulloso, en mengua suya
Mui superior quedara en la porfia?
Ah! quién habrá que el éxito atribuya
A turbacion mas bien que a cobardia?
¿Cómo embistió aquel hielo extraordinario
Al que jamas temiera un adversario?

X.

“¿Qué secreto poder tan formidable
Le hacia ese momento ante mis ojos?
¿Quién era aquel fantasma que espantable
Al lado suyo fulminaba enojos?
Mi honor demanda a gritos que yo entable
De nuevo aquesta lid, i los sonrojos
Sufridos vengue. . . . Pero ¿quién me afianza
Que el éxito responda a la esperanza?

XI.

“Que volviendo igual hade allí a oprimirme,
‘Cuando procure restaurar mi gloria,
Mi ignominia hoi dudosa no confirme?
O cielo! asi desprecias tu victoria!
¿Es tanta tu ambicion de confundirme,
Que aun en borrar consientes tu memoria
De aquí? Que soi mui pecador comprendo;
Mas no es tu Santa Cruz lo que hoi defiendo?”

XII.

“¿Porqué, pues, me abandonas i a un infame
Tu proteccion le prestas conocida,
Para que eterna asolacion derrame
Donde tu fé empezaba a brotar vida?
Tendré que desistir, pues, aunque clame
Soberbia aquesa grei enfurecida
Porque este duelo decision obtenga,
O bien el pacto a cumplimiento venga?”

XIII.

“¿I la reprobacion en que conmigo
Envolverá a mi causa fé tan poca?
Lo veo! El mismo horror de tu castigo
Mas i mas me confunde i mas me apoca!
¿Por qué al brazo cruel de mi enemigo,
Con socorro fatal, la mano loca
Me arrancó de los míos? Ah! por cierto
Que era mui preferible allí haber muerto!”

XIV.

Tales eran las tristes reflexiones
Con que él su humillacion propia confiesa,
I a cuyos desesperantes agujones
Crece la fiebre de su herida apriosa.
Puesto que en tanta confusion le pones,
Ricardo, ¿a qué anhelar que en él su presa
Hubiese hecho la muerte? Ah! no, tu injuria
La vida vengará con mayor furia!

XV.

En tanto que él así sufre i se ajita,
Propalan sus adictos, voz en cuello,
Que un acaso fatal solo le quita
Su frente hoi coronar del lauro bello:
Que aun todo está indeciso, que él medita,
Luego que cobre la salud, el sello
A su fama poner de una victoria
Que hunda la adversa pasajera gloria.

XVI.

Mas otros, de interes ménos activo
Movidos por Mendoza, i que de espanto
Para una nueva lid vían motivo
Del reciente suceso en el quebranto,
A la comun salud ménos nocivo
Camino señalaban, i con santo
Fervor: “Basta,” decian, “de imprudencia.
“ Hemos tentado a la alta Providencia,

XVII.

“Puesto que tan sagrados intereses,
Por cuya proteccion todos a una
Debimos dar la vida, a los reveses
Hemos espuesto de parcial fortuna.
Al cielo no iritemos, pues, dos veces,
I ya que una ocasion nos dá oportuna
De enmendar nuestro error, que este contraste
Para entender su voluntad nos baste!

XVIII.

“Aun sin mengua podemos de ese pacto
Prudentes desistir. Pues qué! ¿No ha sido
De uno de raza indiana el pérfido acto
Quien la iniciada lid ha interrumpido?
El cielo así lo quiso, porque intacto
Quedase nuestro honor: nadie ha vencido,
I terminados ya nuestros empeños,
De seguir otro aviso somos dueños.”

XIX.

De aquellos mas atentos al decoro
Español, tales eran los discursos;
I el pueblo aplauso dábales sonoro,
Clamando: “Solo exhaustos de recursos
El pacto consentimos. ¿En desdoro
Quién nos podria reprender de incursos
Porque, salvados ya tales estremos,
Un compromiso impío no acatemos?”

XX.

“¿Qué quieren los infieles, a qué aspiran?
No es a borrar de Arauco aun la memoria
De nuestra santa lei? I no conspiran
Del Rei de España a embadurnar la gloria?
Por sembrar estos campos no suspiran
De la barbarie con la antigua escoria?
I su mismo adalid no es testimonio
De que ellos son ministros del demonio?”

XXI.

“Toda promesa hecha a un traidor es nula!
Al crimen dar el triunfo atroz sería!”
Así el pueblo razona i se estimula;
Asi talvez la misma mente pía
Del venerable Obispo ya calcula,
Que ántes la indiana causa protejia,
Tanto al ojo mas noble i justo un velo
Daba aquel siglo el relijioso celo!

XXII.

En tal disposicion, pues, de cada alma,
Fué cuando Crino, cuya vil perfidia
Forjando inícuas redes se despalma,
Para satisfacer su negra envidia
I obtener del rival funérea palma,
Frustrada tantas veces a su insidia,
Nueva trama teniendo ya entre mano,
Demanda una entrevista al jefe hispano.

XXIII.

No obstante el malestar de su dolencia,
Éste condescendió, tan importante
Le hizo representar ser tal audiencia
Para el bien comunal i el suyo, instante.
Entrando pues él solo a su presencia,
“Señor,” le dijo, “sí, como es constante,
Odias de Álvaro al hijo, i te propones
Justo escarmiento dar a sus traiciones ;

XXIV.

“O si por este pueblo, al mando tuyo
Sujeto, te interesas, i en rehenes,
Contra el furor del adversario suyo,
Previendo de la suerte los vaivenes,
Quieres tener al campeón, en cuyo
Valor tanto ellos fian, con que ordenes
Dejarme solo obrar, mi fé te empeño
De entregártelo preso como un sueño.”

XXV.

—“¿Por qué modo?” Mendoza le pregunta;
I responde el infame: “Un yanacona
De tu propio servicio, dotes junta
Dignas de admiracion en su persona.
La astucia de la sierpe en sí trasunta
I de la zorra el discurrir le abona;
I con razon de merecer se engríe
Que el mas árduo proyecto se le fie.

XXVI.

“I bien: dime al presente: ¿quién ignora,
Con tanto sacrificio por él hecho,
Cuánto a su amante, tu cautiva, adora
Del renegado, tu enemigo, el pecho?
¿Crees, si van a anunciarle que ella implora,
Para salvarse de su encierro estrecho,
Su brazo protector, que la arrebate
De angustias mil al destruyente embate,

XXVII.

“I si ese mismo nuncio hasta ella acceso
 Poco árduo procurarle diestro jura,
 I aun de aquesta ciudad con ella ileso
 Sacarle a amparo de una noche oscura;
 Juzgas, repito, que en las redes preso
 De tentacion tan grata, la locura
 De su propia pasion, bajo tu mano
 No le conduzca a colocarse ufano?”

XXVIII.

“Pues bien: tan gran fortuna no te cuesta
 Sino solo asentir. Vé si es brillante
 La ocasion!”—Desrugóse a tal propuesta
 La frente de Mendoza, rutilante;
 Pues de una situacion harto molesta
 A eximirle venia, i en fragante
 Delito le ofrecia, cual castigo,
 Poder dar pronta muerte a su enemigo.

XXIX.

Así por largo espacio una sonrisa
 Siniestra el rostro le bañó; mas luego
 Volviósele a entupir, porque divisa
 Cuánto el honor repugna a questo juego;
 El honor que aun con ráfaga improvisa
 Contrasta en él de la ira el viento ciego.
 Vaciló, pues, en dar respuesta pronta;
 I ai fin, como a una idea que tramonta,

XXX.

O mas bien, al escrúpulo da cima,
 Arreglándolo todo, “Bien merece,”
 Dice, “el proyecto, que ideaste, estima,
 I el corazon tu celo te agradece.
 Pero que el sello mi sancion le imprima,
 Pendiente aun esta lid, feo parece,
 Aunque si ese traidor determinara,
 Sin que por mi orden álguien le invitara,

XXXI.

“Venir a mi hogar propio a sorprenderme,
El que a este arrojado hubiérase inducido
La la justicia le entregase inerme,
El galardón tendría prometido
Por nuestra propia ley a aquel que aduerme
A un grande criminal, ¡sorprendido
En redes hace de su mismo amaño,
Que espíe el crimen ¡se corte el daño.”

XXXII.

A tal respuesta, sonriendo Crino,
“Basta, basta,” exclamó. “Lo que he escuchado,
Presta luz suficiente a mi camino;
Lo demás todo queda a mi cuidado.”
¡Alegre retirándose el indio,
Pocas horas después, acompañado
Llegó de otro indio a las murales puertas,
Que ante ellos fueron sin tardanza abiertas.

XXXIII.

Era un *huiliche* el compañero ¡ nombre
De *Juan* tenía; cuyo horrible aspecto
Bien merecer mostraba el sobrenombre
De *Juan Mandinga*, que le dió el dialecto.
Semi-fiera tal vez ¡ semi-hombre
Parecía el retrato más directo
De la maldad ¡ el vicio, como al diablo
Nos representa un español retablo.

XXXIV.

Sus ojos daban miedo; cavernosos,
Ventanas del infierno se dirían,
¡ sus cabellos hispídos, cerdosos,
Como un bosque de dardos se esparcían.
Estrecha era su frente, ¡ los sinuosos
Labios de tantas formas cambio hacían,
Como la sierpe que en las selvas hocas
Acecha a quien prender entre sus roscas.

XXXV.

Cruzábanle en diversas direcciones
El feo rostro horrendas cicatrices,
Marcas que de sus pérfidas traiciones
Eran los signos en verdad matrices.
A devorar los mas lijeros sonos
Su oreja se avanzaba i las narices,
Estendiendo sus lados, exhalaban
La maldad que las venas rebosaban.

XXXVI.

Contrahecho era todo él; pero no obstante,
Este vestíglo, en comenzando su obra,
Tan humilde tornábase e insinuante,
Que nadie sospechaba atroz maniobra.
Digna de compasion su repugnante
Fealdad sabia hacerse, i sin zozobra
Arrastraba la víctima al estrago
Cierta dulzura de su acento vago.

XXXVII.

Su poder la voz era, verosímil
Sabiéndolo hacer todo, i el estilo
Siempre usando oportuno: no disímil
Del fiero monstruo habitador del Nilo,
Que con llanto, al de tierno infante símil,
Arrastra al imprudente el crudo filo
A probar de su diente, en grave daño
Recompensando a la piedad su engaño.

XXXVIII.

Llegado, pues, con este personaje
A la puerta imperial, de él despidióse
Crino; i saliendo el seductor salvaje,
Al campo sitiador aproximóse.
Con grande precaucion entre el ramaje
De la ribera oculto deslizóse,
Los ojos evitando de cualquiera
Que conocer su rostro él presumiera.

XXXIX.

Por medio al fin de un jóven a quien pudo
 Persuadir ser un tránsfuga obligado
 A huir de la Imperial por trato rudo,
 I en causarla un gran mal interesado,
 Llamar hizo a Ricardo, que al hojudo
 Escondrijo a buscar vino al malvado,
 Solo, i oyó con intereses veloces
 Emanar de sus labios tales voces:

XL.

“Salud, noble hijo de Álvaro! En mí viendo
 Un araucano estás, que tiempo largo
 Ha servido a Mendoza, mereciendo
 Su confianza i mas de un árduo encargo;
 I aunque triste es decírtelo, comprendo,
 No pocas veces aun de espía el cargo.
 Por esto en la Imperial a toda hora
 Entrar, salir, yo puedo sin demora.

XLI.

“I basta que mi nombre yo pronuncie
 A cualquier guarda, acompañado o solo,
 Para que a otras preguntas él renuncie
 I me deje pasar sin temer dolo.
 Ahora es preciso que tambien te anuncie
 Que si en tantos servicios acrisolo
 Mi adhesion a Mendoza, no ha bastado
 Ella para ser de él mejor tratado.

XLII.

“I agravios bien recientes que no habia
 Tal celo merecido ciertamente,
 El amor dulce de la patria mia,
 Que con este aguijon el alma siente
 Del sueño despertar i abrirse vía,
 Como un remordimiento bien ardiente;
 Con todo esto, ademas, la piedad suma
 Que tu novia me causa, al ver la abruma

XLIII.

“Ya imponderable sufrimiento i llanto
En su dura prision, me han inducido
A prestarla un servicio, en que adelanto
El tenerte a tí mismo agradecido;
A tí, por cuyo bien yo, que levanto
Contra tu contendor aborrecido
Ya el único pendon que a un indio asienta,
Es natural que simpatía sienta.

XLIV.

“Tú, ofendido por él, ¿no has aspirado
Su sangre a beber toda en mortal lidia,
I de tu brazo al fin no le ha salvado
La sola intervencion de aleve insidia?
Arauco de su afecto no te ha dado
La mas insigne prueba, sin envidia
Cediéndote a una voz la honra suprema
De sostener su causa en liza estrema?

XLV.

“¿Qué mas motivos, díme, un araucano
Pudiera aun esperar para adorarte,
I procurar al seno tuyo ufano
Restituir la que supo interesarte,
Astando tambien así al tirano,
A tiempo que mi enojo de él se aparte,
Un golpe que el recuerdo, estoi seguro,
De mí al ingrato dejará mas duro?

XLVI.

“Ve qué resuelves, pues. Si no me engaño,
El rostro de tu amor tú mismo has visto
Recientemente. Al ponderar su daño
Tú juzgarás si de lo cierto disto.
Cada dia él la aflije mas hurano,
Ya porque fiel burló vario imprevisto
Asalto a su pudor, ya porque en ella
Aspira a castigar tu buena estrella.

XLVII.

“Sin venir a implorar hoy tu socorro,
 Ya habrías a tus brazos yo traído;
 Pero vencer el malhadado engorro
 De su desconfianza no he podido.
 Solo viéndote a tí, de riesgos horro,
 Por mí hasta su presencia conducido,
 A favor de un disfraz, querrá ella al cabo
 Dar con la fuga a su tormento acabo.”

XLVIII.

Rabia i dolor al par que una sorpresa
 Tan agradable como no esperada,
 Causó del vil huiliche la promesa
 Al jóven español, pues de su amada
 Vió en tal discurso sin disfraz espresa
 La causa de afliccion significada
 Por ella misma en su entrevista breve
 I la asechanza del caudillo aleve.

XLIX.

I al propio tiempo a su amoroso celo
 Una ocasion se abria venturosa
 De salvar a la triste de su duelo
 I del peligro vario que la acosa;
 Pues la hora en que arrasada por el suelo
 Ha de ser la Imperial, ve presurosa
 Él acercarse. Paillamachu ufano
 De llegar acababa al campo indiano,

L.

Trayendo cuantas hordas asolaran
 La mísera Valdivia; i a gran priesa
 Cautivos bien espertos le preparan
 Cuanto cañon hiciera allí su presa;
 I varia batería al pueblo encaran,
 Aun harto ajeno de tan gran sorpresa.
 Cuántos motivos para que él repulsa
 No dé al hado felice que le impulsa!

LI.

¿Puede seguro estar que en el conflicto
Postrero i su sangrienta destemplanza
Algún ultraje atroz no sea inflicto
A su amor por terrífica venganza?
Pero si de recelo tanto afficto,
Arde por aceptar, la lealtanza
Quién le asegurará del indio ignoto,
Que se le brinda a realizar su voto?

LII.

¿Cómo podrá saber si un vil no sea
Traidor, que del rival la saña cruda
Para atraerle a alguna red emplea?
Después que en brazos de esta amarga duda
Algún espacio, sin ver norte, olea,
Al fin resuelve reclamar la ayuda
De Millalauco, su entusiasta amigo,
I vuela al campo a traérsele consigo.

LIII.

Entrambos nuevamente examinaron
Al huiliche falaz; mas tan serena
La faz, la voz tan firme le encontraron
A todas sus preguntas; dió tan plena
Salida a cuanta especie le objetaron
Con diestrísimo ardid, i en fin, con vena
Tan feliz describió su hipocresía.
La causa que a Mendoza odiar le hacia;

LIV.

I cuán de veras recobrar la gracia
Ansiaba de los suyos, con servicio
Notable acreditando la eficacia
De su arrepentimiento, que artificio
Cesaron de temer; i la falacia
Cerró a la duda el último resquicio,
Los medios relatando con que a efecto
Llevar se proponia aquel proyecto.

LV.

Tal áspid venenoso, ántes que clave
Su mortal aguijon a quien le hospeda,
Al rededor del cuello, en jiro suave,
Volviendo i revolviendo se le enreda;
I así inocente aparecerle sabe,
Así el halago del amor remeda,
Que solo al recibir súbita muerte,
La víctima infeliz su engaño advierte.

LVI.

Por cauta i por prudente que presuma
Ser la sinceridad, si ella entra en lidia
Con la aleve ficcion, al fin la bruma
De un duelo de asechanzas la fastidia.
Ve que no hai medio de eximirse, en suma,
Al despótico albur de una perfidia;
Con tan igual arreo se engalana
De la verdad la adulterina hermana!

LVII.

Sométese por tanto al rigorismo
Con que el mal, por un hado injusto, impera,
I déjase llevar, ora un abismo
O su esperanza encuentre en la carrera.
I, sonriendo en tanto el despotismo
Del falaz conductor, no el curso altera,
Porque tal vez la misma desfianza
De que triunfó, le excita a la venganza.

LVIII.

Mas cuando el mal huiliche convencido
Al mismo Millalauco hubo, una lucha
Entre los dos amigos, sorprendido,
Trabarse vió con insistencia mucha.
Cual si en vez de peligros, el partido
Fácil gloria ofreciese, él los escucha
Para sí reclamarlo cada uno
Por largo tiempo, sin ceder ninguno.

LIX.

Como al fin Millalauco propusiese,
 Cual medio de avenencia, al fiel amante,
 Que ofensivo juzgaba que él quisiese
 En tal empresa ser su reemplazante,
 Al ménos ir con él le permitiese,
 El vil traidor, a quien un solo instante
 Proceder no inmutó tan jeneroso,
 Rechazó tal propuesta presuroso.

LX.

Ir con uno o con otro indiferente
 Era para él; mas con los dos sería
 Acuerdo a la verdad tan imprudente,
 Que, incierto el resultado, él desistia.
 I convencerlos pudo fácilmente,
 Pues nuevo testimonio parecia
 De su sinceridad, así prestarse
 Con el uno u el otro a acompañarse.

LXI.

Cada vez por lo tanto mas seguros,
 Concertaron con él el sitio i hora
 Donde, no léjos de los altos muros,
 De la próxima noche protectora
 Al favor, ellos esperar oscuros
 Debían que su audacia previsorá
 De Álvaro al hijo a conducir viniese,
 Así que el sueño a la Imperial cubriese.

LXII.

En seguida el traidor nuevas protestas
 Vertió, i hasta la noche adios les dijo;
 I riendo partió de las propuestas
 I elojios que arrancó de Álvaro al hijo.
 Mas en las horas, por demas molestas,
 De un inquieto aguardar, su afan prolijo
 El uno i otro amigo algo distrajo,
 Viendo al reedor hervir marcial trabajo.

LXIII.

I no sin que fatal presentimiento
De cuando en cuando, cual vestiglo triste,
Quizá enturbiado hubiese su contento,
De sombra al fin el campo se reviste.
Callando a todos el riesgoso intento,
Desde ántes que el sopor, de cuanto existe
Tomase posesion, ellos marcharon
I en las propuestas matas se ocultaron.

LXIV.

No daba claridad ninguna estrella,
Pues sobre la ciudad, el campo i rio,
Desde que el sol substrajo su luz bella,
Niebla espesa estendió su manto frio.
Mui luego ni el fogon léjos destella
Del campamento indiano, i el umbrío
Cáos parece confundirlo todo,
I apénas runfla el aire cual beodo.

LXV.

Tras larga espera i silencioso acecho,
Donde, cual dos sabuesos que atisbando
La presa están, del uno i otro el pecho
Saltaba, al menor ruido palpitando,
La seña convenida, entre el helecho,
Escucharon al fin, i contestando,
Adelantóse el mal huiliche i dijo:
“¿Estais dispuesto ya?” de Álvaro al hijo.

LXVI.

“Todo al presente a nuestro auxilio acude.
En hondo sueño la ciudad se empoza;
I está a mi discrecion, nadie lo dude,
Franco el palacio mismo de Mendoza.
Solo vela algun guarda, a quien yo pude
De tal modo embaucar, que se alborozar
Con la oportunidad que le concedo
De contribuir a mi profícuo enredo.

LXVII.

“Juzgan que de su jefe a la presencia
Yo voi a conducir un indio adicto,
Por cuyo medio i favorable ajencia
Salvará la Imperial de su conflicto.”
—“Vamos, pues!” replicó sin renitencia
Ricardo, disfrazado con estricto
Arreglo a la instruccion que el vil salvaje
Dádole habia, en araucano traje.

LXVIII.

Mas a tiempo que el guía, con él junto,
La marcha iba a emprender, tan poderoso
De Millalauco el lúgubre barrunto
Se levantó en su pecho temeroso,
Que con un arrebató, fiel trasunto
Del de una madre que al abismo undoso
Ve ir a fiarse su mas cara prenda,
Abrázale, i al lloro dando rienda,

LXIX.

“Mucho por tí yo temo,” le repite.
“Por lo que mas estimas aun te ruego:
Marchar en lugar tuyo me permite;
Que si una vil traicion cubre este juego,
Difícil no será que el daño evite
Yo, cuya vida ofrece a su odio ciego
Bien flaca utilidad, miéntras tu muerte
Brinda al contrario el interes mas fuerte!”

LXX.

I como el español redarguyera
Su insistencia tenaz con tiernas voces,
Volviéndose al traidor, que inquieto espera,
I en él miradas enclavando atroces,
Como si entre las sombras pretendiera
Herirle con sus rayos, “No conoces,”
Le dijo, “tu suplicio cuál sería,
Si tramases aquí una alevosía!”

LXXI.

“Aunque al confin del orbe te alejaras
Huyendo mi furor, o en lo mas hondo
De los abismos salvacion buscaras,
Yo sabria seguir tu rastro hediondo,
Aun fuera de este mundo no encontraras
Donde poder lisonjearte orondo
De haberme impunemente arrebatado
Al dulce amigo, de mi pecho amado!”

LXXII.

Sobre la frente del traidor batia
Un agudo puñal, tal prorrumpiendo,
Mientras éste en la sombra irradiar vía
Sus ojos i la daga, en sí riendo;
I ufano de su triunfo, “al fin” decia,
Venis? o al punto mi retorno emprendo,
Pues no mas sufriré que tanto ultraje
Sea de tal servicio único gaje!”

LXXIII.

A tal reconvencion, dábase prisa
Ricardo del amigo a desprenderse;
De Millalauco empero, aun indecisa,
El alma rehusaba someterse;
I a pocos pasos de ellos su pesquisa
Siguió hasta el muro, como suele verse
La madre no cesar su amante prueba,
Mientras al hijohasta el bajel no lleva;

LXXIV.

I aun despues en la playa continúa
Rastreándole su vista, envuelta en lloro,
I entre guardar su soledad fluctúa
O al cuidado volar de su tesoro,
Hasta que al fin la nave se atenúa,
I hunde su lona en horizonte loro.
Tal vélos Millalauco del gran muro
Llegar bajo el abrigo mas oscuro,

LXXV.

I llamar allí Juan un centinela,
Que respondió, i la puerta a breve rato
Rodar sobre sus goznes, sin cautela
Ingreso a ámbos a dos dando inmediato.
Casi él entónces en pos de ellos vuela,
Obedeciendo a un súbito arrebató;
Que al volverse a cerrar sobre el amigo,
Creyó le hundia en sepulcral abrigo.

LXXVI.

Cubierto el corazon de grave peso,
Quedóse al fin afuera, silencioso
Rogando a la amistad por un regreso,
Que en vano aguardará su pecho ansioso.
Mas aunque activo el devorante acceso
Crezca de su inquietud, breve reposo
Me pide aquí la voz, i a su exijencia
Quiero ceder, lector, con tu licencia.

CANTO DÉCIMO OCTAVO.



I.

Amor, sublime amor! Grande misterio,
Que indescifrables al mejor sentido
Presentas los prodijios de tu imperio
I eres de Dios tan solo comprendido,
Si algun dia a tu dulce cautiverio
Mi cuello se ha encontrado sometido,
Ese tiempo es solaz de mi memoria,
Como un oasis de entusiasmo i gloria!

II.

Yo sé bien que a tu influjo soberano
Se debe cuanto grande i jeneroso
Sublima al cielo el corazon humano
Del polvo en que se arrastra ignominioso:
Sé por la historia que se jacta en vano
El oro, tu rival mas poderoso,
En tiempos degradados de abatirte,
Porque nada es capaz de destruirte!

III.

Tú eres fuente de vida, i para el mundo
Autor de toda dicha: el sentimiento
Por excelencia: vivo sol, fecundo
No ménos que el que ilustra el firmamento.
Tú allanas el abismo mas profundo;
No hai para tí barreras, e instrumento
Quiso el mismo Criador de paz hacerte
I perfeccion para la humana suerte.

IV.

Bajo cualquiera nombre que te llame,
Primer regulador siempre te admiro :
Con el de *Caridad* ya te proclame
La lei cristiana centro de su jiro :
Ya tu invencible influjo se derrame
Sobre una madre tierna; ya al suspiro
Primero de dos seres que han de unirse,
Los hagas en una alma confundirse.

V.

Quiero cantarte, amor; mas no midiéndolo
Por el vil interes tu impulso moble,
No a la subhasta tu fervor poniendo,
Cual lo practica nuestro siglo innoble;
Sino sencillo i sin doblez siguiendo
El jeneroso instinto de alma noble,
Que indagando no va en el dueño amado
El mas o el ménos de un fulgor prestado.

VI.

Solo éste es el amor que, a semejanza
De la madre que al riesgo mas terrible
Por salvar a su prenda se avalanza,
Al miedo, como un héroe, inaccesible,
Gozo exquisito, en vez de pena, alcanza
Sacrificando todo bien posible
Al ánjel puro en quien cifró su anhelo,
I es en la tierra su esclusivo cielo.

VII.

Así Ricardo amó: no en un pomposo
Palacio halló a Lucia: una cabaña
En el centro de Arauco, un bosque umbroso
Daban abrigo a aquesa flor estraña.
Su sola dote un corazon hermoso
I la inocencia su única compañã
Era, i por padre un jefe ella tenia
Que en sed de sangre castellana ardia.

VIII.

I aun ántes de saber que tan injusta,
Su nombre a eterno oprobio condenando,
De sí su jente le alejaba adusta,
Se enterneció de Alpina al eco blando.
¿Cómo estrañar si fuerza mas robusta
Ha ido por dias tal pasion cobrando,
Ante el vario aguijon que le ha hecho en ella
Ver vinculada su futura estrella?

IX.

Vedle, pues, hoi en jeneroso exceso
De afeccion, cuál se interna ya, desnudo
De todo sobresalto o contrapeso,
Por el pueblo en su contra mas sañudo!
Al principio no advierte a su progreso
Ningun estorbo, i el reposo mudo
De la ciudad, a proporcion que avanza,
Parece mas propicio a su esperanza.

X.

Solo un raro custodio el paso cubre,
De tarde en tarde, cuyo activo celo,
Así que Juán se nombra, no descubre
Con mas indagacion ningun recelo.
Desierto lo demas, no hai quien lucubre;
Silencio i sombra tal cobija el suelo,
Que el eco hace sonar su leve huella,
I apénas aperciben turbia estrella

XI.

De la niebla al través, como distante
Tea que anuncio infausto dar quisiese;
I en sucesion su bulto amenazante
Callado erguir cada edificio vése.
Tras un rato de marcha, por delante
De Mendoza el palacio les ofrece,
Dominando una plaza, su gran mole,
Sin que el silencio allí mas ruido viole.

XII.

Hallábase la puerta solo junta,
Reinando tal descuido en apariencia,
Que Ricardo temió i tentó la punta
De un oculto puñal, no sin vehemencia.
Pareció al fin un guarda, i su pregunta
Satisfecha por Juan, franca licencia
Les dió de entrar. Mas de Álvaro al fiel hijo,
Notado su ademan, el traidor dijo :

XIII.

“Van a cesar en breve tus temores ,
Pues de Mendoza en la morada estamos,
I voi a presentarte a tus amores,
Para que ya esta empresa concluyamos.”
Atravesando luego corredores
I varios pasadizos, dos reclamos
Hizo a la aldaba de pequeña puerta,
A un empuje de él mismo pronto abierta.

XIV.

Hé aquí el aposento que aprisiona
A Lucia: está sola: entra, i no lerdo
Salte a ceñir del triunfo la corona,
Que ella te espera por mi aviso cuerdo;
I con cuanta asistente la cauciona,
Para su salvacion estoi de acuerdo.”
Ricardo a questo oyendo, silencioso
De emocion palpitaba i receloso.

XV.

I del traidor la mano recio asia
Ántes de entrar, a fin que no se aparte
De él si le engaña, porque vió queria
Esperando quedar de aquella parte.
Mas no bien asomádose él habia
A la entreabierta estancia, cual por arte
De encanto su recelo disipóse,
Ai! por bien poco, i rauda avalanzóse.

XVI.

¡Cómo injuriar mas tiempo con su duda
La buena fé del guía, si él ha visto
A su amor que no duerme, i aun en muda
Postracion implorando está a su Cristo?
Ella el marchito rostro, donde aguda
Su pena se retrata, ha vuelto listo
Al rumor de la puerta, demostrando
Que en sobresalto hallábase esperando.

XVII.

En un momento al seno, como loco,
La estrecha ya Ricardo, i: “Dulce dueño,”
Clama, “la dicha que hace tanto invoco
Se cumple en realidad? ¡No es falaz sueño?
Eres tú misma, tú? ... Ah! que bien poco
Yo lo esperé, ni entrando en este empeño;
Tan incrédulo torna la desdicha!
Cuán bien merece quien me dá tal dicha!”

XVIII.

“Ai,” respondióle con dolor profundo
Lucía, i en sollozos prorrumpiendo
De desesperacion. “Tú que en el mundo
Eres el solo bien que yo comprendo,
Piensas que sin placer de tu iracundo
Enemigo mortal hoi me estás viendo?
Que no es él mismo quien aquí te llama
Para perderte con horrenda trama?”

XIX.

“Ah! qué has hecho, mi amor, qué has hecho? Huye!
Si aun es tiempo, ai de mi! Te han engañado
I talvez ya la muerte te circuye!
La burla has sido de un traidor malvado.
Huye, o si no, mi vida aquí concluye,
Pues tu riesgo me mata!”—“Me han burlado,”
Dijo Ricardo, “i ella lo sabia!”
“Lo he presumido,” replicó Lucía.

XX.

“Presumídolo, si, con razon harta,
Porque Juan no hace mucho a verme vino
I de protestas entre aleve sarta,
Que iba a traerte a mis brazos me previno.
Sabes quién es? De Crino no se aparta,
De monstruo tal satélite bien dino!
I no hai doblez en que él no prevalezca,
Ni álguien aquí cuyo odio no merezca.

XXI.

“Al principio dudé crédito en darle,
Mas con certeza tanta él me repuso,
Que hube de comenzar a suplicarle
No hiciese de tu amor indigno abuso.
Ví una feroz sonrisa circularle
Súbito por el rostro, i un acuso
Allí de la traicion. Ruegos entónces
Probé, capaces de ablandar los bronces.

XXII.

“Por lo que mas amase supliquéle
De nuevo que a su intento renunciara;
Con brillantes promesas excitéle;
A sus piés me arrojé, por si abrigara
Un sentimiento humano! Mas no duele
Nada al cruel, i me dejó apurara
La desesperacion! a toda prisa
Huyendo, siempre con su aviesa risa.

XXIII.

“Quise entónces buscar algun conducto
Para informarte en tiempo; probé varios,
I siempre el desengaño fué el producto,
Desengaño mortal! . . . sí; tus contrarios
Tenian bien cerrado ya el reducto
De su maldad: solo ellos operaries
Hallaban, i el terror tornó de hielo
Cuanta alma yo imploré para mi anhelo.

XXIV.

“Ninguno se ha atrevido a ir a advertirte,
A Mendoza temiendo; i ya tan solo
El cielo me quedó para cubrirte
Del efecto fatal de tanto dolo.
De cuánto ruego, no podré decirte,
He cercado a mi Dios; pero no oyólo
Él, ni ha acudido a mi infeliz deseo
Su santa madre, pues aquí te veo!”

XXV.

Diciendo así, los brazos se retuerce
En mortal agonía; a cuyo punto
A la parte exterior se oyó estenderse
Horrible carcajada, fiel trasunto
Del gozo de un demonio, cuando ejerce
Su garra en un culpable ya difunto.
Ricardo, al escucharla, hondo rujido
Exhaló de su pecho enfurecido.

XXVI.

I esgrimiendo el puñal, avalanzóse
Ácia la puerta; mas no halló alma viva,
Que el mismo conductor desaparecióse
De donde prometió su espera activa.
Un gran silencio reina, aunque conoce
Ser su desgracia ya bien efectiva,
I tornándose adentro: ¿Has escuchado,
Dijo a Lucia, o bien yo he delirado?”

XXVII.

“Es sobrado verdad,” replicale ella,
 “Sonó esa risa i hasta ser de Crino
 Me ha parecido!”—“De ese cuya huella
 Viene a cruzarse siempre en mi camino,
 I a quien salva por siempre injusta estrella!”
 De dientes esclama él con un rechino;
 I luego, con mas calma, así prosigue:
 “Veo el hado cruel que me persigue.

XXVIII.

“Con el auxilio solo del infierno
 Pudo aquese traidor haber burlado
 Aun las sospechas de mi amigo tierno!
 Mas nadie aun signo de moverse ha dado.
 La arma que en este brazo yo gobierno,
 Pudiera paso abrirnos, dueño amado. . . .
 Me hallo capaz de todo. . . . i si deliro,
 Dichoso al ménos, si a tu lado espiro!

XXIX.

“¿Te atreves a seguirme?”—“A dó me lleves,”
 Clama ella entusiasmada, “pues delante
 No hai mas que perdicion, temer no debes
 Que ningun riesgo ni terror me espante.
 No lograrán siquiera los alevés
 Impedirme morir junto a mi amante;
 I si nos niega aquí Dios todo efujio,
 Sea su cielo al fin nuestro refujio!”

XXX.

“Ven, pues, i ya no mas nos separemos,”
 Dijo él; i caminando, con ardores
 A su seno estrechábala supremos,
 Por aquellos sombríos corredores.
 “¿Sabes tú la salida a dó debemos
 Dirigir nuestros pasos voladores?
 La profunda tiniebla me ha impedido
 A mí reconocer por dó he venido.”

XXXI.

“Supongo,” ella repuso, “que no diste
 La puerta que al primer patio dá acceso....
 A ella hemos llegado.... Mas resiste”,
 Agrega, al empujarla sin suceso.
 Ricardo entónces a la puerta embiste
 Con tal vigor i formidable peso,
 Que el recio roble i cerradura cruje,
 Aunque rechaza inmóvil el empuje.

XXXII.

Al punto, tras aquella firme roca,
 Segunda vez la carcajada horrible
 Se mofa de su angustia i la provoca,
 Causando al jóven crispacion terrible.
 “Perdidos sin remedio!” esclama loca,
 Con un acento apénas perceptible
 I balbuciente de terror, la amante,
 Pues coaguló su sangre aquel instante.

XXXIII.

Reiterada su inútil tentativa,
 Ricardo preguntó, de ira temblando:
 “¿No hai ningun otro efujio?”—I con voz viva
 Ella le contestó, reflexionando:
 “Sí, sí, mi bien, acaso yo te exhiba
 Por dónde puedas tú, listo salvando
 Los muros interiores, evadirte.
 Sígueme, que allá voi a conducirte.”

XXXIV.

I con una esperanza ¡ai Dios! bien leve;
 Mas en la cual su anhelo todo funda,
 Porque ¡cómo estrañar si cieno bebe
 Aquel que en mar de combustion se inunda?
 Arrastrando a su amor, la planta mueve
 Del huerto ácia la parte mas profunda,
 Veloz, por luz interna iluminada
 I por májica fuerza reanimada.

XXXV.

Ricardo obedecía al suave impulso,
 Empero a su pesar, i bien resuelto
 A preferir la muerte a verse espulso
 De ella otra vez i, sin salvarla, suelto.
 Mas ya ella, por las sombras, con tal pulso
 Marchando i lijereza, cual si envuelto
 Todo estuviere en luz del mediodia,
 Al fin de un corredor llegado habia.

XXXVI.

Allí, con un esfuerzo no liviano,
 Otra puerta empujó; mas de igual medo
 Cerrada estaba i remecióla en vano,
 I las fuerzas faltáronla del todo;
 Pues tal su excitacion fué, que temprano
 Ella alcanzó su superior periodo,
 I relajados los vitales lazos,
 Del tierno amante desmayóse en brazos.

XXXVII.

Al ver que de su seno los latidos,
 Que poco ántes él mismo, ola tras ola,
 Sintió correr a golpes repetidos,
 Cesaban de escucharse, en peso alzóla:
 Condújola, exhalando mil jemidos,
 A su propio aposento; colocóla
 Sobre el lecho, i llamábala azorado,
 Inspirando su aliento al rostro helado.

XXXVIII.

Así suele aflijirse una paloma,
 Cuando plomo cruel riesgosa herida
 Causó al querido esposo: en tierno idioma
 Le habla, jirando en derredor perdida.
 Ya acecha si un indicio fausto asoma,
 Ya le prueba a infundir la propia vida
 Con su ala cobijándole, i su duelo
 Parece lamentarse al mismo cielo.

XXXIX.

Al afan de Ricardo i triste acento,
Tornó Lucía al fin con un suspiro,
I viendo que su brazo aun le es sustento,
“Todavía, mi amor, aquí te miro!
Ai! parte, parte, sin perder momento,”
Esclama con terror. “Mas ai! deliro,
Olvidando que todo escape ahora
Ya te ha cerrado su crueldad traidora!”

XL.

“Aunque alguno quedara,” él la responde,
“No partiria yo para perderte!
Moriré, si morir me corresponde:
Harto he arrostrado ya la injusta suerte.
Mi rostro de Mendoza no se esconde:
Que venga cuando guste, ufano i fuerte
Con su perfidia, i que a su triunfo adorno
Los viles dén, de que se ciñe en torno!”

XLI.

“Le espero sin que mas raudo palpite
El corazon. Me trajo la esperanza
De reportar, salvándote, un desquite
De sus excesos, cuando no venganza.
Realizar mi ilusion no me permite
Un hado, cuyo horror siempre me alcanza,
I un abismo me ofrece en cuanto intento!
Pues bien! Aun esta vez no me arrepiento.

XLII.

“Verte, abrazarte por la vez postrera
Al ménos he logrado, i esta gloria
Comprada a caro precio no creyera,
Pena sufriendo aun mas espíatoria
Que la muerte quizá que a mí me espera!
¿Qué es la muerte, mi bien, si de victoria
Entonar puedo el himno cuando espire
Sobre tu seno i sollozar te mire!”

XLIII.

“Hábla, háblame tú con ese acento
Que tanto ansiaba oír, a mí mas grato
Que el susurrar de embalsamado viento.
Anúncieme él un cielo ya inmediato;
I mi alma se deslice al firmamento
A la blanda inflexión de su arrebató.
Cifre un momento, en fin, la dicha toda,
Que la noche debió de nuestra boda.

XLIV.

“¿No encuentras que es bien dulce esta amargura?”
—“O Ricardo, Ricardo, me estremecen
Tus voces. ¡Cómo puede haber ventura
Donde los astros nuestros palidecen;
Cuando amenaza tu garganta pura
La sangrienta segur, i crecen, crecen
Las ondas del abismo que nos traga?”
—“Oh! deliquio suavísimo me embriaga!”

XLV.

“En desafiar la muerte yo sabia
Que encontraba el valor su complacencia;
Mas que fuese un deleite aun no entendia
Verla junto a su amor tras larga ausencia.
Solo por tí yo amé la vida mia,
I vale este momento una existencia!
Mendoza demorándose, sin duda,
Se esfuerza mi agonía a hacer mas cruda.

XLVI.

“Ignora el insensato cuál se engaña,
Cuán envidiable calma es la que gozo!”
I vertiéndose así, su rostro baña
En realidad tan vívido alborozo,
Cual si de un cielo perspectiva estraña.
Gozase cada vez mas sin embozo,
E irradiando a Lucia su contento,
La transfirió su propio sentimiento.

XLVII.

Tambien ella sintió cuánto inefable
Tenia aquel dolor, i ya anhelosa
De disfrutar su ráfaga adorable,
Se olvidó de la suerte rigurosa;
I al tierno beso, a la caricia afable
Correspondiendo alegre i temblorosa,
En lago de delicias se bañaba,
I a su amante frenética estrechaba.

XLVIII.

I “estos momentos, ai! serán mui breves”
Decia, “si esperar así a la aurora
Siquiera nos dejasen!”—“Tú los debes
Aprovechar en repetirme ahora
Lo que a hacer por tu amor, mi bien, te atreves;
Porque es dulce decirse en esta hora
Lo que se dice al coronar su llama,
Un grupo a quien pasion voraz inflama.

XLIX.

“Yo las iras, por tí, de España arrostro
I combato a mi lei. . . . Mas no, que miento!
No debo con mas crímen darme en rostro,
Que aquel de que me acuse mi tormento.
Yo ante la excelsa voluntad me postro.
Oigo su voz i perdonar me sientto,
I este perdon a tí sola es debido,
Que su apóstol mejor habrias sido!”

L.

—“No lo dudes, mi bien, Dios nos aguarda
En su etérea mansion; i me figuro
Las delicias suavísimas que guarda
Su favor, presentir, i las mesuro.
Oh! que haya muerte tan feliz, que tarda
Nos llegue a parecer! Un dulce apuro,
Una ánsia sientto de emprender cuánto ántes
Esa vía, en tus brazos rutilantes.

LI.

“Cuán bello es morir juntos! Desafío
Todo el cruel rigor del adversario.
Tú eres mi esposo, el solo esposo mío,
I unidos perecer es necesario....”
Llegó con tal coloquio el desvarío
Tan hondo a ser, i el mundo su escenario
Abandonó a tal punto, que no oían
De pasos el rumor que ya venían.

LII.

¿Qué les importan bárbaros sayones,
Ni ese fragor de aceros que se escucha?
Amor, tú a ensordeceros te interpones,
Habiéndolos dispuesto a toda lucha.
Pero en fin, de esas dulces sensaciones,
Como de un sueño, no sin pena mucha,
Vuelve Lucía, i la primera oyendo
Ya a sus umbrales el rumor tremendo,

LIII.

Tiembla en súbito espanto, grita: “Él viene!”
I la puerta a cerrar quiere lanzarse;
Pero Ricardo al punto la detiene,
I al sentir también él aproximarse
El amago, con calma tan solemne
Cual si oyese una fiesta prepararse,
Sonríe, haciendo solo mas estrecho
El lazo que ceñíala a su pecho.

LIV.

Mendoza fué el primero que a sus ojos
Apareció, del lecho levantado
Por el recio aguijon de sus enojos
I el placer de su triunfo ya colmado.
I de las teas a los brillos rojos,
Que de esbirros traía un grupo armado,
Sobre mas de una faz torva i siniestra,
Su rostro infausto, descollando, él muestra.

LV.

La desfiguracion que le trastorna
I una gran palidez, mas espantable
Su sardónica risa i ceño torna.
Dijérase un demonio formidable
Que del profundo bátrato retorna
A reclamar un pacto abominable:
De sus propios cabellos en desórden
Parece que cien sierpes se desborden.

LVI.

Lanza Lucia un grito a tal aspecto,
I helada de terror, al fino amante,
Cual queriendo cubrirle con su afecto,
Se esfuerza por ponérsele delante.
Él; sin mostrar que el mas lijero efecto
Causase a su valor la fulgurante
Mirada de Mendoza, la rechaza
Con otra que un momento le embaraza.

LVII.

Trémulo de furor el jefe hispano,
Al sentirse humillar aun alli mismo,
Grita a los suyos: "Ved a ese marrano,
Capaz de dar vergüenza al negro abismo!
Ved al que ha osado armar su impía mano
Contra su lei i patria, de ateismo
Horrible encarnacion! Ved al que ahora
Me vino aquí a asestar daga traidora,

LVIII.

"Cómo, en su tentativa abominable
Sorprendido por mí, refugio busca
En brazos de esa infiel, cual él culpable,
Puesto que es ella quien su mente ofusca,
I quien le hizo esa raza detestable
Lanzar en contra nuestra! Mano brusca
Rompa ese abrazo criminal: no tarde!
I él en cadenas su suplicio aguarde!"

LIX.

—“Yo esconderme? I de quién? De tí, insolente?”
Ricardo contestóle, haciendo a un lado
A Lucia, i de rabia atroz fremente
Un paso se avanzó.—“De tí, menguado?”
¡De tí, a quien solo de mi brazo ardiente
Salvó la alevosía de un malvado,
I que solo a esta red me has atraído
Por evitar el duelo suspendido?

LX.

“Yo ponerte asechanzas, i puñales
Contra tu pecho vil traer ocultos?
Ves acaso en mi rostro las señales
De tus propios delitos aun inultos?
Dí, cuántos son los ínclitos rivales
De mi calumnia al golpe ya sepultos?
A quién le arrebaté la hija o la esposa
Al vil abrigo de sorpresa odiosa?

LXI.

“Si en tan inícuas tramas ejercicio
Pudieses imputarme, i si el amaño,
Hoi mismo, de un traidor de tu servicio
No hubieras empleado por mi engaño,
Solo entónces podrias el suplicio
Que cobarde evitó tu desengaño,
Sospechar que he venido aquí a inflijirte.
Mas yo tratar por vil traicion de herirte!

LXII.

“Con qué fin? Ahora mismo, si algo vales,
Por qué la heroica espada no desnudas?
Por qué de esos sayomes te prevales,
I de tu infame dignidad te escudas?
Solo tengo esta daga: desiguales
Las armas son, i no te temo. Aun dudas?
Lanza, pues, tu lejon sobre el que quiere
Mostrarte aquí cómo un valiente muere!”

LXIII.

Diciendo así, su sangre toda hervia
 Al rostro con tal ímpetu agolpada;
 Fuego tan devorante despedia,
 En reedor provocando, su mirada;
 I así la aguda daga él esgrimia,
 Que aquella hueste fria, electrizada,
 Quedó, fijos en él turbados ojos,
 Cual piedad implorando a sus enojos.

LXIV.

I de igual sensacion Mendoza mismo
 Dominado a su vez, atrás un paso
 Huyó, como del borde de un abismo,
 I rápido temblor corrióle acaso.
 No ejerce en torno a sí mas despotismo
 De las selvas el rei, si de lo raso
 A un cerro sin efujio, por la ofensa
 Se ve estrechado de una turba inmensa.

LXV.

I en su desesperacion fiero resuelve
 Hacer de su valor pruebas insines:
 Rujiendo la cerviz temible envuelve
 En bosque espeso de erizadas crines.
 Todo arrojo su aspecto atroz disuelve:
 Se azuza vanamente a los mastines,
 I de sus garras i colmillos parte
 De espanto una corriente a toda parte.

LXVI.

Palpitantes así, de hito en hito
 Mirándole estuvieron largo rato,
 Sin osar mover pié o exhalar grito
 Contra el recio poder de su aparato.
 Mas terminó por fin este conflicto
 De la mestiza un súbito arrebató,
 Que pretendió, con loca tentativa,
 El alma conmovier mas vengativa.

LXVII.

Lanzóse, pues, de pronto i sin lograrlo
 Su amator evitar, ante las plantas
 Del soberbio Mendoza, i a implorarlo
 Iba en favor de desventuras tantas.
 Pero ántes que pudiese aun ensayarlo,
 O exceso de rigor! tú la quebrantas,
 Lanzándola de tí con tal empuje,
 Que viéndolo Ricardo, horrendo ruje.

LXVIII.

Dió un vuelco el corazon, i con la ira
 Las heridas recientes se le abrieron,
 Comenzando a sangrar, i cual espira,
 Cruzar su daga el aire todos vieron.
 Mas de inflijir la pena a que él aspira,
 Los satélites tiempo no le dieron,
 Pues cayendo sobre él de cada lado,
 Su brazo retuvieron ya elevado.

LXIX.

I prevalidos de la propia incuria
 De su rencor, que de ellos no guardóse,
 Atento solo a escarmentar la injuria,
 La escolta entera de él apoderóse.
 En vano su vigor la intensa furia
 Allí le redoblaba; al fin rindióse
 No sin que afan costase su conquista,
 I al rival siempre hiriendo con la vista.

LXX.

“Aseguradle bien!” éste exclamaba
 Con un pavor secreto todavía;
 I miéntras mas el hierro le agoviaba,
 Ricardo, en tierra viendo aun a Lucia,
 “En nada, o vil, tu cobardía acaba
 De pintarse mejor,” fiero decia,
 “Que en ese tratamiento de malvado,
 A esta infeliz sin miramiento dado!”

LXXI.

“Calla, traidor!” clamó Mendoza; “calla!
En vano espera tu insolente labio
Mover, sobre un indigno de tu talla,
Mi brazo a vindicar ningun agravio.
En teñirse en tu sangre honor no halla
Mí valor. Quédará mi desagravio
Al justo Tribunal que a tu delito
Dará el castigo al tráfuga prescrito!”

LXXII.

“No tardes, pues, es cuanto yo te ruego,
En cubrirte con él de ilustre gloria,”
Ricardo replicó, saliendo luego,
Bien escoltado, a cárcel provisoria.
Mendoza, que en mortal desasosiego
Temia resultase aun ilusoria,
En tanto que él viviese, su venganza,
Citar hizo a Consejo sin tardanza.

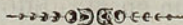
LXXIII.

Que un resto de pudor le prescribia
No ser él solo el juez inexorable
De aquel con quien pendiente aun lid tenia
De apariencia para él no favorable.
Por tanto revestir se proponia
De todo el aparato que al culpable
La lei concede i la justicia abona,
El fallo que a sus odios dé corona.

LXXIV.

Un momento despues de tal escena,
Por aquesos sombríos corredores
Ningun otro rumor sordo resuena,
Que el eco sepulcral de los dolores.
De ellos, ai triste! se encontraba llena
La prision de Lucia; i en rigores
De estrecho calabozo í férrea traba
De Álvaro el hijo muertes mil probaba.

CANTO DÉCIMONONO.



I.

Aun los primeros visos de la aurora
No se vian teñir la espesa niebla
Que envolvía la noche precursora
De la Imperial mortífera tiniebla;
I ya las anchas salas donde mora
El vengativo jefe, rumor puebla
De sus mas distinguidos oficiales,
Llamados al Consejo por vocales.

II.

Con solemne aparato luego junto
De guerra el Tribunal, dó él mismo impera,
I hecho breve relato del asunto
Que a tal convocacion motivo diera,
Turba de esbirros introdujo al punto,
Abrumado de grillos, cual pudiera
Ser un furioso tigre o monstruo feo,
Sin dar señal de abatimiento al reo.

III.

Léjos de haber domado su coraje
O disminuido su firmeza noble
Tanta aglomeracion de indigno ultraje,
Mas bien parece que su audacia doble.
Así soberbio estiende su ramaje
Del viento vencedor, hermoso roble,
Engalanado de mayor frescura,
Cual por afrenta de tormenta dura.

IV.

Solo una agitacion de rato en rato
Mui leve por su rostro discurria,
Como rastro aun no estinto del rebato
De la pasion que en él rujido habia;
Mas léjos de poderse del reato
A efecto atribuir, mas bien servia
A redoblar el interes no infecto,
Que acaso a alguno allí inspiró su aspecto.

V.

—“¿Cómo os llamais?” “Mi nombre es conocido.
Hijo de Álvaro soi; i de antemano
Sabiendo vuestros cargos, he creido
Poderos escusar trabajo vano.
Escusada tambien pudo haber sido
Mi aparicion aquí, pues que de plano,
Teniendo ya acordada mi sentencia,
Pronunciarla debísteis en mi ausencia.

VI.

“Si a la acriminacion que en vuestra mente
De abrumarme capaz será sin duda,
Quiero, pues, responder, no es porque intente
El rigor mitigar de pena cruda.
La mas atroz me dad que se os presente.
Si ella rápida viene, la saluda
Gozosa el alma; i si algun hecho esplico,
Es porque un nombre ante otra edad vindico.

VII.

“Nadie mejor que el mismo que os preside
La clave os puede dar de cuanto he hecho;
Él por cuya calumnia inícuca mide
Mi digno padre un monumento estrecho;
Él en cuya alma un odio tal reside
Contra mi stirpe, que aun no satisfecho
Con aquella gran víctima, buscóme
En el refugio que el Arauco dióme.

VIII.

“¿No me fué a arrebatár de aquel asilo
La esposa que mi fé propia abrazaba
Movida de mi amor, pasando a filo
Cuanto amigo en mi bien se interesaba?
¿No la retiene el bárbaro tranquilo
Después del robo i aun después que acaba
Mi brazo de ganarla en un combate,
I con mil tropelías no la abate?

IX.

“Motivos estos eran suficientes
Ante un juez imparcial, para disculpa
De cualquier arrebató.—Mas si jentes
Armadas os rodean, no es mi culpa,
Sino vuestros excesos imprudentes.
I si de haber venido se me inculpa
Al campo sitiador, Dios me es testigo
Que no buscaba mas que un enemigo!

X.

“Uno solo! sediento de bañarme
En su sangre, confiésolo; i ninguna
Madre o viuda imperial podrá acusarme
De haberle arrebatado prenda alguna.
Dirán que osé por campeón brindarme
A Arauco en una lid, cuya fortuna
Debía decidir la vida o muerte
De una ciudad cristiana ilustre i fuerte?

XI.

“Venegas está ahí! Que él os relate
Cuánta provocacion me hizo él para ello,
Dando a entender a todos que el combate,
No aceptado por mí, pondría el sello
A mi baldon! Mas aun sin acicate
‘Tanto i tan poderoso, ¿era a mi cuello
Un crimen tan enorme así el partido
I defensa abrazar del oprimido?”

XII.

“¿Se ha dado cumplimiento, por ventura,
Al gran fin primordial de esta conquista?
¿La santa lei de Cristo se procura
Por la vía extender por él provista?
¿Álguien de mas que de su logro cura?
¿I así estrañais que Arauco se resista
A un yugo, donde en vez de vida i lumbre,
Solo cifrada ve su servidumbre?”

XIII.

“¿I razon no le hallais para que exija
Que un suelo abandoneis, su patrimonio,
I el Bio-bio entre ambos pueblos rija,
De mútua division cual testimonio?
Pero vais a decir que así me aguija
A blasfemar el soplo de un demonio.
De la pasion la ceguedad comprendo,
I hablaros mas sobre esto no pretendo.

XIV.

“ Voi solo a refutar un final cargo,
Que a no haberlo escuchado, hace bien poco,
De mi enemigo, efecto del letargo
De la mente creyéralo de un loco.
I natural lo encuentro, sin embargo,
Si la memoria de su empeño evoco,
I que al ménos pendiente, él me ha atraido
A sucumbir en lazo fementido.—

XV.

“Dice que a la Imperial por poner vine
A su vida asechanzas!... Ah! que reo
De nota tal haya hombre que imagine
Al que venció a la víctima, no creo.
Fiando en un traidor, con él convine
En venir a salvar solo el trofeo
Que, ganado en la liza, me negaba
Mendoza, que a engañarme le enviaba!”

XVI.

Dijo Ricardo; i si hubo entre el cortejo
Alguno a quien piedad de él inspirase
Su noble arenga, del marcial Consejo
Descubrió la impresion mui otra fase.
Ardiendo cada rostro dió el reflejo
De la honda indignacion que el pecho abraze;
I en su propio silencio se conoce
Cuánto ansian fulminar suplicio atroce!

XVII.

Mendoza, herido con mayor violencia,
I de estallar sobrándole motivo,
Pruebas no obstante dió de gran paciencia,
I solamente su color mas vivo
El efecto mostró que la vehemencia
Produjo en él, del increpante altivo.
Sin duda el sufrimiento triunfo llano
Le pareció, con la venganza en mano.

XVIII.

Mas cuando éste acabó, con mal oculto
Concentrado furor, dijo a la sala:
“Señores, he callado a tanto insulto
De que ese criminal mostró hacer gala,
A fin de que tuviese franco indulto
Cuanto a fuer de defensa nos regala.
Ahora que su jactancia ha desfogado,
A vosotros el turno os ha llegado.

XIX.

“Justicia administrad!”—I a los custodios
Señal les hizo de llevarse al reo;
I tras breve consulta, tantos odios
A cumplir se apuraron su deseo.
A terminar, pues, tales episodios,
De Mendoza con íntimo recreo,
El fallo vino, que entregaba al palo
Su infelice rival, sin intervalo.

XX.

El cual, vuelto a la sala, su lectura
Tan sereno escuchó, como si fuera
Lo que él mas esperara; i su amargura
Apénas indicó sonrisa fiera,
I una mirada que feroz fulgura
De desden a sus jueces, cual pudiera
Sobre una raza hacerlo de bandidos
De toda excelsa gracia destituidos.

XXI.

A este tiempo empezaba ya la aurora
La sombra a esclarecer, i al cielo alto
Alzárase la niebla arrastradora,
De viento repentino al recio asalto.
Negro capuz la esfera aterradora
Tornó sus bellos tintes de cobalto,
I luto, horror, destrozos parecia
Anunciar solo el despuntante dia.

XXII.

Apénas, pues, la sílaba postrera
Del fallo matador se recitaba,
Cual respondiendo a la mirada austera
Con que el reo a sus jueces conminaba,
Súbita, horrible, estremecer la esfera
Detonacion inmensa se escuchaba,
Que heló todos los pechos circunstantes,
Palidecer haciendo los semblantes.

XXIII.

Tan solo el de Ricardo, fulgoroso
Lampo de triunfo iluminó, i al verle
Alguno imaginó supersticioso
Que un indio encantador a defenderle
Venía con amago estrepitoso:
Otros que se avanzaba a socorrerle
Con todo su poder la indiana turba,
El campo devorando en vasta curva.

XXIV.

I ademas de Ricardo, la efectiva
Causa de tal fragor solo el hispano
Jefe entendió, que en inquietud bien viva
Lo esperaba, si bien no tan cercano.
Pues por el mismo Juan, cuya misiva
Fué a Ricardo engañar, del Toqui indiano
Supo el reciente arribo al campo adverso,
I que a gran dilijencia era converso

XXV.

El cañon valdiviano contra el muro
Imperial. Pero impuso al denunciante
Un silencio mortal sobre este apuro,
Cuya importancia comprendió al instante;
Ora evitar quisiese un prematuro
Desaliento fatal del habitante,
Hasta haber de Ricardo con la muerte
Comprometido mas i mas su suerte;

XXVI.

I obligarle a defensa desesperada,
Seguro ya de no obtener partido;
Ora el furor de la soberbia indiada
Paralizar se hubiese prometido,
Teniéndole una prenda asegurada
Con la prision de su adalid querido.
Así, pues, él sufrir no pudo engaño
Sobre aquel trueno, a los demas extraño.

XXVII.

Pidió sus armas presto; se las puso
A pesar de su estado, que el conflicto
Presente su vigor flaco repuso;
I mantener en aberrojo estricto
Mandando al reo, entre el rumor confuso,
Tumulto i turbacion del pueblo aflicto,
Que tras el ruido inesperado estalla,
Con su séquito corre a la muralla.

XXVIII.

Terrible en realidad era el espanto.
Con que la villa toda, de su sueño
Súbito recordada a fragor tanto,
A esplicárselo hacia vano empeño.
Los mas señal de muertes i quebranto,
Muchos prestigio de mal ido ensueño,
En el primer momento lo juzgaban,
I raros fausto indicio en él hallaban.

XXIX.

Mas nadie con certeza a la pregunta
Respondiendo, por todos repetida,
De *qué es lo que sucede?* ya barrunta
El pueblo alguna nueva arremetida
Del campo sitiador, a quien apunta
Su cañon la muralla premunida.
¿Cómo idear que de ese mismo campo
A ellos partiese el ominoso lampo?

XXX.

I si algunos mas diestros, conociendo
Venir el gran fragor de mas distancia,
Un momento alegráronse, creyendo
De hermano auxilio ser feliz constancia;
Todos mui pronto en estupor cayendo
Fueron, ai tristes! que con ráuda instancia
Ya la noticia por dó quier discurre
De la verdad, que a mente alguna ocurre.

XXXI.

Al mas duro valor letal desmayo
Va produciendo el escuchar se ha visto,
Al despuntar del alba el primer rayo,
El indio campo en derredor provisto
De varias baterías, que un ensayo
Han comenzado a hacer, tan bien previsto,
Sobre el muro, siguiéndolo de recio,
Que ya defensa tal perdió su precio.

XXXII.

I nadie duda que la triste brecha
Pronto ella mostrará. De mil clamores,
A aviso tal, la femenil endecha
Al cielo daba en rostro sus rigores.
La imperial fortitud, rota, deshecha,
En un abismo súbito de horrores
Rodaba; i de la muerte se cernia
El sucio espectro con sonrisa impía.

XXXIII.

Llantos, sorpresa, confusion i pasmo
Por donde quier! Corrian en tumulto
Al muro los guerreros, i el marasmo
Allí desfiguraba cada vulto
Al ver aquel prodijio, aquel sarcasmo,
Con que venia el araucano inculto
A derribar por tierra con las artes,
Orgullo de ellos mismos, sus baluartes!

XXXIV.

I cuán bien sostenido es ese fuego,
Cuán segura esperiencia él les acusa!
Respiro no les deja ni sosiego
De inmenso proyectil lluvia difusa.
Ningun tiro a su blanco viene ciego,
I si al principio salta repercusa
Una bala, otra i otra en pos la sigue
Hasta que hacer volar ruinas consigue.

XXXV.

I pasando por alto la bombardá,
Granada o culebrina, ya ni el muro
Los edificios mas airosos guarda,
Ni abriga algun rincón dentro seguro.
Dó quiera que hai objeto, allí no tarda,
Cual rayo de fatídico conjuro,
En venir un saludo formidable
A conmover la base mas estable.

XXXVI.

Ai! cómo describir el vasto estruendo
Que cielos sin cesar i tierra inunda,
Tornarlo todo al caos pretendiendo!
La humareda densísima, errabunda,
Que va todos los campos envolviendo;
La llamarada, en lenguas rubicunda,
Que a trechos sus cortinas torvas rompe
I apenas un minuto se interrompe!

XXXVII.

No tiene la llanura montecillo
O humilde elevación, que convertida
No se halle en un mortífero castillo,
Ni ofensiva ventaja allí perdida.
La piedra en mil fragmentos i el ladrillo
Resurten mas i mas: era cernida
Por mil aventadores la muralla
Parece, i cruje, i ya el portillo estalla.

XXXVIII.

I si retorno a aquesta intolerable
Lluvia el cañón de la Imperial pretende
En raro punto dar, tan formidable
El turbión condensado allí la ofende,
Que largo tiempo sostener no es dable
La lucha; i por mas cuerdo se comprende,
Cual criminal a la vergüenza espuesto,
La ofensa tolerar sin contrarresto.

XXXIX.

Ai, Imperial! tu ruina no es dudosa,
I bien claro está ya que aquella mano
Con cuya remision fiera, orgullosa,
No ha mas que un dia, reviviste en vano,
Ha vuelto sobre tí más rigorosa,
I sorda a tu clamor, en soberano
Torna a tu vista, por baldon mas fuerte,
Al siervo inculto que te dá la muerte!

XL.

Tu astro eclipsóse: de la real diadema
Que ciñó tu cerviz poco há tan alta,
Un floron ve rodar tu angustia estrema
Con cada trozo que del muro salta.
I aquel a quien de oprobio fuiste emblema
Odiado largo tiempo, cuál se exalta
Al ver con tanta rapidez ya hundirse
La que eterna creyó poder erguirse!

XLI.

A impulsos de un terror no imaginado,
Ya cuantos hijos tuyos han sabido
Que preso en tu recinto i condenado
Ricardo en esa noche misma ha sido,
Temiendo que Mendoza intente airado
Tal sentencia cumplir, han acudido
A persuadirle la suspenda i trate
Partido de obtener por tal rescate.

XLII.

No desplació del todo aqueste aviso
Al jefe, que de dar cima a su arrojó
Sentíase incapaz; i así, remiso,
Tan solo en parte lo aceptó su enojo.
Un mensajero al campo indiano quiso
Fuese a intimar que el preso por despojo
Ofrecería a su furor mas ciego,
Si no cesaba al punto el vivo fuego;

XLIII.

I donde el proyectil mas abundante
Se dirijía a franquear un claro,
Que diese pronto ingreso al asaltante,
Colocaria el tráfuga a ellos caro;
A fin que de su furia fulminante
Primer víctima fuese sin amparo.
Dejemos pues partir tal mensajero ,
Que hablar de Millalauco en tanto quiero.

XLIV.

El cual, despues que en inquietud bien cruda,
Toda la noche, en vano, hasta la aurora,
Esperara al amigo, mas no duda
A traicion atribuir su gran demora.
Ante esta certidumbre, ira tan ruda
El corazon le ajita, i le devora,
Que arrostrar todo un pueblo no le espanta,
I hasta los muros mismos se adelanta.

XLV.

A los primeros raptos, ya sacude
De la maciza puerta la gran hoja,
Ya de los muros a ensayar acude,
Para subir, grieta o piedra floja.
Mas como largo tiempo arroyos sude,
Sin conseguir mas fruto su congoja,
Que burlas de la guardia, al fin resuelve
Desistir, i al indiano campo vuelve.

XLVI.

Allí, al par que su saña, el triste aviso
De la perfidia corre derramando,
I de que el caro amigo, o bien occiso,
O al ménos pronta muerte está esperando.
Tanto furor estalla de improviso
En todo corazon, esto escuchando,
Que a voces pide todo el campo junto
Ser al asalto conducido al punto.

XLVII.

Demorar un momento no querrian
 El ir a rescatarle, i en un fuego
 Veloz ya aquellos ámbitos hervian,
 El cual no calmará sin rojo riego.
 Todos sus armas trémulos blandian,
 Jurando en la Imperial, sordos al ruego,
 No dejar vida al niño mas que al fuerte,
 Si a Ricardo se hubiese dado muerte.

XLVIII.

No ménos accesible al ardor justo
 Que a jefes i guerreros envenena,
 Para el asalto, Paillamacbu augusto
 Las haces disponerse al punto ordena;
 I aquel tremendo fuego que hondo susto
 Vimos verter en la ciudad, ya suena,
 De frenéticos gritos un saludo
 Jeneral arrancando al indio rudo.

XLIX.

I es tan recio el ardor con que éste prisa
 Dá al maniobrar del artillero hispano,
 Que a veces, reputándola remisa,
 Arrebata la mecha de su mano;
 I aunque el rápido efecto les avisa
 Del muro fronterizo el fin cercano,
 Encuentran lento el incesante efluvio,
 Que quisieran hacer mas que un diluvio.

L.

En esto presentóse ante su campo
 El nuncio de Mendoza, a gran carrera,
 Que, por si se obtuviese algun escampo,
 Venia a hacerles la amenaza fiera.
 Ella de gran contento rauda lampo,
 Mostrando aun vivo al jóven, difundiera;
 Mas tambien creció tal de ira el acopio,
 Que en riesgo vió su vida el nuncio propio.

LI.

Mas Millalauco, que escuchó el mensaje
Con gozo incomparable, no bien mira
Que aun podria salvar de último ultraje
A aquel que entre mil riesgos aun respira,
Siente que al corazon, como un celaje,
Proyecto heroico su adhesion le inspira,
I de entusiasmo fulgurante el rostro,
Vuela ácia Paillamachu, como el ostro.

LII.

Se aproxima a su oído, i en secreto
Deslízale estas voces voladoras:
“No permitais que por ningún respeto
Las furias se minoren destructoras;
Ántes mandad que arrecien el aprieto
De la ciudad las bocas tronadoras,
Procurando ensanchar pronto esa brecha,
Que el muro ácia esta parte ya abre estrecha.

LIII.

“Impedid solamente que el retorno
A la ciudad del nuncio se efectúe,
I de la muerte, entre el comun trastorno,
Yo haré cómo Ricardo se esceptúe.
Mas cuando a vuestra vista, rojo adorno
De la ancha brecha un pabellon fluctúe,
Haced que allá se lance el campo entero,
Pues indicio será que allí le espero.”

LIV.

Dijo: i sin aguardar que esplicaciones
Sobre su intento el Toqui le pidiese,
Selecto peloton de campeones
A reunir el jóven indio fuese:
I aunque apéna indicó sus intenciones,
I a cuáles riesgos el convite hiciese,
A acompañarle tantos se brindaron,
Que la empresa de honor casi frustraron.

LV.

Salvo al fin este estorbo no previsto,
 Pronto al Cauten, despues de larga vuelta
 Para no ser desde los muros visto,
 Con su banda arrojóse bien resuelta.
 I entre dos aguas fué nadando listo
 Con ella, cual de peces banda suelta,
 Hasta donde juzgábase seguro,
 Bañando en la onda su cimientó, el muro.

LVI.

En la Imperial, como él lo imajinaba,
 Ojo alguno advirtió su movimiento,
 Pues toda la atencion conversa estaba
 A dó el cañon, con vasto detrimento,
 La vía por minutos ensanchaba
 Del sitiador al formidable intento
 I donde un activísimo trabajo
 De improvisar trataba algun atajo.

LVII.

No fué fácil empresa al indio amigo
 De Ricardo, vencer la grande altura
 Del muro ácia aquel lado, pues abrigo
 A mano i pié negaba su estructura.
 Pero, no habiendo encima un enemigo
 Que avieso se opusiese a la aventura,
 Triunfó de todo su feliz constancia,
 I al adarve se erguió con arrogancia.

LVIII.

¿Qué obstáculo pudiera su progreso
 Detener, si en el alma siente aguda
 La voz de la amistad, i ella del grueso
 Risco le horada la igualeza ruda?
 Arriba ya una vez, el árduo acceso
 Hace mas llano a los demas su ayuda,
 I corren por encima la muralla
 Adonde abre la brecha la metralla,

LIX.

Allí todo Imperial presto acudia
A levantar el nuevo parapeto,
Como si solo por aquesa via
Pudiéseles venir su último aprieto.
La obra creciendo, por lo tanto, hervia
Sin imponer a nadie ya respeto
La mortífera lluvia, acrecentada
Por la inmensa ruina desgajada.

LX.

Allí está doña Ines, ejemplo dando
De actividad i esfuerzo la primera:
Allí Mendoza a gritos reanimando
Cualquier ardor que decayente infiera.
Él de su nuncio al enemigo bando
El regreso ya ver no mas espera,
I ante el crecer del cañoneo atroce,
De su esperanza la ilusion conoce.

LXI.

Por cumplir su amenaza, por lo tanto,
Ha ordenado traer allí el cautivo,
I colocarle dó el mayor quebranto
El diluvio produce progresivo.
Cargado de prisiones, sin espanto,
I aun mostrando talvez contento vivo
En su serena faz, Ricardo aguarda
La muerte, a su impaciencia heroica tarda.

LXII.

De invocarla él no cesa; pero sorda,
Como por alto influjo, a su deseo,
Aunque al reedor impía a todo aborda,
A él solo le hace un incesante oreo.
Con sus terribles silvos, pues, le asorda,
Pero cifrar parece su recreo
En poner solo a prueba su coraje,
Mientras que venga en derredor su ultraje.

LXIII.

Así Ricardo, en medio el torbellino
 Que envolviéndole ruinas amontona,
 Dijérase la imájen del destino,
 Que una erupción terrífica corona!
 La bala ante él desvía su camino,
 O si un trozo de muro desmorona
 Bajo sus pies, le deja una peana,
 Dó intacta yergue su apariencia ufana.

LXIV.

Al ver este respeto prodijioso,
 Aspecto de tristeza el rostro toma
 Del prisionero; al del contrario ansioso
 La ira, mezclada del asombro, asoma.
 Mas súbito un gran golpe tumultuoso
 De gritos i alharidos se desploma,
 Toda vista ácia atrás fiero llamando,
 Sobre las filas del cristiano bando.

LXV.

Era que algunos sobre el muro huían
 De Millalauco ya, que como furia
 Infernal, a quien otras cien seguían,
 Viene del preso a escarmentar la injuria.
 Por diabólica hueste los tenían,
 No presumiendo que su propia incuria
 Les hubiera el acceso franqueado
 Al muro, del Cauten solo escudado.

LXVI.

I crecía el espanto al ver de modo
 Diverso a Millalauco dar la muerte
 A cuanto encuentra al paso: se hunde todo
 Al pié del muro ante su brazo fuerte.
 Creen que vomita contra el cetro godo
 Sus pestes ya el infierno, i en inerte
 Pasma permiten que a Ricardo mismo
 Llegue el aéreo aborto del abismo.

LXVII.

Divisar a Ricardo i hasta el puesto
Riesgoso donde está, volar de un brinco,
Mas raudó en Millalauco fué que un jesto,
I en brazos le arrebató ya su abinco.
En tanto que amenaza al bando opuesto
El resto de su banda, el recio intrinco
Él se apura a romper de cuanta amarra
La piel del jóven español desgarró.

LXVIII.

No bien libre le deja, dá a su mano
Una tajante espada, i sin demora
Vuela a la brecha: en ella planta ufano
La prometida enseña triunfadora.
Salúdala el ejército araucano,
I a la órden de su jefe tronadora,
Sus filas precipita, que ha venido
Lentamente acercando precavido.

LXIX.

Como leones rabiosos, cuyo intenso
Furor su cárcel súbito rompiera,
Se acerca horrible el torbellino denso,
Devorando el espacio a gran carrera.
Hunde los cielos el concurso inmenso
De enfurecidas voces, i la esfera,
Del suelo i río al par, tiembla i se espanta
Con el fragor de muchedumbre tanta.

LXX.

Apagando sus furias los cañones,
Demuestran querer ser testigos mudos
De mas tremendas iras: mil peones
Agólpanse a la brecha ya ceñudos.
¿I qué hacen, o Imperial, tus campeones?
¿Por qué embrazando firmes los escudos,
No avanzan todavía a defenderte,
Contemplándote en ansias de atroz muerte?

LXXI.

Ai! que tanta sorpresa i ese asalto,
 Que empiezan a juzgar ya irresistible,
 De acuerdo i aun de vida tienen falto
 Al pecho de temor ménos pasible.
 No les diera talvez mas sobresalto
 Un terremoto que estallase horrible,
 I en vano los anima a resistencia
 De Ines i de Mendoza la presencia.

LXXII.

Del nuevo parapeto ya la obra
 Seguir detras del muro derruido
 Inútil era; la marcial maniobra
 Hubiérales tan solo allí servido.
 Mas cómo sacudir la gran zozobra
 Al aspecto de rayos encendido
 Del Toqui i de Brancol i los mas fieros
 Indianos que aparecen los primeros?

LXXIII.

Un nuevo Satanas se les figura,
 Que levanta de sierpes coronada
 Al cielo la cerviz, cada figura
 Nueva, por cima de la brecha alzada.
 Tan solo en doña Ines no entra pavura,
 I miéntras ve su hueste conjelada,
 Dejarse ya arrasar impunemente,
 Ella se opone mas resplandeciente.

LXXIV.

Como en los campos una esbelta encina,
 Cuando recio turbion la mies asola,
 Yergue la frente que un momento inclina,
 Todo su embate resistiendo sola;
 Así soberbia se alza la heroina,
 I en medio la violencia de la ola
 Que sorbiéndolo todo en torno cunde,
 Al mismo airado mar respeto infunde.

LXXV.

“Valor! hermanos míos,” ella grita,
“Ved que ha llegado el decisivo instante!
No os arredre esta súbita visita
I un muro cada pecho le levante.
Al fin la vencerémos: o si escrita
Se encuentra ya con signos de diamante
Nuestra ruina final, dignos muramos,
Al ménos, de los nombres que llevamos!”

LXXVI.

Al eco dulce de esta voz sonora,
Recobra su valor la hispana jente,
I viendo ya el morir forzoso ahora,
Pretende que no sea impunemente.
Al par con doña Ines, su protectora
Ala les brinda con altiva frente
Intrépido Mendoza, aunque su celo
Disfrazar necesita oculto hielo.

LXXVII.

Ni en vano mil presajios él sentia!
Que mientras al hijo de Álvaro venganza
Sube a traer la indiana ferocia,
Él, en union de Millalauco, avanza,
Detenídole un punto acaso habia,
Despues de su dichosa delibranza,
El salvador, cuyo entusiasmo activo
No se cansaba de estrecharle aun vivo.

LXXVIII.

Mas ya aparece hendiendo el gran tumulto
De amigos, cayos ojos él recrea,
I ácia el autor de tanto agravio inulto,
Entre alto aplauso, via se franquea.
Por mas que le amenaze avieso insulto
De cien filos cristianos, él no emplea
Sino para apartarlos su arma propia,
Creyendo sangre hermana de ella impropia.

LXXIX.

I poniendo ya a muchos de su parte
Con proceder tan jeneroso, arriba
Al pié del parapeto, donde a Marte
Parecido el rival, su planta estriba.
Acaba de acojerse a ese baluarte
Con sus mejores jefes, i derriba
Desde él, con mano presta, moribundo,
Cuanto intenta acercársele iracundo.

LXXX.

Ricardo a fieros gritos le provoca,
Devórale su vista i amenaza
A él solo: el jefe, con fragor de roca,
Se precipita i mas la lid no aplaza.
El uno i otro campeon se choca
Con ímpetu terrible: toda traza
Ambos desprecian: vibran los semblantes
Solo el anhelo de acabar cuanto ántes.

LXXXI.

No viendo arnes que el del contrario escude,
Como su pecho propio, de ira ciego
A acometer Mendoza solo acude,
Sin temer de su cuerpo hacer entrego.
Ricardo le baraja i le recude,
Pudiéndole bastar a tanto juego
La inmensidad tan solo de su saña,
Que jamas igualó fiera alimaña.

LXXXII.

Mas como ella emplear todo su tino
Tampoco le permite, i el sendero
Cierra al pecho contrario un peto fino,
Ve rechazado varia vez su acero.
Al jóven corazon tienta camino
Mas veloz cada instante el jefe ibero
De punta i de revés i tajo hendiente,
Triplicar pareciendo el hierro ardiente.

LXXXIII.

La desesperacion, la rabia intensa
 Del resultado del primer combate,
 Que a su abatido orgullo no dispensa
 Desde entónces un punto el acicate;
 El ansia de vengar aquella ofensa,
 Principiando talvez así el rescate
 Del pueblo que a morir raudo se inclina,
 O vindicando al ménos su ruina.

LXXXIV.

Arma todo esto de tan recio empuje
 El brazo de Mendoza, que por cuanta
 Vez prueba a herirle el adversario, cruje
 La propia piel con la lesion que aguanta.
 Mas el jefe imperial furioso ruje
 Notando que su triunfo no adelanta,
 Pues su mas fiero golpe saca apénas
 Rojizo humor de las contrarias venas.

LXXXV.

A influencia quizá de feliz hado,
 O a la paterna sombra que desvia
 Todo riesgo mortal del hijo amado,
 Él claramente su salud debia.
 Pero en su obcecacion tal resultado
 Mendoza siempre en atribuir porfia
 A que con harta fuerza aun no le hiere,
 I el fin librar a un tajo último quiere.

LXXXVI.

Cuanta vida i vigor en él se encierra,
 Alzando entrambos brazos como un monte,
 Nuevo Briareo que va a hundir la tierra,
 En torno estremeciendo el horizonte,
 Él evoca terrible; mas no aterra
 A su rival, que rápido bisonte,
 Se le entra, i de bajar no deja tiempo
 Al brazo que se erguió bien a destiempo.

LXXXVII.

Tanto se enderezara la estatura
Del caudillo feroz, que sin resguardo
Una parte del vientre de la dura
Malla i peto quedó; donde no tardo
Acudió a aprovechar la coyuntura
I ansiado acceso el hierro de Ricardo.
Mendoza intenta su imprudencia tarde
Reparar con un salto que le guarde.

LXXXVIII.

Ah! no bien le ha tocado el furibundo
Hierro, i ya le traspasa. Un gran rujido
Sus labios exhalaron, i vió el mundo
En derredor de pronto oscurecido.
Vacilaron sus piés, i moribundo
Quiso aún, con su acero mal asido,
Dar la última estocada; pero vióse
Burlado, i con gran ruido desplomóse.

LXXXIX.

Entre el aplauso inmenso que saluda
Su victoria, sobre él se precipita
Ricardo a comprimir con planta ruda
El pecho que una atroz sangre vomita.
“Al ménos hoi, por traicionera ayuda,
“ No tu castigo evitarás,” le grita,
I el hierro agudo hundiéndole en el cuello,
Le hace arrojar el último resuello.

XC.

Apénas contemplar puede en seguida
Ese semblante que conserva impresa,
Aun despues que ha dejádole la vida,
De un soberbio leon la saña aviesa;
Pues el amigo fiel, cuya homicida
Espada, a fin de asegurar su empresa,
Por todo el tiempo que la lid durara,
Un ancho espacio en torno despejara,

XCI.

Llegando ya a su oído: “No demores
Aquí,” le dice. “En tanto que has lidiado,
He visto al mas feroz de los traidores
De léjos acechar el resultado.
I apénas a tus golpes vengadores
Miró por tierra a su señor postrado,
Él ha desaparecido; mucho temo
Que fraguando quizás maligno extremo.

XCII.

“Importa prevenirlo luego, al punto!”
“Sí,” Ricardo contesta, cuyos ojos
Hiere a tal sujestion negro barrunto.
“Lucía se halla espuesta a sus enojos!
Volemos!”—I uno i otro, del difunto
Mendoza abandonando los despojos,
A su palacio se dirige listo,
Dándoles alas el azar previsto.

XCIII.

Huyendo en direccion a la ribera
Encuentran ya no pocos habitantes;
Turba de ancianos i mujeres era,
Sus hijos arrastrando, palpitantes:
Su profundo pavor ya desespera
De la salud del pueblo, i quieren ántes
De los conflictos últimos crueles,
Refugio asegurarse en los bajeles.

XCIV.

No piensan nuestros héroes amagarlos,
Ni advierten cuánto miedo les inspiran,
I se les ve mui pronto atras dejarlos,
Que a prevenir un solo riesgo aspiran.
Al fin llega el palacio a cobijarlos,
I por sus mudas galerias jiran
I los desiertos patios, ácia donde
Sabe Ricardo que a su amor se esconde.

XCV.

Al acercarse a la prision, ven de ella
Salir huyendo presuroso a Crino,
Con un puñal que lumbre atroz destella,
Pues un humor destila purpurino.
Méenos terror quizás de una centella
Causárales el golpe repentino,
Que del traidor el fiero rostro infausto
Con ese indicio de hórrido holocausto!

XCVI.

Verle i lanzarse como dos halcones
Sobre él, i desarmado aseguralle,
Fué obra instantánea de los dos campeones,
Aunque él por escurrírseles batalle.
I miéntras Millalauco sus prisiones
Estrecha, i amenaza una ancha calle
Al corazon abrirle traicionero,
Penetra en la prision su amigo ibero.

XCVII.

De horror un grito indefinible exhala
Éste, al momento que ácia adentro asoma;
I aspecto de sonrisa que no iguala
La de Satan, de Crino el rostro toma.
Mas no hizo mucho tiempo de ella gala,
Pues ya de Millalauco se desploma,
No pudiendo quedar del crimen duda,
Sobre su pecho vil el arma aguda.

XCVIII.

¡I cuál era la vista que a Ricardo
Arrancóle ese lúgubre alarido,
Con mas rigor hiriéndole que un dardo?
Un lecho todo en sangre reteñido!
Porque, en efecto, el gran traidor, no tardo,
Asi que apercibió de muerte herido
Por su rival al amo a quien temia,
Voló ácia el aposento de Lucía.

XCIX.

Con el pretesto de salvarla en medio
 De mil desastres, a seguirle instóla,
 I como ella obstinada, a tal remedio
 La muerte prefiriese esperar sola;
 Como aun de sus amagos al asedio
 Se resistiese, el bárbaro la inmola,
 Pasos sintiendo, i dícela: “No esperes
 Llegar a ser de aquel que me prefieres!”

C.

Dejábala en el lecho moribunda
 Al llegar, pues, Ricardo: el cual se lanza
 Ácia ella como loco, i errabunda
 Aura de vida aun en su labio alcanza.
 Mira una herida desangrar profunda
 Su pecho, i en terrible tribulanza,
 Con la mas triste voz que oyera el hombre,
 La llama varias veces por su nombre.

CI.

Cual del sueño mortal vuelta a la vida,
 De ese acento a la amada dulcedumbre,
 Levanta ella la vista dolorida,
 Que agoviaba ominosa pesadumbre;
 I al hallar ante sí la faz querida
 De su amador, brilló súbita lumbre
 En sus pupilas, sonrió un momento,
 I pareció cobrar todo su aliento.

CII.

“Dueño mio!” exclamó Ricardo. “¿Es dable
 Que en esta situacion yo vuelva a verte?”
 I con eco muriente, en que inefable
 Dulce harmonia el sentimiento vierte,
 “Una mano,” ella dice, “inexorable
 A tus brazos me arranca; mas mi muerte
 Yo le perdono.”—“Ya murió el perverso!”
 Prorrumpe al tiempo mismo eco diverso.

CIII.

I Millalauco arrójase en la estancia,
 Rujiente aun de furor; i por testigo,
 Esgrimiendo el puñal que en abundancia
 La sangre destilaba del castigo.
 Mas de Ricardo la amorosa instancia
 Ni a reparar acierta ya en su amigo,
 Porque le embebe el pensamiento todo
 De salvar a Lucia hallar un modo.

CIV.

Desde luego sus manos la coloca
 Sobre la herida, detener creyendo
 La vida un tanto, o esperanza loca!
 Con el precioso humor que está fluyendo.
 Ella de fuerza un débil resto evoca,
 I ácia él entrambos brazos estendiendo,
 “No se afane,” le dice, “tu amor pío,
 Por demorar el fin cercano mio.

CV.

“Todo esfuerzo es inútil. En el cielo
 Del Dios que me enseñaste, i a quien amo,
 Veo a Maria, que a tender mi vuelo
 Me invita, con dulcísimo reclamo.
 Allí voi a esperarte, i a tu duelo
 Alivios a enviar.”—Dijo, i el ramo
 Del beleño eternal tocó su frente,
 I el alma deslizóse suavemente.

CVI.

Ella oreó al partir, con la blandura
 De un cefirillo, el rostro del amante;
 Mas él lo duda aún por la dulzura
 De esa mirada aun fija en su semblante;
 I el entreabierto labio, que procura
 Prolongar el adios por otro instante
 I un nombre repetir, a cuya nota
 Quiere ella alzarse ácia la patria ignota.

CVII.

Así, cuando ya el sol en occidente
Se ha sepultado, los celajes de oro
Que su carrera marcan esplendente,
I mantienen la luz sin deterioro,
Imajinar nos hacen aun presente
Al astro bienhechor; como si el lloro
De la tierra quisiesen, por su ausencia,
Minorar, prolongando su apariencia.

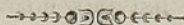
CVIII.

Desengañóse al fin, i en convulsivo
Abrazo asiendo siempre el cuerpo yerto,
Ricardo alzó la vista al trono divo,
I “ah, Señor!” exclamó su desconcierto.
Con un hondo jemido sucesivo
Cayendo de rodillas, como muerto
Hundió la frente sobre el seno exhausto
De su Lucía, en un transporte infausto.

CIX.

I largo tiempo en tal postura inmoble
Permaneció, sin conseguirle de ella
Separar Millalauco, un cuerpo doble
El suyo pareciendo i de la bella.
Visto lo cual por el amigo noble,
Le deja libre de su cruda estrella
Apurar el rigor, i arrodillado,
Al pié del lecho suspiró a su lado.

CANTO VIJÉSIMO.



I.

Hai desgracias tan grandes en la vida,
Que en el hondo estupor del insensato
Suele dejar nuestra alma sumerjida
Largo tiempo el furor de su arrebato.
Conoce que de muerte ha sido herida
En confusion la mente; mas conato
Vano sería que se diese cuenta
De la estension del mal que la atormenta.

II.

Es demasiado vasta e inmensurable
Para bien comprendida en solo un punto;
I puede solo el tiempo hacer palpable
Lo que de pronto no es sino un barrunto.
Su efecto, casi siempre impresajiable,
Suele tener su mas comun trasunto
En una carcajada horrible i fuerte,
Al eco parecida de la muerte!

III.

No son, no son las lágrimas lenguaje
 Propio de tal dolor; i esa ordinaria
 Efusion de la angustia, hallar pasaje
 No logra en una tierra tan hadaria.
 Obra en silencio el turbulento oraje,
 Ni invoca auxilio el alma solitaria,
 Como si a saborear su horror quisiera
 Sin distracciones concentrarse entera.

IV.

Viendo todo acabado en ese duelo,
 Aspiramos a hacérselo exclusivo,
 Por si apresura el último consuelo,
 Hecho el veneno así mas corrosivo.
 Mas, ai! la misma muerte con recelo
 No mas osa acercarse a mal tan vivo,
 I puede reputarse por dichoso
 Quien de ella mereció pronto reposo!

V.

Tal hoi Ricardo siente. Su venganza
 Se encuentra satisfecha; mas por fruto
 De su victoria, ¿qué laurel alcanza?
 ¿Creyó él jamas posible tanto luto?
 Rechazada del cielo su esperanza,
 Por el crimen fatal con que poluto
 Se halla a sus ojos, si los vuelve a tierra,
 Es para creerse con el orbe en guerra.

VI.

Solo una alma ternísima podia
 Algun reposo a su proscrita frente
 Haber proporcionado; sí, Lucía
 Fuera en ese huracan solo astro ardiente :
 La verde sombra entre la gran sequia
 De su inmenso arenal: la sola fuente
 Para aplacar la sed de su desmayo:
 Su único asilo al amagarle el rayo.

VII.

I ella ahora está cadáver insensible
 Entre sus brazos! Ella ácia una altura
 Acaba de volar, donde imposible
 Juzga llegar jamas su desventura.
 Así, ni en el adios tierno, apacible,
 Ni en la cita final de esa alma pura,
 Réprobo para siempre, o horror! le es dado
 Un prospecto entrever mas fortunado!

VIII.

Ni padre ya, ni patria en este mundo
 Pasajero siquiera! Entre el salvaje
 Condenado a llevar, siempre errabundo,
 Remordimiento atroz por heredaje!
 I aun le falta un abismo mas profundo
 Sondear con sus ojos! El carnaje
 En que por fuera el vencedor se encona,
 En tanto que alli al duelo él se abandona!

IX.

Aun contemplar le resta en alimaña,
 Insaciable de sangre convertido
 Aquel en cuyo obsequio contra España
 Él sus heroicas armas ha esgrimido!
 No apresuremos de afliccion tamaña
 El momento cruel, i sumerjido
 Dejémosle en la sima de su pena,
 Para ver la Imperial de horrores llena.

X.

No solo por la brecha ya la invade
 El agresor; mas por dó quiera el muro
 Salvando, un peloton a otro se añade,
 I crece, crece el formidable apuro.
 Ningun potente obstáculo se evade,
 I como a la impulsión de un gran conjuro,
 Todo lo vence el infrenable indiano,
 Que el torreón mas fuerte encuentra llano.

XI.

Pudiera la ciudad a un valle oculto
 Entre altísimos montes, compararse,
 Por sobre cuyas crestas el tumulto
 De un mar se viera de repente alzarse;
 I luego al derredor, con vasto insulto,
 Sobre ese nuevo lecho al derribarse,
 Toda su rica pompa sumerjiesen
 Las olas, i un gran lago de él hiciesen.

XII.

Así, matando, hiriendo, el indio adusto
 Sobre el trépido pueblo se desploma,
 I el mismo Satanas, del Toqui augusto,
 Por excitarlos, la apariencia toma;
 E imitando a la vez su eco robusto,
 La hórrida faz por donde quiera asoma,
 I es un viento fatal que en cada pecho
 Levanta un huracan de ira deshecho.

XIII.

Ya los muros altísimos demuele,
 A fin de que los salve el mas remiso;
 Ya a la impía matanza un grupo impele,
 Ya teas suministra a otro indeciso.
 I toda la ciudad absorta véle,
 Sus sierpes ajitando, de improviso
 Subirse a una alta torre i con voz fiera
 Llenar de espanto la comarca entera.

XIV.

En vano doña Ines, como el baluarte
 Mejor de la Imperial, desde el abrigo
 Del parapeto, en derredor reparte
 A mas de un agresor presto castigo.
 En vano a su escuadron pequeño imparte
 Su arrojo, i varia vez al enemigo
 Toqui provoca, que combate al frente,
 Como un monte ambulante, de su jente.

XV.

Ha podido algun tiempo ese heroismo
Contener el torrente desbordado;
Mas él ya sobre el cuerpo de Árias mismo,
A Osores i Paredes ha inmolido.
Entónces, de un inmenso barbarismo
Viendo por todas partes asaltado
El parapeto, los demas resuelven
Ceder, i al retirarse a Ines envuelven.

XVI.

Mal su grado la arrastran en su centro,
I por mas que tras ellos se desborden
Las iras araucanas, vario encuentro
Toleran en su marcha sin desórden.
Por otras muchas calles ácia dentro
De la ciudad tambien, con igual órden,
Lidiando escasos grupos se retiran
Desde los muros, que perdidos miran.

XVII.

Con el arrojo decidido i calmo
De la desesperacion, ellos resisten,
El terreno cediendo palmo a palmo,
Las olas de furor que los embisten.
Otros quieren tener como el mas almo
Refugio un templo, i en hacer persisten,
De torres i ventanas, cuanta ofensa
Les es posible, a la india turba densa.

XVIII.

De los techos tambien de las mansiones
De bala i piedra sin cesar llovian
Al asaltante rápidos turbiones,
I diluvios de tejas los herian.
Seguian esta lid como leones
I bárbaros a cientos abatian
Aun niños i mujeres, mientras en llamas
No eran envueltos por adversas tramas.

XIX.

Horror causara entonce entre el diluvio
De fuego, humo i ruinas ver huyendo
Los tristes a encontrar un fin no dubio
En mar de airadas picas mas horrendo.
Feliz puede juzgarse entre el efluvio
De jeneral destrozo, el que corriendo
Logra asilarse, malherido acaso,
A amigo peloton que encuentra al paso.

XX.

En la plaza mayor al fin se aduna
Cuanto grupo parcial se retiraba,
Con el de doña Ines; i una coluna
No despreciable por formarse acaba;
Al centro de la cual bien oportuna
Defensa encuentran contra la ira brava
Del vencedor, las bandas sin concierto
De hembras, ancianos i de infante yerto.

XXI.

Tambien ella recibe al Venerable
Obispo i muchos milites del Culto,
Que el Cathedral asilo, no inviolable
Ya reputado, dejan en tumulto;
Llevándose consigo la adorable
Imájen de las *Nieves*, del insulto
Por eximirla, i porque en tal conflicto
Juzgan que ella ha de ser su escudo invicto.

XXII.

En tal disposicion, i a retaguardia,
Con aquellos guerreros de mas brio,
Puesta Ines por defensa, la vanguardia
Su marcha emprende en direccion al rio.
Mas detenido por la heroica guardia,
El contrario turbion se irrita umbrio,
I teniendo a baldon perder tal presa,
Hinche sus masas, por hundi-la, apricsa.

XXIII.

Mas tal fascinacion los ojos bellos
De doña Ines i el rostio majestuoso,
Ejercen, rayos despídiendo, en ellos,
Mas bien que el hierro de su brazo airoso,
Que resistir no pueden sus destellos,
I cian de su impulso mas rabioso,
Nuevos tumultos sucediendo insanos,
Ataques a emprender no ménos vanos.

XXIV.

Asi talvez en sueños nos domina
Poderosa vision, a cuyo influjo
En vano sustraerse determina
La adormida razon que la produjo.
Aunque sintamos la vileza indina
De nuestro espanto, cuando mas el flujo
De todas nuestras fuerzas invocamos,
Cual presos a una roca nos hallamos.

XXV.

El mismo Paillamachu del acceso
De tal ofuscacion mui mal se libra,
I pretende contra ella sin suceso
Rebelde mantener su recia fibra.
Como ellos cede; i si en mayor progreso
Un bárbaro por fin su lanza vibra
Impio contra Ines, cerca no falta
Quien a impedir veloz su intento salta.

XXVI.

I siempre el salvador es algun siervo
De otra época, al Arauco mas adusta,
A quien ella libró de amo protervo,
I que mostrarse agradecido hoi gusta.
Salva así consiguió de trance acerbo,
Bajo el amparo de su ejida augusta,
Llegar su jente hasta la puerta lata,
Al borde del Cauten mas inmediata.

XXVII.

Con fiera multitud ya la tenia
Ocupada Brancol, que, dando muerte
Inexorable a cuanto allí acudía,
Hiciérala sufrir la propia suerte;
Pues a este extremo al cuadro no abre vía
De una segunda Ines el rayo fuerte,
Mas a eximirlos de este infausto asalto
Acude entónces un poder mas alto.

XXVIII.

Sí; al arcánjel Miguel, digno patrono
De la Imperial, que sobre su alto templo
Lloraba su tristísimo abandono
De la mano de Dios, por grande ejemplo,
Rápido descender del alto cono
De la torre dó posa ya contemplo,
Por permision divina, i cual celaje
A salvarlos correr de último ultraje.

XXIX.

Ácia el débil extremo se coloca
De la columna, a quien cerrando el paso,
La indiana multitud fiera se avoca,
I a hacer retroceder comienza acaso.
En un momento al bárbaro disloca,
I abre ancha vía al escuadron no escaso,
Del santo arcánjel la temible ejida,
Con rayos aterrantes sacudida.

XXX.

Salva con tal resguardo sale entera
La cristiana columna, i sin mas traba
Llega a la orilla, donde ya en espera
Uno i otro bajel de Árias estaba.
No tarde el vencedor de ellos quisiera
Apoderarse, que una hueste brava,
En medio del asalto, a dar al fuego
Volado habia este recurso luego.

XXXI.

Mas ya de los primeros fujitivos
Ocupadas en parte al llegar viólas,
Los cuales sus esfuerzos mas activos
Supieron rechazar desde las olas.
Siempre teniendo, pues, a los altivos
Indios a raya las defensas solas
Del ángel i de Ines, la grei proscrita
En confusion su embarque precipita.

XXXII.

Al fin, cuando albergar mas no pudieron
Las naves, i este anuncio fué escuchado,
Varios guerreros la heroína asieron,
Trasportándola a un buque mal su grado.
Inútilmente su mandato oyeron
De abandonarla en la ribera al lado
De aquella gran porcion que sin abrigo
Iba a inmolar en ella el enemigo.

XXXIII.

Fuéla preciso allí, sin esperanza,
Ese grupo dejar, no diminuto,
Que otros huyentes de enemiga lanza
Venian a acrecer cada minuto.
Partíase en punjente tribulanza
De Ines el corazon, al ver sin fruto
Esos tristes tender a sus hermanos
Mas venturosos, suplicantes manos.

XXXIV.

No habia ya piedad, ni era posible,
Aunque ellos la sintiesen, concederla;
No ensanchando el bajel su queja horrible,
Dura lei los precisa a no atenderla.
Cada barco se vió sordo, insensible,
Comenzarse a alejar, des que la perla
De la Imperial tuvieron en su seno,
De fujitivos apilados lleno.

XXXV.

Mas la mayor desgracia fué que el mismo
Ánjel Miguel, como si allí cesara
Su poder de oponerse al barbarismo,
De las naves al par los desampara.
Terrible i misterioso fatalismo,
Que ni de un ánjel la virtud preclara
Consigue contrastar i le precisa
Ante el infierno a retirarse aprisa!

XXXVI.

Sí; que ya los infieles, no temiendo
Aquel doble respeto por delante,
Picas esgrimen i con sordo estruendo
Caen sin piedad sobre la grei temblante.
Oh! nunca, nunca espanto mas horrendo
En manada de ovejas palpitante,
Africano leon, roto el atajo,
Causó, ni mas completo desparpajo!

XXXVII.

A qué compararia aquella escena
De angustia indefinible, que la pluma
Se resiste a trazar, que mi eco ensena
I cubre hasta los ojos de una bruma?
Terrífico huracan cuando resuena
I de un jardin los árboles abruma,
I a todos lados los abate i troza,
No se puede igualar con esta roza.

XXXVIII.

En vano es que piedad allí se ruegue.
¿Quién cuando llega el dia de que el Ande
Sus lavas antiquísimas despliegue,
Le pedirá con fruto que se ablande?
Aun sangre femenil fuerza es que riegue
Aquellos bordes, i en pavor tan grande,
No pocos por huir del indio impio,
Se precipitan en el hondo rio.

XXXIX.

Quién creyendo a merced de esfuerzo extremo
La nao aun alcanzar que no le escucha,
Ántes activa, por huirle, el remo,
En ansia vana con las ondas lucha!
Quién un jemido despedir blasfemo
Al hundirse no teme, quién con mucha
Angustia algun islote al fin invade,
I desde allí maldice al que se evade!

XL.

Oh qué viaje tan triste se desea
A las naves dó quier! Cuántos imploran,
Porque impia tambien con ellas sea,
La venganza del Dios justo que adoran!
En tanto otra porcion no en ira ondea,
Mas de rodillas resignados oran,
Invocando a Jesus, su Madre i cuanta
Eficaz proteccion recuerdan santa.

XLI.

Mas no osan ensayar en tal trastorno
Una defensa, o vana la reputan,
I las indianas iras, sin retorno,
Sobre ellos implacabies se ejecutan.
En breve espacio, con terrible adorno,
Toda la playa sanguinosa enlutan,
Cual tempestad deshecha no declina,
Miéntras no torna el bosque amplia ruina.

XLII.

Ah! si talvez felices se creyeron
Los que escapaban de agonías tales
En los bajeles, por desquite fueron
Ellas de su memoria los dogales.
Sobre sus almas lo que entónces vieron
Quedó grabado en signos inmortales,
Como si solo en suerte les tocara
Vivir, porque el castigo mas durara.

XLIII.

Siempre veian ante sí al hermano
Destrozado caer, miéntras doliente
A ellos tendia temblorosa mano,
E imprecacion lanzábales fremente;
I al cruel vencedor, rujiente, insano,
El mísero cadáver aun caliente
A las ondas lanzar con mil clamores,
Porque a anunciarles fuese sus furores.

XLIV.

Luego toda esta escena coronada
Por una pira inmensa, en que ya ardía
Su querida ciudad desmoronada,
I que invadir los astros parecia;
I por celebracion una algarada
De alharidos diabólicos, que hervia
Cual si hubiese venido allí el infierno
Sus triunfos a cantar contra el Eterno!

XLV.

O heroica Ines! tu pecho jeneroso
No podia esas lástimas sereno
Mirar, i como huyendo pavoroso
Desoía el bajel tu voz de trueno,
Quisiste varia vez, con poderoso
Impulso, del Cauten lanzarte al seno
Para ir a socorrer tal tribulanza
Tú sola, o bien morir en la matanza!

XLVI.

Pero toda tu jente, que percibe
Lo vano de ese esfuerzo, te lo estorba,
I entre prision amiga te cohibe,
Aunque tu saña la amenace torva.
Ai! de la escena que la orilla exhibe,
I aun no te oculta su revuelta corva,
La vista entónces dirijiste al cielo
Para luego cubrirla con un velo!

XLVII.

I fué esa la espresion de una desgracia
 Que contra el alto juez quizá se indigna
 Un punto, del dolor a la eficacia;
 Pero pronto, en sí vuelta, se resigna.
 Quiera del cielo la potente gracia
 A consolarte descender benigna,
 I ser constante bálsamo a tu pecho
 La memoria inmortal de cuanto has hecho!

XLVIII.

Dentro de la ciudad no se ofrecian
 Escenas ménos crudas entretanto,
 Ni los que en ella continuado habian,
 Se abandonaban a completo espanto.
 Su heroica resistencia aun proseguian
 Diversos grupos, ora en templo santo,
 Ora en mansion tomada por refujio,
 De donde luego se cerró el efujio.

XLIX.

Mas no es su heroicidad sino centella
 De la desesperacion, i aunque maltrate
 Acaso al triunfador, solo puede ella
 Tornar mas imposible su rescate.
 El indio todo obstáculo atropella,
 I con fuego o palanca pronto abate
 Las mas fornidas puertas, hunde muros,
 I parecen sus ímpetus conjuros.

L.

Sin cuartel viene luego la matanza;
 Que a la rabia del último certámen
 Se une la sed antigua de venganza,
 Que evoca allí puntual todo vejámen.
 En vano de los jefes la templanza
 Quiere quizá imponerles moderámen,
 I Llanca-reu i Ancamilla mismo
 Les afean su inútil rigorismo.

LI.

“Esterminio! Esterminio!” es la respuesta
Dó quier. “No haya piedad con los traidores!”
I contra el pecho mas inerme asesta
La inexorable turba sus rigores.
Al mismo sacerdote la interpuesta
Cruz no le sirve; al niño sus clamores,
Ni su debilidad al propio enfermo,
I el templo, cual la casa, queda yermo.

LII.

I cuando ya en la sangre se resbala
El pié del vencedor, no hallando su ira
En quién ejercitarse, de la gala
Del edificio a hacer su pasto aspira.
Comienza pues a arder la rica sala,
I el lujo, abandonado, en vasta pira
Perece, desdeñando por despojo
‘Talvez cargarlo el inflexible enojo!

LIII.

I ojalá solamente en el profano
Albergue se cebaran! mas, o ejemplo
Terrible! tambien hace el indio insano
Atroz profanacion del sacro templo!
La mas augusta imájen que el cristiano
Fiel venerara, mutilar contemplo
I con burla frenética arrastrarla,
I al fuego indigno pié luego arrojarla!

LIV.

A estas escenas de impiadosa furia,
Entre el mismo carnaje, no remisa,
Las tuyas mezcla bárbara lujuria,
Causando a Satanás horrenda risa.
O Dios Omnipotente! ¿Tanta incuria
Por tu causa, Señor? ¿La grei sumisa
No ves de tus esposas inocentes
Ultrajar por los indios insolentes?

LV.

Sí, que escalados fueron sus asilos
 O forzados al fin; i allá en los coros,
 Aguardando su suerte con tranquilos
 Pechos llenos de fé las ven los moros.
 Ellas no temen sus agudos filos,
 I solo cuando intentan los tesoros
 De su pureza arrebatárles, dejan
 La actitud en que estátuas asemejan.

LVI.

Entónces de un vigor tan poderoso
 La mas débil se siente resguardada,
 Que a la presencia del divino esposo
 No llega a ser ninguna profanada.
 I entonce el vencedor supersticioso,
 Albergue reputando tal morada
 De aviesas brujas, hiere el cuello blanco
 Que su acero brutal encuentra franco.

LVII.

O si rara beldad de una reclusa,
 Sometiendo un frenético a su imperio,
 Ve que darle la muerte ansiada escusa
 E insiste en reducirla al cautiverio,
 No se demuestra en adoptar confusa
 Su partido, i el bárbaro adulterio
 Por prevenir, a avalanzarse corre
 En hondo pozo, o de elevada torre.

LVIII.

Todo esto miras desde tu alto trono,
 Señor! i permaneces insensible,
 I está tu mansion santa en abandono
 Igual a todo el pueblo esta hora horrible!
 Qué gran delito te inspiró este encono?
 Cómo no te hizo al fin mas accesible
 De tantos sufrimientos el recargo,
 Durante la opresion de un sitio largo?

LIX.

¿Cómo no oyes ahora esos jemidos,
Que aun al mármol quizás enternecieran,
De tanto labio puro despedidos?
¿Por qué quieres, Señor, que aun ellos mueran?
¿Te placirá que pechos descreídos
Contra tu nombre maldicion profieran,
Clamando: “Ved, mortales, cómo acaba
“ Aquella que en su Dios tanto fiaba!

LX.

“ Sorda mirad aquí esa Providencia
“ Que os amedrenta tanto, adoradores!
“ ¿I creeréis todavía en su presencia?
“ ¿Aun cederéis a imbéciles temores?”
¿Permitirás que agregue su insolencia
Triunfando mas i mas: “No hai Dios! Rigores
“ De la suerte, i venturas sin zozobra,
“ Todo de un ciego fatalismo es obra?”

LXI.

Ah! ¿Quién puede, Señor, tus hondos juicios
Sondear ni entender? Solo nos toca
Humildes estimar tus beneficios
I el dolor no acrecer con ímpia boca.
Tú sabes los mas fieros sacrificios
En bienes convertir: tú de la roca
Sacar agua de vida Yo me postro,
I chispa oscura tu gran sol no arrostro!

LXII.

Mas déjame a lo ménos condolerme
Al verte tan distante en este dia
De esta ciudad, que ya agoniza inermé,
Del negro averno a la influencia ímpia.
El ángel rebelado no se aduerme,
I a aprovechar tu prescindencia fria
Se apura de tal modo, que en su medra,
Temo no ha de dejar piedra con piedra.

LXIII.

Soplando su furor en cada pecho,
 Él le recuerda el mas antiguo agravio,
 O propio o familiar, i asi el despecho
 Busca en rios de sangre el desagravio.
 Quedó de la venganza satisfecho
 Bien ampliamente el último resabio,
 I ensangrentaron la ciudad muriente
 Dos tercios del residuo de su jente.

LXIV.

Despues que el largo sitio la diezmara
 I del hambre i la peste el crudo influjo,
 Para bien pocos, dela suerte avara
 Al cautiverio el golpe se redujo.
 Ménos tuvieron la fortuna rara
 De que viento feliz i undoso flujo
 A otra hermana rejion los condujese,
 Donde hospedaje su afliccion tuviese!

LXV.

En aquel estupor que hemos descrito,
 Espresion del tormento mas agudo,
 Por largo rato el español proscrito,
 Estrechando a Lucia, quedó mudo.
 El estruendo creciente, el ronco grito,
 Que acercándose viene i que ya rudo
 Se eleva de su oido a corto espacio
 En el saqueo mismo del palacio:

LXVI.

Nada consigue recordarle, i pasa
 Todo para él como tumulto vago
 De fatal pesadilla.—Arde la casa
 De Mendoza, al reedor, en ígneo lago;
 Aun de aquel aposento ya la brasa
 Invade el arteson, i a tanto amago
 Él permanece siempre incommovible,
 Cual corifeo de esa escena horrible.

LXVII.

Mas de una vez los fieros destructores
A aquel recinto mismo penetraron,
I con respeto mudo a sus dolores
A otros lugares su furor llevaron.
Al fin, de los caudillos triunfadores
Los primeros alli se congregaron
A tiempo que ya el techo de la estancia
Crujia al fuego con mas recia instancia.

LXVIII.

Ellos, por arrancarle de la muerte
Al par que a Millalauco, a quien veian
Decidido a sufrir su propia suerte,
Los mas vivos esfuerzos emprendian.
Él deja entónces su postura inerte
De súbito, sus brazos suspendian
De la yerta Lucía el cuerpo caro
I sale en busca de un incierto amparo.

LXIX.

Corre sin rumbo fijo, con el porte
De un loco, en nada piensa, nada mira,
Ni comienza a volver de su transporte,
Sino al ver la ciudad hecha una pira;
I los excesos en que atroz deporte
Del vencedor parece hallar la ira,
De aquese vencedor con quien el hado
A una ominosa union le ha precisado.

LXX.

Bajo una faz osténtase imprevista
El bárbaro a los ojos del mancebo;
I el que en la paz fué imájen a su vista
De mansedumbre i de candor primevo,
Hoi en medio el calor de la conquista
Tornado le aparece en hombre nuevo,
I con hondo rubor i gran congoja,
Demonio o tigre impío se le antoja.

LXXI.

Si su causa era justa, el crudo efecto
 Con sobrados rigores la deprime,
 Para que un corazon sensible i recto
 De indignacion contra ella no se anime.
 Avivándose al par del patrio afecto,
 Fatal remordimiento el pecho oprime
 Del honrado hijo de Álvaro al detalle
 De ese rigor que ostenta cada calle.

LXXII.

Se ve en la precision su fraudada planta
 De hollar continuo charco sanguinoso,
 Donde el despojo femenino le espanta
 Quizás unido al del guerrero esposo.
 Por dó quier que su curso se adelanta,
 La vista le persigue de un furioso,
 Ya la llorosa vírjen arrastrando,
 Ya trofeos sangrientos paseando.

LXXIII.

I oye dó quiera el bárbaro alharido,
 O tal vez suplicarle jembundo
 Que su largo tormento padecido,
 Termine por favor, un moribundo.
 De nuevo frenesí sobrecojido
 Entónces él se siente, i tremebundo,
 Como del juicio la final trompeta,
 Le suena el vaticinio del profeta.

LXXIV.

Ve cumplidas alli sus predicciones
 Sobre el funesto influjo que él tendria
 En la ruina de aquesos torreones,
 I el desastrado fin de su Lucia.
 Al eco aterrador de tales sonos
 Destrozador suspiro se abre via
 De su hondo pecho, i torna a los despojos,
 Que lleva en brazos, doloridos ojos.

LXXV.

Luego empieza a correr desatentado
 Ácia cualquiera parte dó se ajita
 Un brazo por cumplir nuevo atentado,
 Por si talvez su intervencion lo evita.
 Mas la pasion del indio contrastado
 Con doble fuerza su amenaza excita,
 I varia vez su jeneroso intento
 En gran riesgo se vió de un escarmiento.

LXXVI.

Hubo ocasion que desesperado quiso
 Con su carga lanzarse entre las llamas
 Que bordaban la vía; mas no omiso
 Tú, Millalauco, sigues al que amas;
 I sabes impedir tan loco aviso,
 Como burlando otra agresion te inflamas,
 I al fin su escudo siendo inseparable,
 De ese infierno le sacas formidable.

LXXVII.

Aire ménos infecto por vapores
 Del incendio i la sangre al fin respira,
 I ácia un grupo de sauces tembladores
 Que en la ribera surjen, se retira.
 Al pié del uno de ellos sus amores
 Deponiendo, arrodillase i aspira
 Irreflexivamente, en tanto duelo,
 Mirada suplicante a alzar al cielo.

LXXVIII.

Ai! le obliga a bajarla helado al punto,
 Como de un rayo que estallase herida,
 Aquel vorajinoso atroz conjunto
 Que ofrece la Imperial toda encendida!
 Él no puede afrontar, casi difunto,
 Aquesa llama a lo alto despedida
 Entre negros torrentes de humo infausto,
 De horrenda espacion como holocausto!

LXXIX.

Prueba quizás de nuevo a alzar los ojos,
Para admirar entre esa nube oscura
La espada que los célicos enojos
Juzga que a él mismo, fulminando, augura.
I no queriendo los fulgores rojos
De saborear siquiera su tortura
Permitirle el consuelo, falleciente
Vuelve en Lucia a refujiar su frente.

LXXX.

Velado así del incansable afecto
Del hijo de Brancol, que sollozaba
Siempre a la par del español dilecto,
Ricardo hasta la noche continuaba.
Con gran presuración ella en efecto
De su sombra el reinado anticipaba
Sobre aquella fatídica penumbra,
Dó solo luz de muerte el campo alumbra.

LXXXI.

De la ruina universal testigo
Es ya, en duras prisiones sollozante,
Todo imperial que huyendo al enemigo
No se arrojara al fuego devorante.
Del pueblo en tanto entre el incendio amigo,
O bien cubriendo el campo circunstante
De hogueras mil, la hueste victoriosa
Principia a preparar cena abundosa.

LXXXII.

De diabólicos entes estar llenas
E iluminadas por infernos hornos,
Diríanse a tal punto las escenas
Infaustas que presentan los contornos.
Ya se ostentan mortíferas, ya obscenas,
Ya tienen feas danzas por adornos:
Se ultraja allí el pudor de las cautivas
I quizá a nuevas muertes se dan vivas.

LXXXIII.

Si; que talvez en la embriaguez se exalta
 Nuevamente el furor del fiero dueño,
 I al indefenso prisionero asalta,
 Que habia perdonado su desdén.
 Ni música a tal fiesta digna falta,
 I cual sonidos de aterrante ensueño,
 Al frenético cántico, al ahullido
 Del vencedor, se mezcla hondo jemido.

LXXXIV.

Acrescen batahola tan confusa
 De cuando en cuando aplausos mil, oyendo
 De chisperia entre erupcion profusa
 Tronar en la ciudad profundo estruendo;
 Porque cual nuevo triunfo él les acusa
 Que se sigue a pedazos desprendiendo
 Aquella, cuyas torres altaneras
 Un tiempo dominaron las esferas.

LXXXV.

Sin duda de la escena es tal becuadro
 Sobrado propio! Pero, si es posible,
 Viene el terror aun a acrecer del cuadro,
 De lo alto descendiendo, nube horrible.
 Sobre él se posa, i tétrico baladro
 Talvez vertiendo el nimbo indefinible,
 El infernal coloquio que apetece,
 Traer al ébrio bárbaro parece.

LXXXVI.

Ah! renuncio a pintar tus sensaciones,
 Infeliz hijo de Álvaro, si acaso
 Osaste alzar la vista cuando sones
 Talvez te hirieron de mayor fracaso.
 No pueden apreciarse situaciones
 Como la tuya, i en oscuro ocaso
 Si el alma a un raudo lampo las concibe
 Talvez, ningun lenguaje las describe.

LXXXVII.

Tan solo del destino que las obra,
 Pudiera ello no ser árdua tarea!
 Mas ya se acerca el alba, tu zozobra
 A esclarecer. . . . que bien venida sea!
 Ah! qué he dicho, gran Dios! Algo te cobra
 Todavía el dolor: aun revolea
 En torno a tí, buscando la mas brava
 Flecha que pueda contener su aljaba!

LXXXVIII.

Al primer claror turbio que te inviste,
 Vuelves a levantar sobre tus hombros
 El rijido cadáver que estuviste
 Velando con la luz de esos asombros.
 Muda señal a Millalauco triste
 Haces de acompañarte, i los escombros
 Tornas a visitar por vez segunda
 De la Imperial, con planta no errabunda.

LXXXIX.

Por entre mil guerreros, ya del vino
 Entregados al sueño, o por en medio
 De prisioneros, cuyo cruel destino
 No otorga a su dolor igual remedio,
 Rectamente diriges tu camino,
 Sin descubrir tu rostro el duro asedio
 En que ponen tu pecho las miradas
 De esas cautivas a tu paso halladas.

XC.

Silencioso marchar, como un respiro
 Del hado inexorable, te contemplo,
 Ahogando el corazon todo suspiro,
 De la gran Catedral al santo templo.
 Ai! de profanacion ese retiro
 Fuerza es te muestre un espantoso ejemplo,
 Ante el cual por mas tiempo tu quebranto
 No contendrá su desesperado llanto.

XCI.

Has visto en este curso a cien sayones
 Que por su libertad se dan mas penas,
 Armados ya de picos i azadones,
 Tendidas a los vientos las melenas,
 Darse prisa a allanar muros, mansiones
 Aun humeantes, cual feroces hienas,
 Sudosos exhalando la gran saña,
 Espumante en sus labios, contra España.

XCII.

Reconvenido has sido por los ojos
 De muchos compatriotas, i has podido
 Soberbio resistirte a mil sonrojos;
 Mas aquí tu constancia ha sucumbido.
 Apenas los carísimos despojos
 Hasta el gran presbiterio has conducido,
 Temblante como un réprobo i sintiendo
 Tu pié abrasado de escozor tremendo.

XCIII.

De hinojos has caído con tu carga
 Allí, i contemplas por un breve espacio
 La escena del reedor sobrado amarga!
 Ruinas es ya todo ese palacio,
 Que habitara el Señor época larga,
 I por cuyos santuarios de topacio,
 I oro brillantes, que dejó su ira,
 Hoi solo el humo ennegreciente jira!

XCIV.

Rotas están las puertas por el suelo,
 Las bóvedas sublimes se oscurecen;
 Áscua es el arteson de su áureo cielo,
 Las aras i su ornato desaparecen:
 Las imágenes santas, con gran celo
 Un tiempo veneradas, se escandecen
 En trozos: allí veis que el tren del culto
 Objeto fué del mas impio insulto.

XCV.

De toda aquella gran magnificenciá,
Venida hoi sombra a ser de la memoria,
No perdonó la bárbara insolencia
Sino el signo feliz de nuestra gloria.
La cruz, solo la cruz, con su presencia
Sobre el mayor altar, muestra notoria
Es de que nadie profanar ha osado
El símbolo de amor al hombre dado.

XCVI.

Lloró Ricardo, pues, con amargura
Tanta desolacion, porque en su pecho
Nunca dejó de conservarse pura
La fé, de mil pasiones a despecho.
Luego con Millalauco a gran presura
Empezó a despejar un corto trecho
Del presbiterio, que cubierto hallara
De fieles que allí el bárbaro inmolara.

XCVII.

Ambos alzaron la sangrienta losa,
I un sepulcro caváronle a Lucia,
Donde con mucha lágrima ardorosa
Su mísero amador la deponia.
Él mismo disfrutar de aquella fosa
El descanso a tal punto apetecia,
Que lanzándose en ella, eterno lazo
Quiso tornar su postrimer abrazo.

XCVIII.

Solo a merced de vario esfuerzo rudo
Logró hacer Millalauco su conquista,
I al punto, derramando el polvo, pudo
Esconder el cadáver a su vista.
Ricardo en tanto sollozaba mudo,
I aunque a su labio varias veces lista
Asomó la oracion, lanzarla al viento
No le dejó su atroz remordimiento.

XCIX.

Cuando estuvo Lucia bien cubierta,
 I la losa por fin cerró su tumba,
 Él sintió su alma a tal espanto yerta,
 Que un trueno le parece que retumba,
 I la infernal mansion, para él abierta,
 Por lanzarle en su báratro derrumba
 La turba de mil monstruos, cuya medra
 Su escudo protector no mas ya arredra.

C.

De esta loca ficcion el predominio
 Se aumenta hasta juzgarla indubitable,
 Cuando alli ve llegar con el desinio
 De seguir sobre el templo venerable
 La iniciada tarea de esterminio,
 Turba de asoladores implacable.
 Él perdido se siente, i con rebato
 Huye i pánico miedo de insensato.

CI.

Millalauco siguió su raudo curso,
 I por siempre los dos desaparecieron
 Desde entónces de Arauco.—En su trascurso
 Los años de ellos nueva nunca dieron.
 ¿Halló Ricardo su último recurso
 En inmediata muerte? ¿Ambos tuvieron
 La misma solitaria sepultura
 Por sello de amistad i fé tan pura?

CII.

Amistad! bien precioso, que yo creo
 El mayor de la tierra, pero al mismo
 Tiempo, o dolor! en nuestro siglo veo
 Aniquilado al pié del egoismo,
 E incapaz de adquirir digno trofeo
 Cuando tacha de impropio anacronismo
 Imprime a todo sentimiento noble
 Un progreso falaz de instinto innoble;

CIII.

Cuando si burla no, fiero desprecio
Merece solamente por tributo
Cuanto no es material i a un mundo necio
No brinda el cebo de algun goce bruto;
Amistad santa, cuyo rico precio
Bajo una infame máscara reputo
Perdido entre el magnífico menaje,
I que he de ir a estudiar entre el salvaje;

CIV.

Tú que una vil parodia solo encuentras
De tí donde es el Dios único el oro
I el interes por sí trabaja, miéntras
Hipócrita reviste tu decoro;
O amistad, que tan fiel te reconcentras
En Millalauco! dime: ¿su tesoro
De consuelo halló en tí Ricardo un dia
Bajo la soledad de selva umbria?

CV.

O, recordando el paternal convite
Del solitario, cuando adios le dijo,
Fué en la calma a buscar de su escondite
Blando remedio de su afan prolijo?
¿Satisfecho, por fin, con el desquite
De su arrepentimiento, le bendijo
El Señor por conducto de su siervo,
I no murió con muerte de protervo?

CVI.

Pudo exhalando su postrer respiro
Volar, de la que amara en compañía,
Acia aquellas moradas de zafiro,
Donde poder ya entrar él no creia?
El uno al otro un célico suspiro
De ventura inmortal allí se envia?
Lector, yo no he podido averiguarlo.
Si quieres, tú podrás conjeturarlo!

